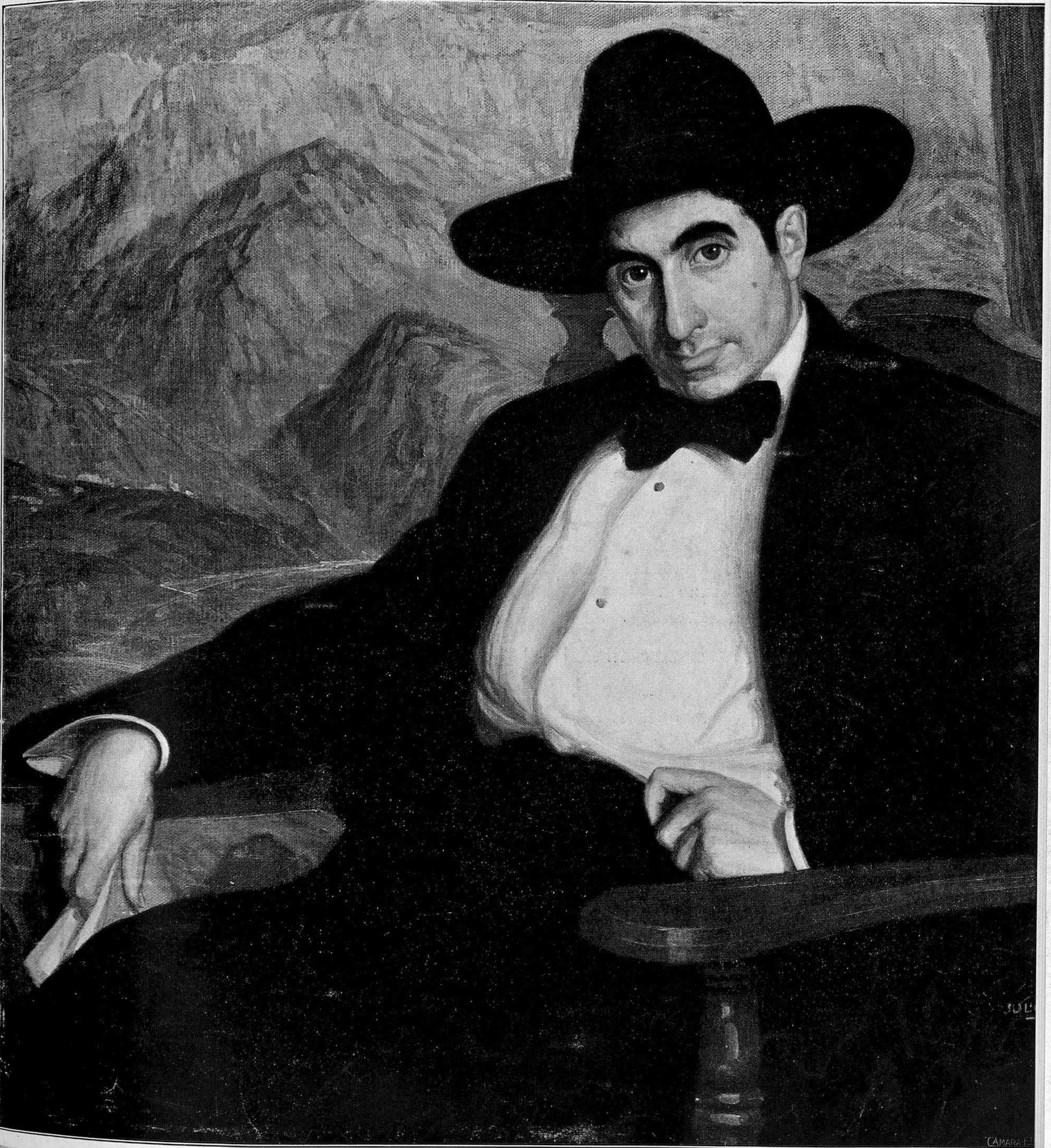


La Esfera

ATENEODE
BIBLIOTECA
MADRID

Precio: 50 céntos

Año II * Núm. 93



CAMARA F.

PATHÉ FRÈRES

VENTA DE CINEMATÓGRAFOS

Alquiler de películas de todas las marcas

:: :: de Europa y América del Norte :: ::

REPRESENTANTE EN MADRID Y SU PROVINCIA:

J. CAMPÚA D.^a Bárbara de Braganza, 22

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi ☐ Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos

Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses . . . 15 "	Seis meses . . . 25 "

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año 25 pesos, moneda nacional

(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:

Sres. ORTIGOSA y COMPAÑÍA—Rivadavia, 698)

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◊ Apartado de

Correos 571 ◊ Dirección telegráfica, Telefónica

::: y de cable, Grafimun ◊ Teléfono, 968 :::

TAPAS

para la encuadernación de

"La Esfera"

confeccionadas con gran

lujo

PRIMER TOMO PARA EL AÑO DE 1915

A 4 pesetas el juego de tapas para un semestre

SE VENDEN EN LA ADMINISTRACIÓN DE Prensa Gráfica (S. A.)

::: HERMOSILLA, 57 ::: MADRID :::

Para envíos á provincias añádanse 0,40 de correo y certificado

La Esfera

Año II.—Núm. 93

9 de Octubre de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



BIBLIOTECA
MADRID

GENERAL VON FRANÇOIS

DISEÑO DE GAMONAL

Jefe de uno de los Cuerpos de Ejército que operan en Oriente á las órdenes del mariscal Hindenburg

DE LA VIDA QUE PASA



El ilustre cronista Anatole France estrechando la mano al príncipe de las letras italianas, Gabriel d'Annunzio, á la salida de una conferencia dada por Anatole France, en el periódico "Les Annales"

FUGA DE DIOSSES

El cataclismo de la presente guerra no sólo ha trastornado la vida física, sino que ha revolucionado profundamente el mundo espiritual. Todas las guerras anteriores, antiguas y modernas, actuaron sobre el sentimiento; esta de ahora actúa sobre el sentimiento y además sobre el pensamiento, que es lo singularmente espantoso.

No hay más que leer á Plutarco y á López de Gomara, á Froissart ó á Guicciardini, para convencerse de que mientras los reyes y los caudillos peleaban al frente de sus ejércitos, los filósofos, los poetas, los teólogos, los humanistas, permanecían majestuosamente inalterables, como rocas en la pleamar.

Se daba el caso, verdaderamente estupendo, de que príncipes del pensamiento tomasen la espada, convirtiéndose en hombres vulgarmente militantes, y sin embargo, sus principios intelectuales permaneciesen incorruptibles. A través de la Historia, registráronse las epopeyas de Sófocles en Platea, de Lope de Vega en las Terceras ó de Cervantes en Lepanto; pero no se registra un solo caso de deserción espiritual, de transfuguismo ético. La guerra podía armar el brazo, pero no desquiciar el pensamiento, siempre águila caudal y altiva.

En la guerra que estamos presenciando, los príncipes del pensamiento han sentido, medrosa y vulgarmente, el «terremoto mental». ¿Quién pudo leer, sin desencanto, el acuerdo de la Universidad de Oxford, borrando de las listas de sus doctores honorarios el nombre insigne de Gerardo Hauptman, «por ser alemán?»

¿Quién leyó, sin melancolía, la resolución del Instituto de Francia, borrando de sus listas todos los nombres eminentes de alemanes y austriacos, ni las del Instituto de Berlín y principales Academias de Viena, tomando una revancha ébria é innoble?

¿Quién, sin desilusión, los artículos de Maximiliano Harden ufandándose de la destrucción de Bélgica y aconsejando el exterminio y el degüe-

llo, «por cualquier medio traicionero ó leal, humano ó inhumano?»

¿Quién no ha sentido algo entristecedor é irremediable viendo pasar figuras augustas, como Guillermo Ferrero, como Anatole France, como Mauricio Maeterlinck, como Gabriel D'Annunzio, tambaleándose por la borrachera del odio, arrastrando sus túnicas apostólicas por los mismos caminos, feroces y sanguinarios de las turbas?

Cuando se piensa que á estas cumbres humanas ha podido llegar el fango de los rencores, es cuando comenzamos á tener idea del espantable terremoto...

ooo

El espíritu moderno, con su coraza rutilante de saber y su espada, templada por el raciocinio avanzaba, de cara al sol, como un héroe de Homero ó del Ariosto.

Se había ennoblecido la relación humana. Se había borrado la antigua palabra «bárbaro», en el sentido de «extranjero», que fué la sola intransigencia de Atenas y la mayor crueldad de Roma. Comenzaba á extenderse por el planeta una nueva religión social: el internacionalismo. Franceses y alemanes, rusos y austriacos, cantaban, como en una apoteosis de ópera, «La Marsellesa de la Paz».

Y unos hombres, encanecidos en el estudio y arrugados por la meditación, exploraban entre retortas, como Fausto, ó entre quimeras, como Don Quijote, los cielos de una Humanidad más luminosa y más clemente.

De repente, el cañón retumba; el planeta se convulsiona, como un epiléptico; el internacionalismo viene á tierra «come corpo morto cade» dantescamente. Hombres que no se vieron nunca, se matan; espíritus que siempre fueron serenos, se encolerizan; plumas que siempre predicaron la transigencia, la generosidad, la lealtad, la cultura, predicán ahora la intransigencia, la perfidia, la matanza y el exterminio.

No escribimos un cándido alegato lírico con-

tra la guerra entre los hombres. Tratamos de expresar una desilusión más compleja: la avergonzada de los hijos de Noé, volviendo el rostro por no ver la embriaguez senil de su padre; la irónica del griego que, según Luciano, presencié una fuga de dioses...

Esta embriaguez colérica de Anatole France y de Gabriel D'Annunzio, de Gerardo Hauptman y de Maximiliano Harden, de Teófilo Braga y de Guerra Junqueiro, de Guillermo Ferrero y de Mauricio Maeterlinck, ha llegado á las multitudes como el resuello caliente y tumultuoso de la fiera humana. Pero á los hombres reflexivos y comprensivos llegará como el aire leve, desalentado y entregado de espíritus que no se rinden, que «no pueden más».

Huyen los dioses; pero no de los hombres, sino de sí mismos. Anatole France huye de su evangelismo social, tejido con incomparable ternura humana. Gabriel D'Annunzio huye de sus majestades cesáreas; Gerardo Hauptman, de sus «tejedores»; Teófilo Braga y Guillermo Ferrero, del pedestal incommovible de la Historia; Guerra Junqueiro y Mauricio Maeterlinck, de su inefable panteísmo...

Huyen los dioses; pero sus obras permanecen, unidas de divinidad y de inmortalidad, intangibles, perennes, majestuosamente inalterables, como rocas en la pleamar. De suerte que escribir, como alguien ha escrito, sobre la «decadencia» de Anatole France, ó sobre la «vacuidad lírica» de la obra de Gabriel D'Annunzio, es, petulante irreverencia, una borrachera barata.

Los dioses se emborrachan; pero de ambrosía. Ciertos simples mortales, para ultrajar audazmente al Olimpo, se meten, entre pecho y espalda, varias botellas de peleón...

Con la «vacuidad lírica» de Gabriel D'Annunzio se llena la Poesía contemporánea. La «decadencia» de Anatole France tiene aún vigor para sustentar á generaciones de generaciones.

CRISTÓBAL DE CASTRO

MUERTE DE UN MÚSICO ILUSTRE



JOSÉ MARÍA USANDIZAGA

FOT. RESINES

La Descarnada siega, en plena floración, cuando las luces de la fama empezaban a iluminar el áspero sendero del vivir, una existencia preciosa. José María Usandizaga, el inspirado compositor donostiarra, hace un par de años totalmente desconocido en casi toda España, y desde el estreno de *Las Golondrinas*, célebre y festejado en su patria, ha muerto en San Sebastián. Es un desaparecer humilde, silencioso, resignado ante los decretos de un destino inexorable que le señaló a la muerte temprana desde los mismos albores de la Vida. El fin prematuro de este niño de colosal talento se estereotipaba ya en su faz demacrada y lívida, la noche para él felicísima y para el arte nacional fausta, de su consagración como compositor dramático. Por eso aquella triunfal jornada del estreno de *Las Golondrinas* era al mismo tiempo que una gran alegría para los íntimos de Usandizaga, una inmensa tristeza. Porque sabían que las coronas de laurel depositadas por el Éxito sobre la noble frente del luchador, llevaban entrelazadas y ocultas bajo el áureo brillo, las galas funerarias de la siempre viva... ¡Pobre José Mari!... Mas no por ser su muerte cosa temida y esperada, es menos sensible. Al hombre, quien le conoció y frecuentó su trato ingenuo y cariñoso, horro de todo bajo sentimiento, tuvo

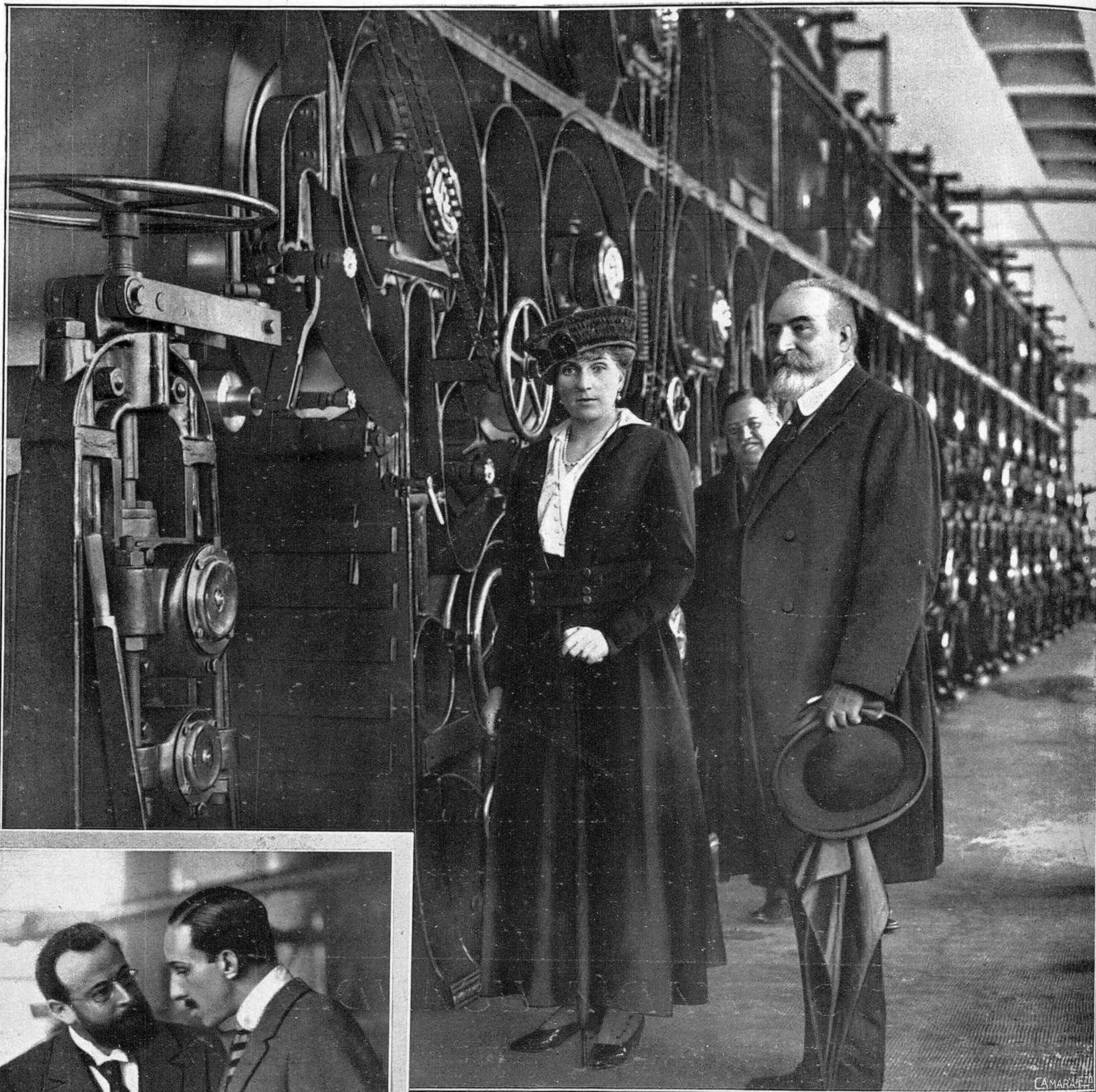
forzosamente que amarle. Al compositor, de idea fácil y siempre distinguida, de sinceridad y honradez profesional poco comunes, de clara y elegante técnica puesta al servicio de un temperamento dramático poderosísimo, si alguien le pudo discutir la originalidad en determinados momentos, todo el que sobre esos explicables deméritos superficiales podía y sabía adivinar la pureza del filón creador, presintió en Usandizaga uno de esos artistas que son prez de su nación.

Muy niño marchó José Mari a París, pensionado por la Diputación de Guipúzcoa, cuando se señalaba como pianista eminente. Allí amplió y perfeccionó los estudios de armonía y composición, regresando a los pocos años a San Sebastián con la calificación más honrosa del Conservatorio parisiense.

Algunas obras corales y de cámara, atraieron ya la atención de los cenáculos artísticos vascos, que veían en Usandizaga una sólida esperanza. Su revelación como músico de altura fué durante las representaciones vascas en Bilbao, hace cinco años. De las diversas óperas presentadas, sólo dos sobrevivieron al ensayo: el poema dramático *Mendi Mendiyan*, de Usandizaga, y el idilio *Mirentxu*, de Guridi. Ambas eran dos bellas producciones, pero la ópera de Usandizaga, y aparte la evidente superioridad

del libreto aventajaba a la de Guridi, si no en exquisitez de forma y en refinamiento de factura, en interés y en vida escénica. Dentro del limitado marco en que había de moverse el compositor, la partitura tenía un brío, una fuerza de sugestión, una masculinidad, asombrosas en un músico que apenas acaba de traspasar los lindes de la niñez. En el procedimiento, *Mendi Mendiyan*, como luego *Las Golondrinas*, dejaba aún traslucir influencias de escuela, perfectamente explicables, ya que Usandizaga comenzaba su carrera en pleno ambiente massenetiano y franciano, con ráfagas de italianismo verista; pero, en lo fundamental, en la primera materia, en la idea y en la orientación francamente nacionalista ésta, y aquella condensada en el matraz de la inspiración popular, Usandizaga era un compositor de consideración, al que podía vaticinarse un primer puesto indiscutible en el teatro nacional, en ese teatro nacional por el que viene suspirándose luengos años entre optimismos y desesperanzas... Quizá el puesto que dejara vacante Ruperto Chapí, y que sigue sin ocupar, estaba reservado a José María Usandizaga. Dios, en sus inexcrutables designios le ha llamado a su seno. Es una gran pérdida para el arte español. Reciban Guipúzcoa y la familia del compositor nuestro sentido pésame.—A. BARRADO

LOS REYES EN "LA PAPELERA ESPAÑOLA"



S. M. la Reina, durante la visita que hizo a "La Papelera Española", acompañada del presidente de la Sociedad, señor Conde de Arce FOTS. CAMPÚA

El director general de "La Papelera Española", Sr. Urgoiti, dando explicaciones al Rey acerca de la fabricación del papel

Los Reyes, atentos siempre á todos los progresos de la industria nacional, honraron con su visita la nueva fábrica de papel para periódicos recién instalada por «La Papelera Española» en Rentería.

Los Reyes fueron recibidos por el Gobernador civil, el alcalde de Rentería y el presidente del Consejo de Administración de la Papelera, señor conde de Arce. Hecha por éste la presentación del director general de la Compañía, el ilustre ingeniero de Caminos D. Nicolás M.^a de Urgoiti, comenzó la visita con el examen de las maderas del país, que por impedir la actual guerra la llegada de las del extranjero, hay que utilizar en la fabricación de pastas mecánicas. Los Soberanos admiraron las tres colosales desfibradoras que absorben 3.000 caballos de fuerza, y con sus repetidas preguntas, á las que el Sr. Urgoiti daba en respuesta minuciosa explicación, mostraron vivísimo interés por cada una de las numerosas fases por que pasa la madera desde su entrada en troncos hasta su salida de la fábrica transformada en los grandes rollos de papel para los periódicos rotativos.

El director general de «La Papelera Española» y las demás personalidades que acompañaban á los Soberanos quedaron gratísimamente impresionados por las preguntas y las observaciones constantes en que Don Alfonso ponía, sin querer, de manifiesto su enorme cultura, la diversidad y lo especializado de sus conocimientos y la sagacidad de su observador espíritu, y al expresar reiteradamente el augusto visitante su deseo de ver pronto realizada la nacionalización de la industria papelera, el Sr. Urgoiti aludió á los repetidos intentos y á la perseverante propaganda que viene realizando para que nuestros agricultores aprovechen las márgenes de los ríos, arroyos, lindes, marismas saneadas y sotos para la plantación del chopo canadiense que produce una excelente pasta para la elaboración del papel y que ha proporcionado una gran riqueza á los italianos, iniciadores de esta explotación económica y productiva en extremo. S. M. pidió que le fuesen remitidas estaquillas y plantones para ensayarlos en sus posesiones, y le fueron en el acto prometidas de los grandes viveros que «La Papelera Española» tiene establecidos en Mérida á orillas del río Aragón.

LO QUE FUÉ SALAMANCA Y PÉREZ GALDÓS

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

TANTO afán por adquirir medro, y á la postre, *humo las glorias de la vida son!* Así decían, recordando un verso de las Doloras inmortales, quienes al principio del año 1883 iban en pos del cadáver de Salamanca. Hombre que hubiese meido más ruido y logrado más riquezas no lo hubo en España y acaso no le ha habido desde entonces. Llegó algún año á hacer balance de 265 millones de activo; creó ferrocarriles, barrios, industrias poderosas, empresas de primer orden, y al morir, en su finca de Vista Alegre, donde ahora existen varios establecimientos benéficos, apenas le quedaban, como recuerdo de su grandiosa fortuna, unos cuantos miles de duros.

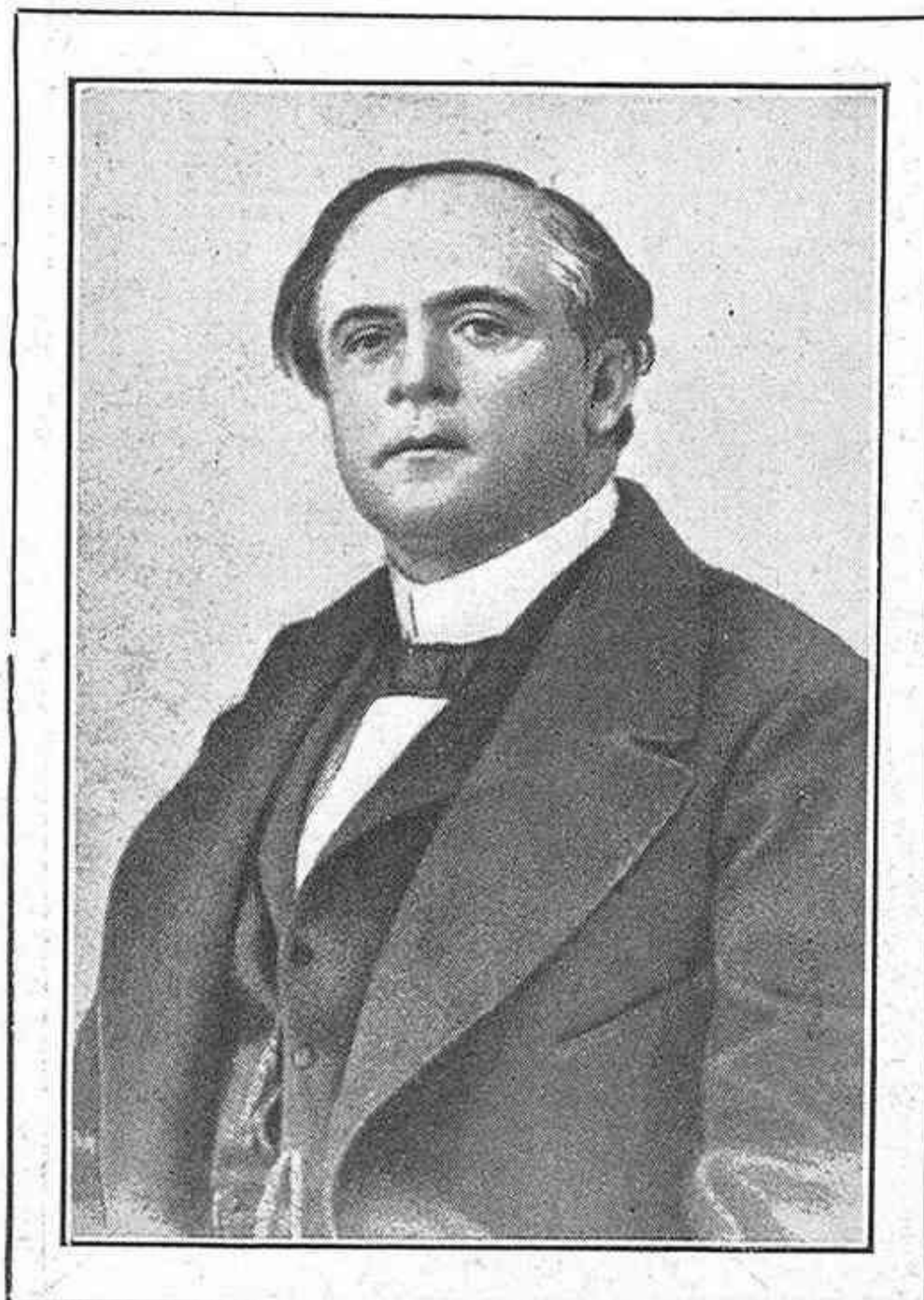
El caso fué que en su entierro figuraron cinco coches, cuando en el apogeo llegó á tener más de sesenta, y al sepelio no acudió gran gentío. ¡Con que le hubieran acompañado á la última morada el uno por ciento de los que le debían beneficios habría formado verdadera muchedumbre en el duelo!

¡Lo que se divertieron los madrileños aristocráticos en aquel Carnaval del 83! Hubo baile grandioso en las casas de Fernán Núñez, marqués de Hoyos y del ministro de Inglaterra. Los hubo también populares en la Zarzuela, en Capellanes y los de abonados en la Comedia. ¿Os acordáis, severas y virtuosas damas de ahora, entristecidas por las nieves de vuestros cabellos, os acordáis de aquellos bailes de abonados de la calle del Príncipe, ocasión para aventuras regocijantes y lances picarescos?

Fué entonces también, por el mes de Marzo, cuando se celebró un gran banquete en honor de Pérez Galdós. Aunque sea vulgar eso de los banquetes, sólo pueden maldecir de ellos quienes nunca han de disfrutar de tales obsequios. Pasa lo que con los brindis; á lo mejor hacen asco de los discursos de sobremesa algunos zarramplines que dieran media vida por saber hablar de corrido. El banquete para ensalzar á Galdós se celebró en el Círculo Ayala de la Carrera de San Jerónimo en una casa que ya no existe. Brindaron Aaugton, un periodista extranjero que ha poco murió en Madrid; Madariaga, el general de hoy que fué siempre, y mil años viva, un soldado de mérito con talento de primer orden; Echegaray, Castelar y Cánovas. D. Benito leyó una carta muy expresiva y recibió con verdadera emoción el agasajo. Los discursos de Madariaga, Echegaray, Castelar y Cánovas produjeron grandísimo efecto.

Aún me parece estar viendo al gran D. José subido en una silla y rodeado por los comensales que aplaudían frenéticos las frases soberbias del dramaturgo.

Han pasado treinta y dos años desde entonces y continúa Pérez Galdós justificando el homenaje de año. Digan los más refractarios al entusiasmo si no lo merece perpetuo y singular el gran patriarca de nuestras letras, gloria y honor de España. En aquellos días que evoco, nos pusimos los aficionados á la música un poco tristes por la muerte de Wagner, si bien no se conocía en Madrid á Wagner más que á retazos y en conciertos, que aún no se había representado en el Real ni la *Tetralogía*, ni *Tristán*, ni *Los Maestros Cantores*, y claro está que ni *Par-*



D. JOSÉ SALAMANCA

De modo que el duelo por la defunción del maestro era algo de oídas. El grande fué el causado por la desaparición de Gambetta, que murió á consecuencia de un drama familiar. Los políticos lo comentaron ardientemente, así como refiriéndose á los asuntos de casa, fué motivo de exageradas controversias el que D. Cristino Martos se aproximase á la Monarquía. En las Cortes hubo algunas sesiones interesantísimas. Entre las que me agradaron recuerdo la que aprovechó Castelar para pedir en un magnífico discurso que se señalara una pensión nacional al poeta Zorrilla.

En Abril se celebró la boda de la Infanta doña Paz con el Príncipe de Baviera, y se puso la

primera piedra de la Catedral de la Almudena, que por las señales no tendrá en su mole la última hasta que pasen unos cuantos siglos, y en Mayo, en una tarde hermosa y radiante, entró en Madrid el Rey D. Luis de Portugal, acompañado por su esposa Doña Pía. Hubo fiestas, con la indispensable corrida de toros. La corrida fué de convite, y claro está se llenó el circo. Los reyes se retrasaron media hora, y como no empezara el espectáculo hasta hallarse en él las augustas personas, al aparecer en el palco estalló una silba formidable. Nosotros somos así. Puntualidad absoluta... en los toros, porque en los demás trances de la vida no hay manera de que la aplique ningún español.

El acontecimiento del año fué la Exposición de Minería en el parque del Retiro. Entonces se hicieron grandes reformas que aún subsisten, y el certamen fué tan animado como provechoso.

Por lo mismo no se ha repetido, aunque resultó eficazísimo y conveniente para la riqueza nacional. ¡Una cosa buena y repetirla! ¡Nunca!

De teatros anduvimos regulares. Al empezar el año, y en una misma noche, se estrenaron *La Africanita* y *De Getafe al Paraíso*, de Vega y Barbieri. *La Africanita* se silbó en Price cuatro noches consecutivas. En cada una de ellas hubo heridos, contusos y prisioneros, como en cualquier batalla. Se murió por aquel tiempo Pelayo del Castillo, un bohemio que escribió la graciosísima pieza *El que nace para ochavo*... También murió Doña Matilde Díez, que aún guardaba en los últimos años recuerdos de las grandezas artísticas de los gloriosos. En el Español se estrenó un drama de Emilio Reus Bahamonde que se titulaba *¡Cómo vuelve lo pasado!* Reus era un joven de grandísimo talento que, con el fin de probar que podía hacer cuanto se le antojara, hizo dramas. También ofreció otro, *Las esculturas de carne*, D. Eugenio Sellés, que ya era un maestro consagrado por la admiración general.

A Vico le nombraron aquel año profesor del Conservatorio, claro está que para no ir nunca á la clase, y en la Comedia hubo compañía portuguesa, la de Fourtado Coelho, en la que figuraba una actriz de primer orden, Lusinda Simoes, que consiguió excelente acogida.

Pues á pesar de ello no creo que hayan vuelto á visitarnos comediantes portugueses. Bien que siendo vecinos Portugal y España nos desconocemos mutuamente como si estuviésemos en dos extremos de la tierra. Me acuerdo muy bien de aquella Lusinda Simoes que interpretaba el repertorio de Dumas, hijo, maravillosamente.

Cómo me acuerdo de una memorable sesión de esgrima organizada por el marqués de Heredia que se verificó en la Alhambra, teatro ya desaparecido, y en la que se lucieron Nicolás el Zuvvo y Merelo, Aquiles Broutín y Carbonell, Adelardo Sanz y Alejandro Saint-Aubín, algunos de los cuales pueden comprobar con el acero en la diestra y aun en la zurda, que pericia bien adquirida no se pierde por el transcurso de los años y Dios quiera que lo comprueben muchos años.

Por la transcripción,
FRANCOS RODRÍGUEZ



D. Benito Pérez Galdós trabajando en su despacho



SEÑORITA SANSALVADOR



SEÑORA DE ALVAREZ

Retratos originales de Julio Moisés

ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS: JULIO MOISÉS

Julio Moisés y Fernández de Villasante es tortosino. Nació en la ciudad que llevara en otro tiempo el nombre de Dertusa, arrullada por el Ebro, que riega sus pomposas huertas y sus floridos jardines, la ciudad que es como bello libro histórico, escrito por un poeta y donde los hombres de perfil sereno y enérgico, como el de las antiguas medallas, conservan el carácter de otras razas más fuertes que las contemporáneas.

Esta serenidad grave y cortés tiene el rostro del joven pintor. Viéndole se piensa en un mozo prematuramente reflexivo por el estudio y graciosamente frivolidado ese aspecto por una exquisita mundanidad de muchacho elegante que frecuenta la alta sociedad y está bien al tanto de los modernos deportes, los bailes más recientes y las últimas modas masculinas.

Todo ello indicador de una juventud simpática, que entra en la vida y en el arte como a un parque enriquecido por las vanales alegrías. Porque apenas ha dejado este pintor la adolescencia y ya todo le sonrío. Acaso no habrá cumplido veinticinco años y es, tal vez, el primer pintor de retratos de Cataluña, y será difícil ya visitar un aristocrático palacio barcelonés sin hallar alguno de estos lienzos jugosos, señoriles, de una serenidad armoniosa y rica de valores que pinta Julio Moisés.

A la puerta de su estudio no es raro ver aguardando los automóviles lujosos y guatados, dentro como joyeros ó perfumados tocadores femeninos, mientras posa ante el joven pintor una gentil damita ó una gallardísima mujer enriquecida y triunfante por su belleza.

En este sentido, y dentro de una misma tendencia, donde el refinamiento y la elegancia no excluyen la verdad y el realismo, y en que la delicadeza no se opone á la nobleza artística, podríamos decir que Julio Moisés representa, en la pintura catalana, lo que el admirable Anselmo Miguel Nieto en la pintura castellana.

Y también como Anselmo Miguel Nie-

to, no sólo pinta en una íntima fusión de suntuosidades y encantos y juveniles fragancias á damas aristocráticas y á deliciosas pecadoras, todas gentileza, sino que pasan por su estudio los políticos ilustres, los nobles de elevada alcurnia. los artistas y literatos consagrados ya por una gloria perdurable... Dentro de algún tiempo, cuando empiecen á encanecer los cabellos de Julio Moisés, podrán encontrarse todas las figuras salientes de la Cataluña contemporánea en los retratos de este pintor. Y más después aún, adquirirán por encima de su valor intrínseco de obras artísticas el otro documental que hoy tienen las de aquellos maestros que concentraron todas las excelentes condiciones de su temperamento en la pintura de retratos.

ooo

La carrera artística de Julio Moisés es tan corta como brillante. No hay mucho que retroceder para encontrar sus primeros triunfos ni sus primeros trabajos, que fueron simultáneos.

Niño aún, se trasladó á Cádiz. Ahondando un poco en el arte de Julio Moisés, tan severo y sensual á un tiempo, veremos cómo Andalucía influyó sobre el tortosino, nieto de romanos. Se piensa en símbolos graciosos. Una estatua que pronto saltara en una danza lánguida; unos claveles prendidos sobre un pecho helénico; una canción de sangre y de lujuria que buscara en el crepúsculo la tranquilidad armónica de columnas, triglifos y metopas de un templo pagano...

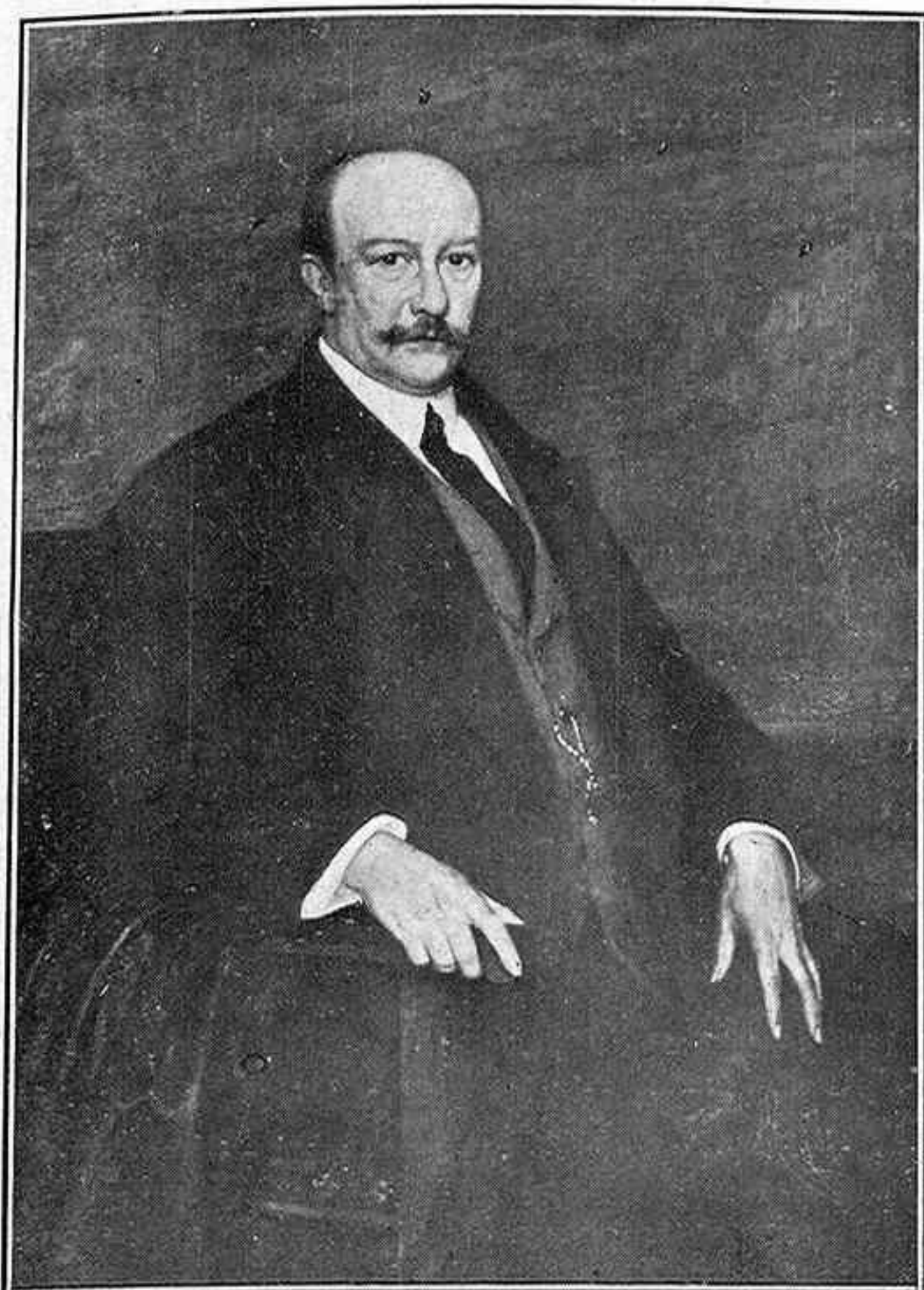
Julio Moisés hizo sus primeros estudios en la Escuela de Bellas Artes, donde obtuvo diversos premios y logró distinguirse de entre sus compañeros. En plena adolescencia dejó la escuela y se dedicó á trabajar por su cuenta y riesgo, prescindiendo de otras enseñanzas que las que no fueran el natural y la cultura de museos.

Nada más laudable y más digno de ser aconsejado como ejemplo este procedimiento. Repasando en la historia de todos los artistas que consiguieron acusar reciamente su personalidad, ver-



El ilustre pintor Julio Moisés

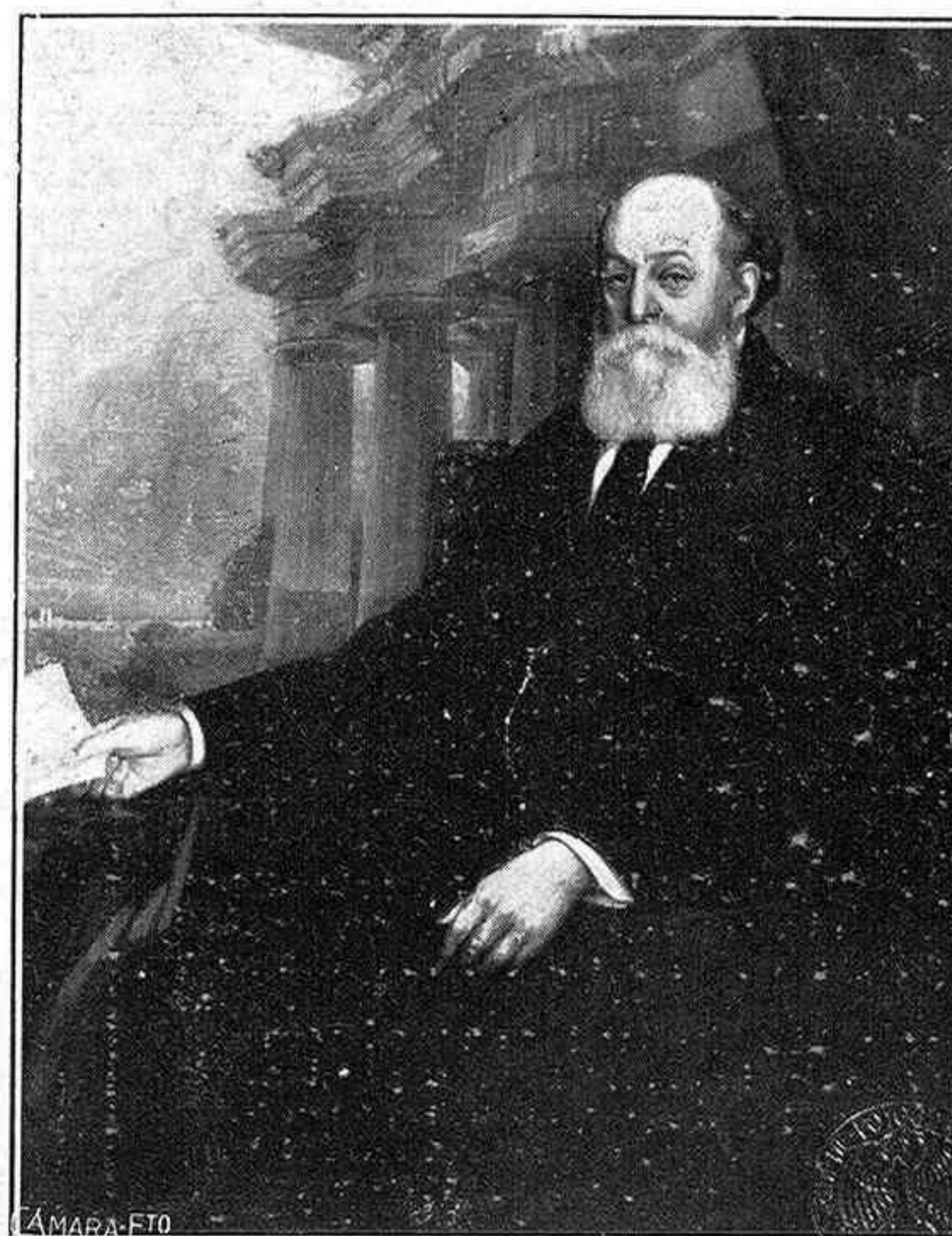
FOT. ARLENAS



RETRATO DEL SEÑOR SANSALVADOR



RETRATO DEL SEÑOR LOYGORRI



RETRATO DEL CONDE DE GÜELL

mos siempre que se libertaron muy jóvenes de la tutela de su maestro. Los maestros en arte sólo son útiles en los primeros años, cuando todavía el temperamento del artista permanece en estado embrionario, cuando las influencias ajenas—y ninguna tan decisiva como la del maestro—son fugitivas.

Pero apenas el artista *vea* por sí mismo y empiece á discutir en lo íntimo de su espíritu el pro y el contra de la enseñanza del maestro, debe abandonar á éste y atender únicamente al desenvolvimiento de su personalidad.

Así Julio Moisés ha alcanzado tan temprana celebridad, que cada vez se afianzará más y más.

En Cádiz realizó Julio Moisés varias obras de arte decorativo en unión del pintor Abarzuza, tales como el techo, sala, *foyer* y vestíbulo del Gran Teatro y restauración y pinturas murales de la iglesia del Hospital de mujeres.

De Cádiz Julio Moisés volvió á Barcelona, donde se instaló definitivamente y donde ha conseguido destacar su personalidad.

Aún hubo, sin embargo, un breve período de transición, de formación, más bien, antes de llegar á los retratos actuales. El joven artista perfeccionaba su técnica, depuraba su sensibilidad

pintando carteles que conseguían premios en diversos concursos y certámenes. También se repite en Julio Moisés el caso de otros pintores modernos que llegaron al cuadro por el camino del cartel.

No obstante, Julio Moisés pasaba todavía inadvertido en Barcelona. Su nombre era conocido por los profesionales; se asomaba tímidamente á los catálogos de exposiciones catalanes y todavía los encargos de retratos bien retribuidos estaban un poco lejos. Fué después de la tercera medalla obtenida en la Exposición Nacional de 1912 cuando Julio Moisés logró destacarse.

En aquella Exposición presentó tres cuadros: *Via Crucis*, *El santero* y un retrato de señora.

Sólo tres años han transcurrido y ya estos cuadros parecen, incluso al mismo Julio Moisés, nacidos de otra mano. Claro es que no faltan en ellos aciertos y promesas, pero sería difícil encontrarles esta modernidad, esta seguridad en la belleza que tienen los cuadros actuales del autor de *La Camelia*.

Hemos nombrado uno de los más admirables cuadros presentados en la reciente Exposición Nacional de 1915.

No se puede olvidar tan fácilmente ese lindísi-

mo retrato de mujer que, con *Los seminaristas de Vich*, constituyó el envío de Julio Moisés.

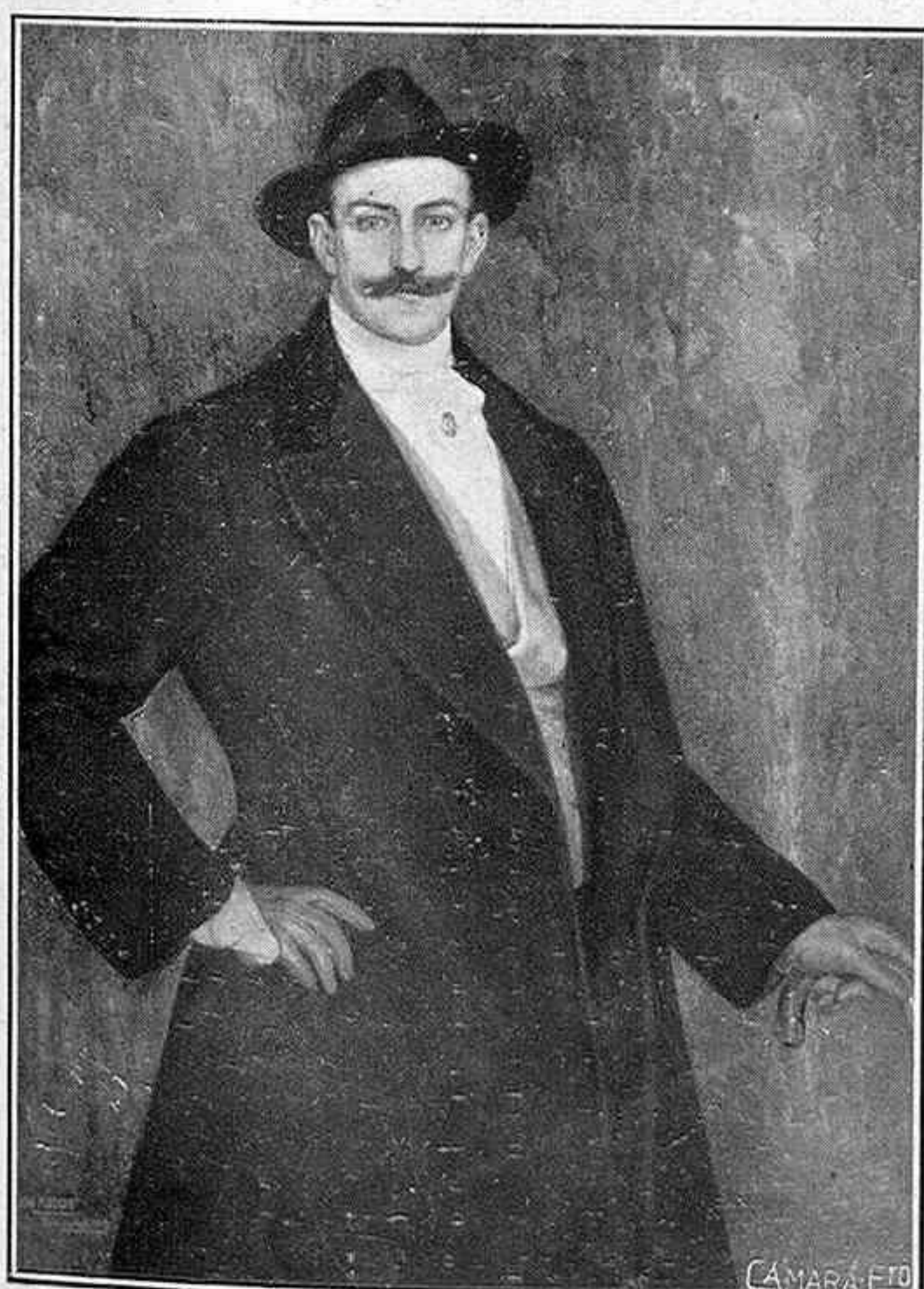
La Camelia fué señalada como una primera medalla indiscutible.

No lo estimó así el Jurado y se limitó á concederle una segunda. De las primeras segundas, claro es, pero segunda al fin. Fué algo más que notoria injusticia, aunque, en definitiva, bien poco pudo importarle á Julio Moisés la sanción oficial después de lograr un verdadero éxito en la crítica, en el público y... en sus compañeros.

La Camelia nos inquietó de curiosidad por conocer toda la obra del joven artista. Y entonces, frente á retratos como éste, sencillamente maravilloso, que se reproduce en la portada de LA ESFERA, como tantos otros que se publican en estas páginas, y de los que no se puede juzgar del color, sino únicamente de la armónica composición, de la elegancia y de las actitudes de los modelos y de la sabia elección de los fondos, comprendimos que Julio Moisés era de los elegidos para una reputación perdurable.

Y á fé que lo merece este mozo de las palabras lentas, de los ademanes corteses y de la afabilidad contagiosa...

SILVIO LAGO



RETRATO DE DON A. ROGER



SEÑORA MARQUESA DE CASTELL DARIM
Cuadros originales de Julio Moisés



RETRATO DEL DOCTOR FERRÁN

LA ESFERA

ARTE MODERNO



EVA, cuadro original del ilustre pintor Julio Moisés

ORACIÓN

(De mi novela en fábula "Gálvez de Montalvo")

Como diestro escultor que blanda cera
amasa, allí quitando, aquí poniendo,
hasta que la figura va saliendo
ajustada á su mente y su manera,

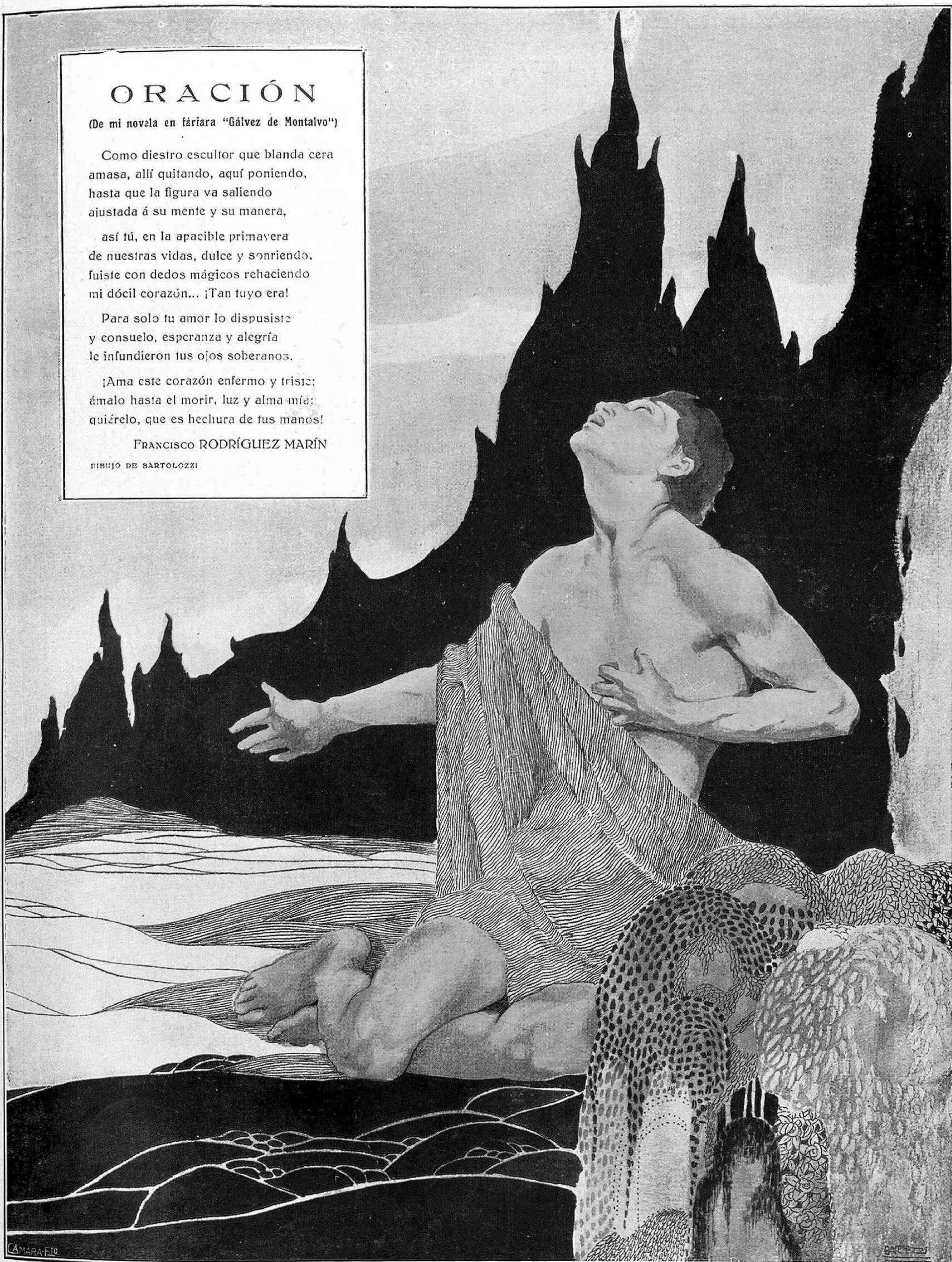
así tú, en la apacible primavera
de nuestras vidas, dulce y sonriendo,
fuiste con dedos mágicos rehaciendo
mi dócil corazón... ¡Tan tuyo era!

Para solo tu amor lo dispusiste
y consuelo, esperanza y alegría
le infundieron tus ojos soberanos.

¡Ama este corazón enfermo y triste;
ámalo hasta el morir, luz y alma mía:
quíerele, que es hechura de tus manos!

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

DIBUJO DE BARTOLOZZI

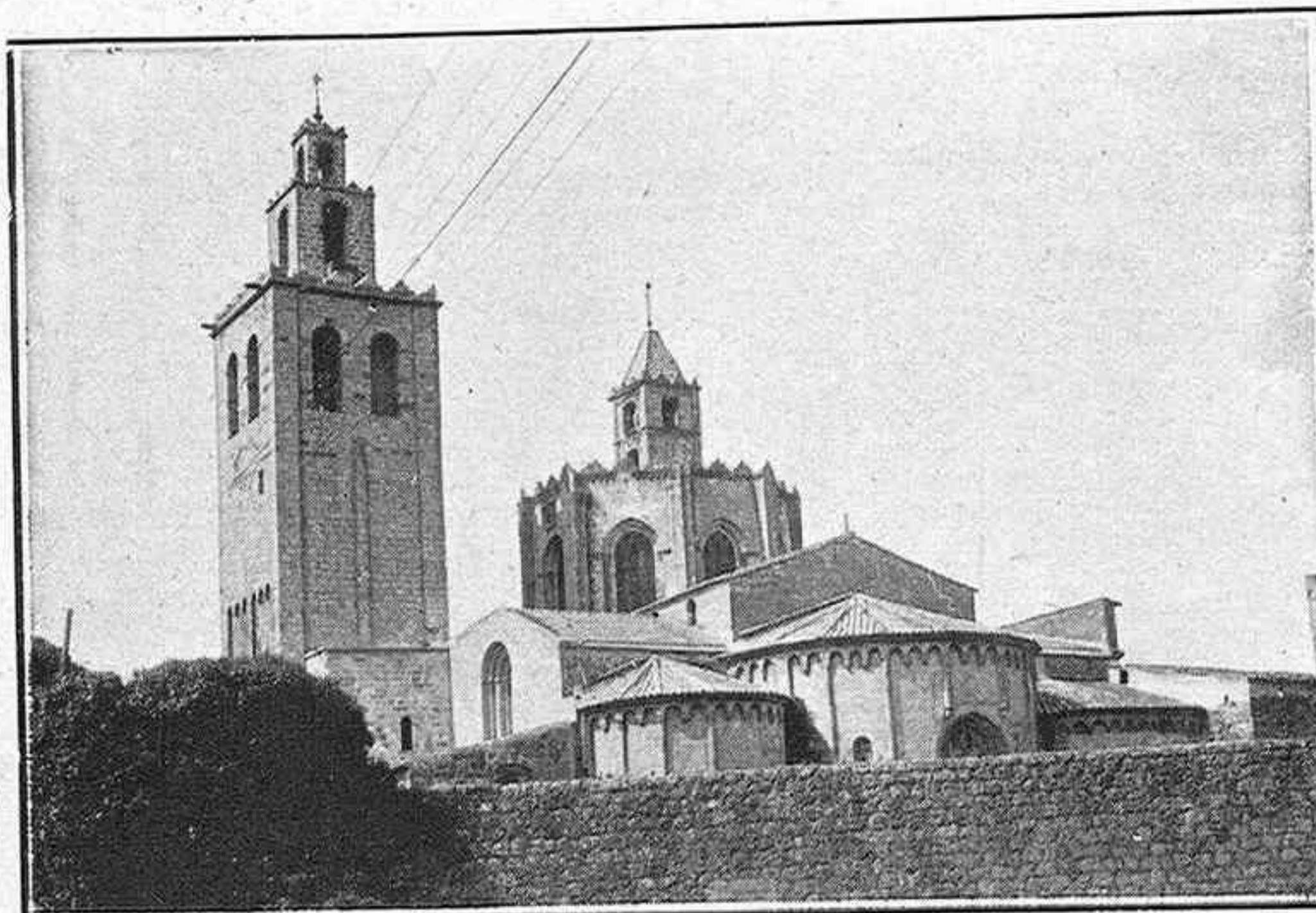


UN MONASTERIO INTERESANTE SAN CUCUFATE DEL VALLÉS

Por regla general, los antiguos templos españoles, no obstante el inmenso valor arqueológico que á unos da su antigüedad y á otros el mérito de su arquitectura, no reúnen las cualidades de evocadora belleza que un poeta desearía para su inspiración. Aparte el emplazamiento de los santuarios, que comúnmente suele ser muy pintoresco, todo lo demás, aunque grandioso, no es bello.

En todos los monasterios, en todas las antiguas residencias religiosas, existen claustros larguísimos, de una gran severidad, naves anchurosas, con profusión de columnas de labrados capiteles, patios de gran amplitud; y, sin embargo, todo esto, con ser de una grandiosidad indiscutible, no alcanza á constituir un conjunto bello, poético... Hasta las flores silvestres, que suelen brotar en los patios de las antiguas moradas religiosas, parece que no tienen el color brillante de las plantas que crecen en otros lugares... Es como si les faltase aire, sol, algo de que gozan las demás flores... Claro es que en esto, como en todo, hay excepciones, por fortuna muy numerosas, y entre los templos que están comprendidos en esta excepción, se encuentra el Monasterio de San Cucufate del Vallés. Todo en él es sugestivo y evocador.

En sus anchas naves, por cuyas paredes se encuentran diseminados numerosos destellos de nuestros artistas españoles maravillosos, que



Vista general del Monasterio de San Cucufate del Vallés

asombraron al mundo con su inspiración, y cuyas obras, en su mayoría, han pasado á las pinacotecas y museos extranjeros, se goza de una dulce quietud que sirve de sedante al espíritu decaído por la vida de lucha y ajetreo de la ciudad. En sus claustros, de una gran belleza, hallaría motivo cualquier vate para componer una elegía al encanto de aquel recinto, y en los patios, en el coro, en la iglesia, en todas partes, se aspira

un ambiente de tranquilidad y sosiego deliciosamente ensoñador. Hasta la situación del Monasterio contribuye á formar un conjunto sugestivo y atractivo, pues se halla enclavado sobre las ruinas de un románico castillo, y sus alrededores son en extremo pintorescos.

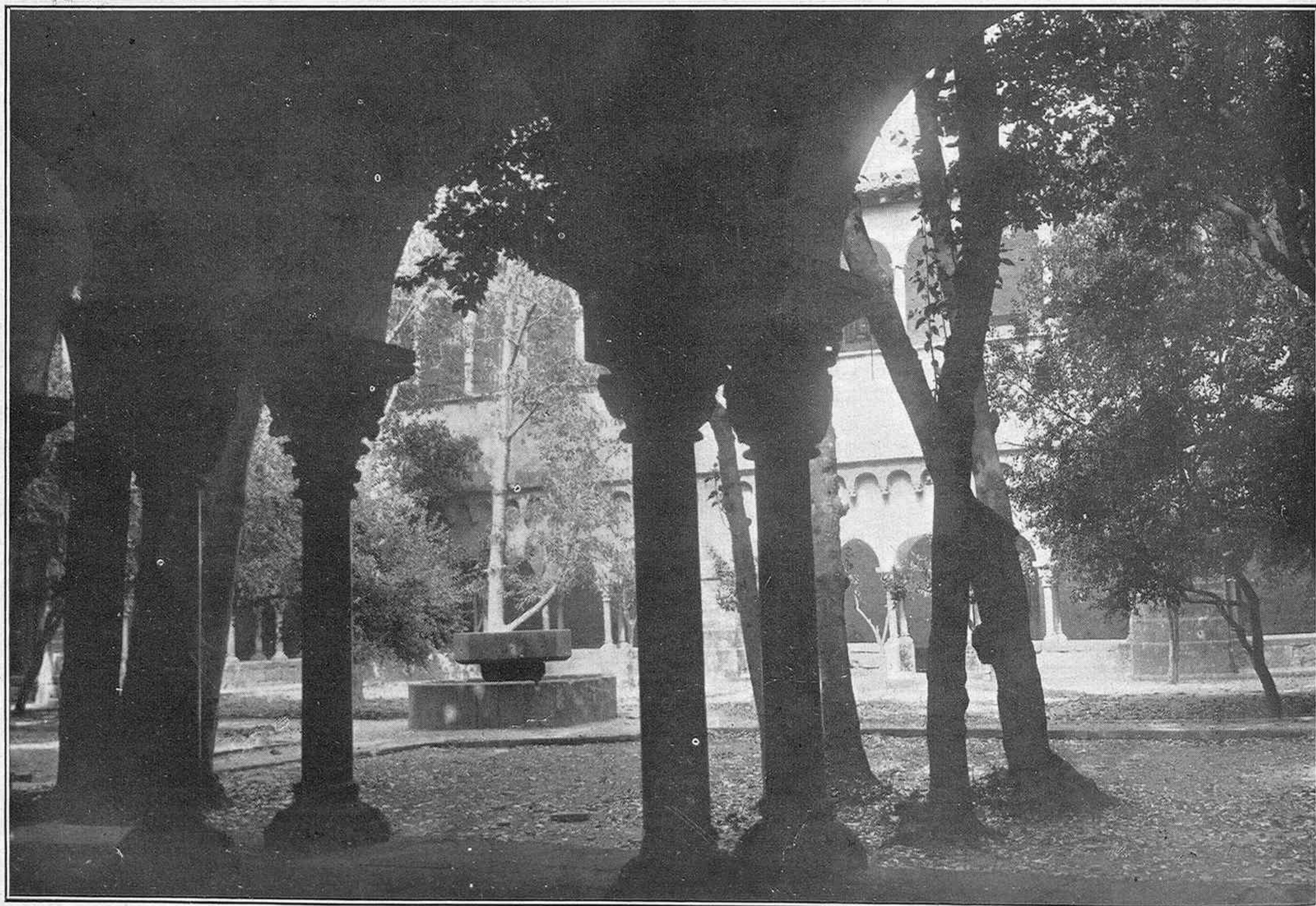
No diremos nada acerca de la historia de la fundación de este Monasterio porque ya lo hizo Juan Balaguer cuando en Octubre del pasado año publicó en estas mismas columnas la información de este monumento.

La época de su edificación, tuvo lugar en dos etapas: la primera en la segunda mitad del siglo IX, en que hubo de suspenderse, por falta de recursos, y la segunda allá por el año 1014, en que se terminó la fábrica, que fué construída por Arnaldi.

Con ser todas las dependencias del Monasterio interesantes por todos conceptos, lo más saliente de él son los claustros, no por su interior, que es de mérito, sino por el labrado de los capiteles, que es admirable. Los hay de todas formas y representan un sinnúmero de episodios, escenas bíblicas, en las que aparecen gran cantidad de figuras admirablemente interpretadas y esculpidas.

Hoy publicamos algunas de las nuevas y artísticas fotografías que han sido obtenidas recientemente en este Monasterio.

ABELARDO QUINTANAR



Un aspecto del patio del Monasterio de San Cucufate del Vallés

FOTS. VIVES

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA

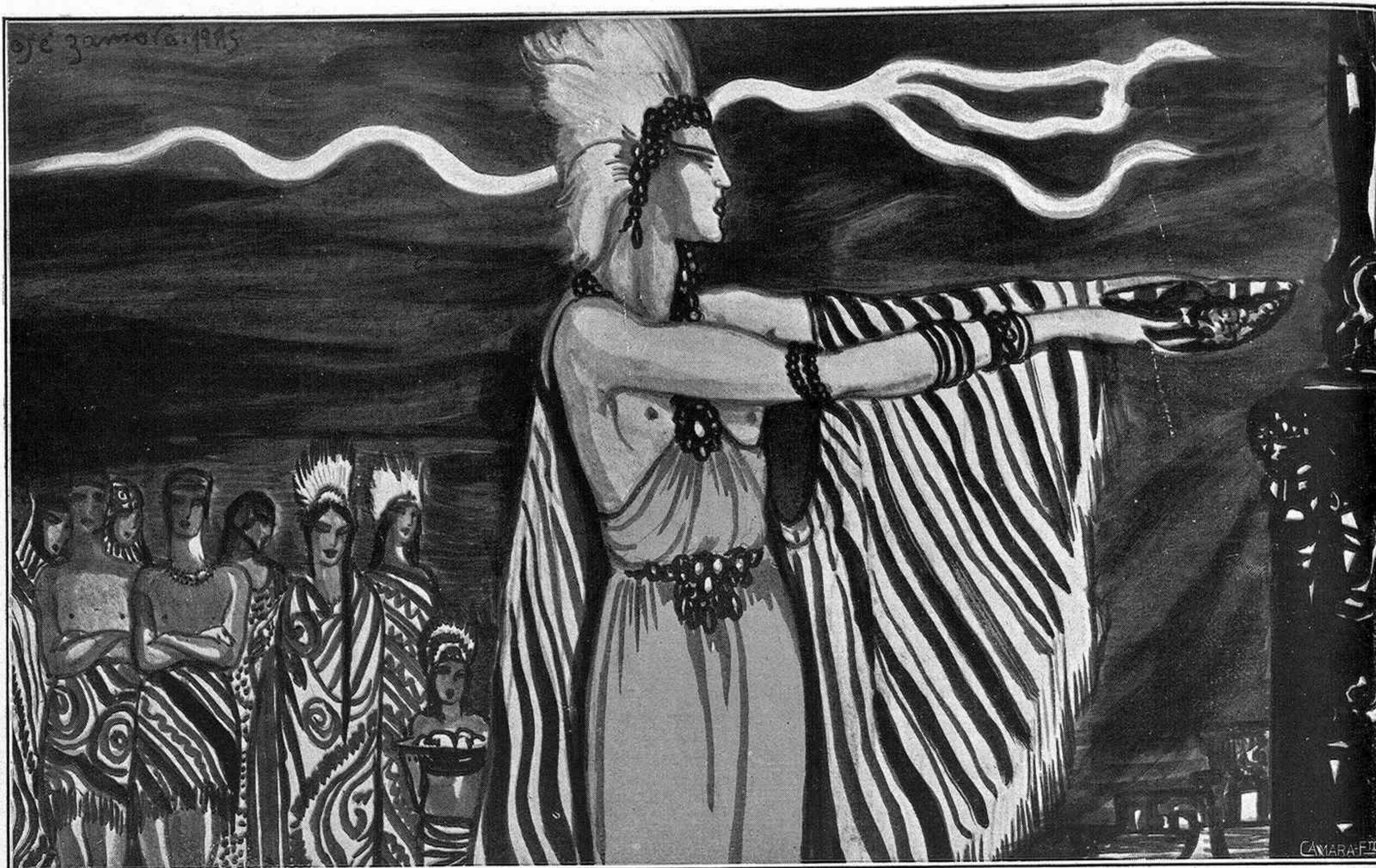


CAMARA F10

Un detalle del interior del claustro del Monasterio de San Cucufate del Vallés

FOT. VIVES

CUENTOS ESPAÑOLES



EL PÁJARO MARAVILLOSO

«Yo traeré sobre vosotros una nación de lejos; una nación robusta y antigua; una nación cuya lengua no entenderéis. Talará vuestros mieses y devorará vuestros hijos e hijas.»
Jeremías.

De los lagos, entre cuyas tranquilas aguas asomaban de vez en cuando sus achatadas cabezas los cocodrilos, de los jardines de peregrina flora y fastuosa arborescencia, en cuyas ramas se posaban las aves de irisados plumajes que robaban a las flores sus policromos matices y a cuyos tallos se enroscaban las serpientes de aplastadas testas y triangulares pupilas, arrancaban las escaleras de basalto que llevaban a las plataformas superiores en que cuadradas columnas de negro mármol y jade negro, incrustadas de caimanes de oro y áspides de nácar, servían de soporte a nuevas escaleras, éstas cubiertas de tapices de lana y plumas, que conducían a otras plataformas, revestidas de ébano y azabache, en que se elevaba en todo su magnífico y trágico horror, bajo el templete de oro y de pedrerías, el dios Colibrí, Huitzilopoztlí, señor de la guerra y de la crueldad, alimentado de la sangre de los vencidos, cuyos corazones palpitantes le eran ofrendados en holocausto. Sentábase, el dios, en su trono de plata sobre el globo terráqueo; al cuello un collar de corazones humanos; en la diestra las flechas, rodeábanle de enfurecidas serpientes. Era espantoso y magnífico, inmundo y maravilloso; era, como son todos los dioses de las religiones todas, la fusión del espanto supremo con la suprema belleza, la Vida y la Muerte, un monstruo, en fin, pues que los hombres sólo a los monstruos rinden pleitesía.

La vida entera de México, la vida cuya médula constituían la crueldad y el heroísmo, la vida que era, refugiada en el perdido paraíso oculto a los *hombres blancos y barbudos*, como un reflejo de las viejas civilizaciones de maravilla, todo aquel arte primitivo y fastuoso que súbitamente iba a aparecerse a Cortés como se aparecen a los ojos de un niño las miniadas estampas de un libro fabuloso en que durmieran los secretos de los Vedas y los prodigios de la Biblia, tenía su hora suprema. Primero que *saber*, los hombres *presienten*; el Destino, como su hermana la Muerte, antes de vencernos juega con nosotros, nos mima, nos arrulla. Y ante el altar de su dios aquellos hombres sin saber, sabían sin embargo.

Era algo muy solemne y muy grande. Los sacerdotes, los dignatarios, los guerreros heroicos, se inclinaban ante el altar como ante un misterio nuevo y esperaban que la hora suprema sonara en el reloj de la fatalidad. Esperaban el misterio extraño, *lo que tenía que suceder*, el Mesías, el Paraclito, el Prometido de todas las religiones, el que se anuncia con las auroras rojas de los salterios.

Moctezuma, en pie, arrogante en su traza, que tenía algo de majestuoso y grave, inclinábase para ofrecer en una zalema suprema el corazón heroico del último prisionero de Atlixco. Era el *Jefe de Hombres*, de noble prestancia; tenía la faz olivácea, barbilimpia, y envolvíase en suntuosa capa ó manto de traza casi griega, mientras ceñía su frente con alta tiara de oro y pedrerías. Collares de áureos cangrejos incrustados de carbunclos colgaban de su cuello.

El gesto era sobrio y magnífico. Sobre la piedra del sacrificio del gran Teocalli yacían inertes los cuerpos de los vencidos; con el pecho abierto, y sobre el ara sagrada los corazones

rojos y sangrientos formaban un montón de monstruosos rubíes. La sangre noble y generosa descendía por los canalillos de asfalto, resbalaba en purpúreas cataratas por los negros escalones y goteaba en collares de granates. En las amplias plazas, en los jardines de maravilla, en las enormes avenidas que conducían al templo apiñábase una muchedumbre engalanada de plumas, de telas teñidas de raros colorines y de sargas de cuentas de policromos vidrios.

Llegaba el momento solemne. En aquel pueblo, más que en otro alguno, la religión era el símbolo de la Patria, el misterioso nexo que unía a todos en un común sentir.

Moctezuma inclinábase, pues, solemne, impetrando del Colibrí la victoria y el pueblo entero doblaba la frente como ante el misterio único.

Súbitamente sonó un trueno horrísono que hizo retremblar cielo y tierra, y por la limpidez azul del firmamento pasó espantable monstruo a modo de ígnea sierpe de tres cabezas que dejaba tras de sí un reguero de fuego.

Un pajarraco negro cayó muerto sobre el altar del sacrificio; marchitáronse las flores de los jardines y las aguas de los estanques hirvieron solas.

ooo

Moctezuma agitóse en las inquietudes de una modorra que era pesadilla.

Sonaba... Había descendido las negras escalinatas del templo de Colibrí, había cruzado jardines con flores de coral y de esmeralda, atravesado por huertas en que pendían manzanas de oro y cerezas de rubíes y se encontraba ahora en una llanura uniforme, gris, cenicienta. Ante ella vaciló; su voluntad y su albedrío impulsábanle a volverse atrás, pero una fuerza superior á él arrastrábase. Comenzó a caminar; la llanura

hacíase cada vez más árida y yerma; una tristeza infinita pesaba como un sudario de plomo sobre todas las cosas; el cielo era pardo, ne-gruzco; tenue neblina gris flotaba en la atmósfera; la tierra hacíase cada vez más blanda y pegajosa, como si estuviese amasada con lodo y ceniza. El Emperador marchaba cada vez más trabajosamente; sus pies hundíanse en el suelo y necesitaba de un gran esfuerzo para despejarlos; una angustia atroz le oprimía el pecho y helado sudor perlaba en sus sienas. De pronto, al fondo de la llanura sus ojos percibieron un lago; como negro espejo permanecía quieto; ni el más leve estremecimiento rizaba su aguas bituminosas. Y al fondo, muy al fondo, alzándose fantasmagórica sobre él, una ciudad de maravilla, una urbe fabulosa, una armónica aglomeración de pirámides de basalto, de palacios de azabache, de nácar negra y de marfil, una exotérica población de ensueño que parecía la quimérica mansión de un dios. Moctezuma, anhelante, lleno de ansiedad, vencido de cansancio y sintiendo por momentos flaquear sus fuerzas, caminaba fatigosamente hacia ella. Acercábase al lago; ya la ciudad encantada comenzaba a dibujar sus líneas claramente, ya en el corazón del Rey germinaba la esperanza cuando como por arte de taumaturgia la ciudad sacudida por espantable y misterioso cataclismo derrumbóse silenciosamente y las aguas de bituminosa negrura cerráronse sobre ella. El *Jefe de Hombres* sintió una tristeza infinita conturbarle, pero ni con un gesto, ni con una palabra trató de sublevarse, sino que vencido bajó la cabeza y lloró.

Abrió los ojos, y presa de vago sobresalto miró á todas partes; tranquilizado por el contraste que ofrecía su tienda ó camarín á los tristes lugares entrevistos en el sueño, sonrió, con sus ojos negros y brillantes y sus dientes de cegadora blancura. Telas rayadas de vivísimos tonos, entre los que relucían el oro, la plata y el cobre, pendían del techo, sostenidos por áurea alimaña hibridación de ave y pez; tapices tejidos con lanas de matices chillones en que había sin embargo una bárbara armonía cubrían el suelo; pieles maravillosamente curtidas y labradas servían de asientos. En un rincón, monstruosos, absurdos

y grotescos, tres bufones jugaban con varillas de oro rematadas por momificadas cabezas humanas, que con no sé qué procedimiento se habían encogido hiperbólicamente, adornadas de esmeraldas. Plumas de aves extrañas y nunca soñadas por los europeos formaban coronas en torno de sus frentes aplastadas, y collares de nigromántica orfebrería, llenos de amuletos, pendían sobre sus jorobas.

El Rey volvió á sonreír. Vivía ahora esa extraña vida que han vivido cuantos el presagio saludó con su anunciación agorera de horrendos males. Al igual que Edipo al consultar al Oráculo, que Faraón al llamar á José ó que más tarde la infortunada reina de Francia, al buscar el secreto del porvenir en la Cubeta de Mesmer, estaba vencido de antemano. Porque el solo hecho de interrogar al porvenir, implica duda, y al dudar, estamos deshechos con antelación á la batalla. Lo que la Pitonisa nos diga será cierto; no porque así sea, sino porque involuntariamente nuestro espíritu prepara su advenimiento.

Incorporado en su lecho el *Jefe de Hombres* esperaba. Esperaba no sé qué; algo que presentía trágico; aguardaba resignado algo que había de venir.

En la entrada apareció un grupo de esclavas que traían un pájaro consigo, y que, doblando la rodilla, se lo ofrecían á su Señor como remedio á sus tristezas. Era un ave maravillosa; en su plumaje mezclábase el transparente azul de los zafiros con el glauco fosforecer de las esmeraldas; el caliente fulgor de los topacios con el fuego de los rubíes. Tenía larga cola de rizadas plumas y sobre la cabecita roja, roja como si la sangre hubiese llovido sobre ella, un á modo de espejo de pluma.

El Emperador tembló. ¡En aquel espejo acababa de ver reflejarse en la desolación infinita de un paisaje iluminado por amarillento rayo de sol, la ruina de México!

Y mientras dejábase caer nuevamente sobre el lecho el ave agorera perdíase en los cielos en un vuelo imprevisto.

Antes de empézarse una batalla, no ya cada jefe, cada soldado sabe quién ha de vencer. Por-

que la victoria ó la derrota vive en nosotros mismos. Es una seguridad, una fe, una energía. En las guerras no hay sino un factor verdad: la voluntad. Sólo muy raras veces encuentra frente á sí otro factor real: los elementos.

La vieja profecía azteca que anunciaba, que la venida de Tlaloc—el *hombre blanco y barbudo*—anunciaba la ruina del Imperio, se cumplía. Inútil que Cuilauzín echase en cara á su hermano su proceder afeminado, inútil que supiese que los invasores eran un puñado de hombres; Moctezuma adivinaba que su reinado había concluido y revestido de prodigiosa pompa, cubierto de regio manto y coronado de oro y plumas salía al encuentro de los invasores. Delante iban sus esclavos llevando raras bestias de quimérica apariencia, perfumes, frutos, flores. Luego él seguido de dignatarios y sacerdotes.

Estaban frente á frente. El Inca descendió de su palanquín y avanzó al encuentro de Cortés. El conquistador orgullosamente hizo ademán de abrazar al que era un dios para los indios. Entonces el mexicano sonrió casi irónico.

—Te habrán dicho que yo era divino, ¿verdad? Pues soy mortal, de carne y hueso.

ooo

Como Rodrigo el goda, como Boabdil el granadino, como todos los que por no saber ser hombres lloraron como mujeres, Moctezuma fué cobarde *hasta el heroísmo*.

Al saber el pueblo sublevado contra los hombres blancos y barbudos, salió á la terraza de su palacio y encarándose con la enfurecida muchedumbre, trató de dominarla aún.

—¡A mí sólo debéis obediencia! Yo os ordeno...

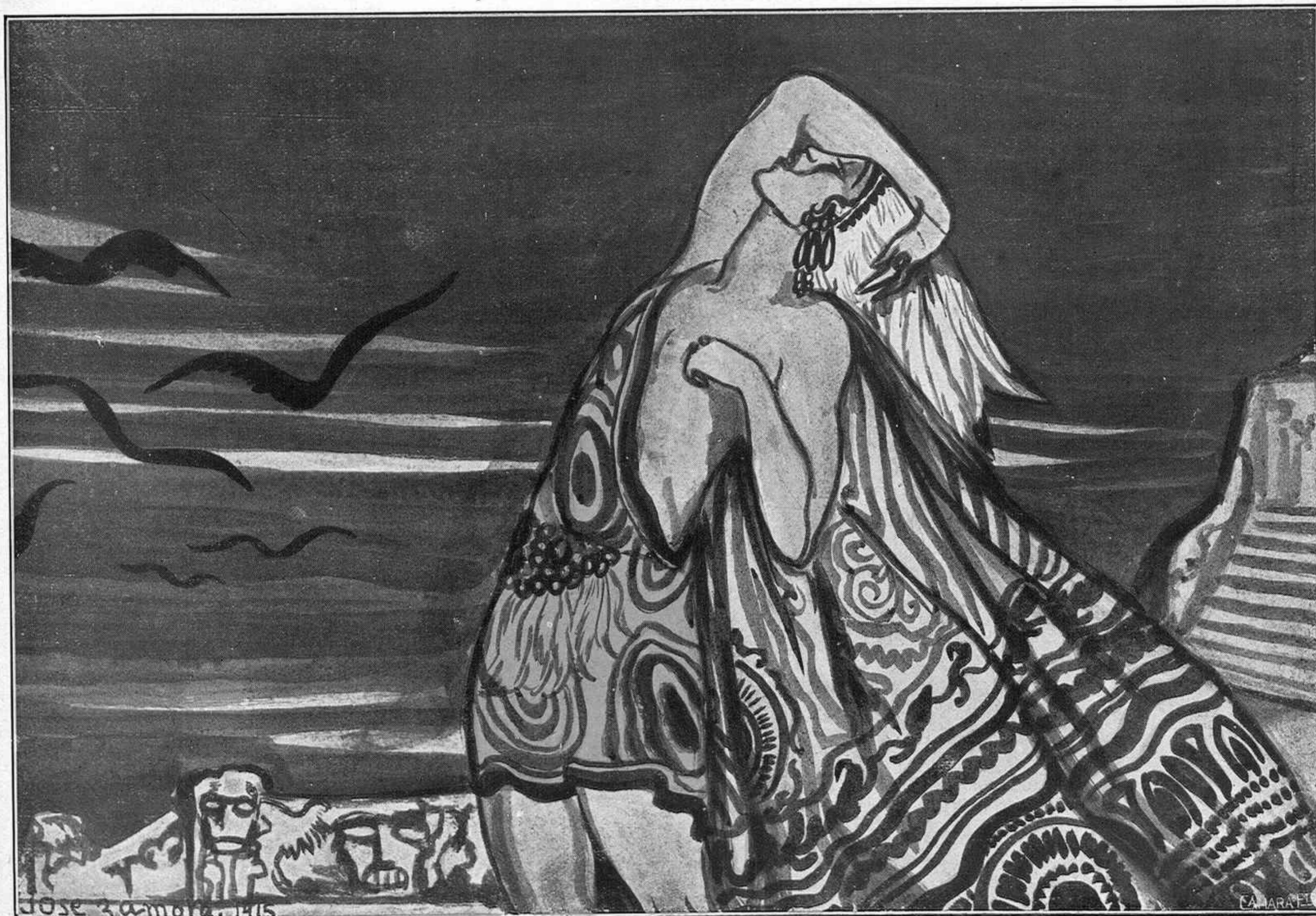
Peró un proyectil hirióle en la frente y bañado en sangre rodó por tierra.

¡Así, el penúltimo Emperador azteca murió defendiendo á los invasores cuando no supo morir por defender su patria!

El Destino, una vez más, trágico y horrendo, venció á quien como víctima había elegido.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJOS DE ZAMORA



EL PROBLEMA DE POLONIA
PONIATOWSKI NO SERÁ REY

EN una ocasión la gran Catalina de Rusia reconoció los derechos hereditarios de la familia Poniatowski á la corona del reino de Polonia. Más tarde Napoleón declaró que el verdadero rey de Polonia era su mariscal de campo José Poniatowski. Pero como el reino estaba ya repartido entre las garras de Rusia, de Prusia y de Austria, la corona y el cetro de los Poniatowski eran *chirimbolos* completamente fantásticos; no tenían ni tierras, ni súbditos ni sueldos.

Así, el Príncipe José, gran militar, espíritu dominador y aventurero, había unido su suerte á la de Napoleón y había puesto su espada al servicio de Francia. Murió cuando comenzaban los desastres. Fué en la retirada de Leipzig. Todo el mundo conoce la singular escena.

—Príncipe—dijo el Emperador al mariscal Poniatowski—, defenderéis el arrabal del Mediodía...

—Señor, tengo muy poca gente...

—Pues bien, con la que tengáis.

—Está bien. Todos moriremos por vuestra Majestad.

Napoleón estrechó la mano del general y se alejó seguro de que se despedía por última vez del Príncipe.

Y, en efecto, Poniatowski no murió precisamente en el arrabal que había de defender. Su



Moscou.—Las iglesias del Kremlin y las torres de sus fortificaciones

poca gente fué arrollada y huyó. El Príncipe se arrojó al Elster, para pasarlo á nado ó para suicidarse. El hecho fué que las aguas lo arrastraron y allá fué, sabe Dios dónde, al hondo mar.

Esta muerte trágica acrecentó la admiración que todos los polacos sentían por su Príncipe. Diez años después, en 1823, se inauguraba en Varsovia un monumento de colosal tamaño á su memoria, obra del escultor Thorwaldten. En traje un poco convencional, de general romano, montaba en pelo y sin bridas un soberbio caballo, y

añicos y la lista civil suprimida, tenía un hermano y este hermano tenía hijos y nietos. Quedaban, pues, herederos de la gloriosa estirpe.

Pero esta familia, como las demás aristócratas de Polonia, había emigrado. Los Radziwill se habían esparcido entre Berlín, Viena y Roma; los Zamoyskis se habían refugiado en los Estados Unidos. Los Poniatowski prefirieron establecerse en París, amparados por el renombre que conquistara el Mariscal de Napoleón.

No se sentían extranjeros en la Francia, á la

parece señalar á los polacos el horizonte donde la hora de la independencia alborea. Este monumento fué costado por suscripción pública y si lo que entonces se recaudó da idea de la popularidad que el Príncipe tenía, el hecho de que, cada mañana, durante un siglo, hayan aparecido al pie de este monumento, flores esparcidas por manos patriotas, prueba que los polacos siguen teniendo fe en que Polonia volverá á ser libre é independiente, dueña de sus destinos.

Con la muerte de Poniatowski, el ideal no moría. Ocupado el Príncipe en sus andanzas militares no se había cuidado de casarse y perpetuar la línea directa, heredera del trono, pero había una línea colateral. Estanislao, que en 1764 fué efectivamente rey de Polonia y en cuyas manos quedó el reino desgarrado, el cetro hecho



Monasterio de la Lawra de Kiew, el más rico de Rusia



La catedral de San Basilio, en Moscou



Tipos de mujeres rusas de la clase humilde, de una aldea de Polonia



Recaudadores de limosnas para la construcción de iglesias en el centro de Rusia

que había ofrendado su vida el heredero de un trono.

Así, otro Poniatowski siguió la carrera militar en el ejército francés y cuando Napoleón III subió al trono le hizo su ayudante de campo. Pero aquí también los Poniatowski vieron al derecho divino hundirse en las adversidades de la guerra. La República obligó a esta familia a vivir en un burgués retraimiento. Sin caudal suficiente para mantener su rango y sin aparato militar, los Poniatowski fueron olvidando sus derechos, perdida toda esperanza de posible resurrección de Polonia.

Y he aquí que el último heredero de esta rama naturalizado francés, es un hombre de negocios, es el Director del *Crédit Foncier*. Se llama Andrés y sólo sus íntimos y un poco en broma, le llamaban alguna vez Príncipe. Su hijo lleva el nombre del último rey que Polonia tuvo: Estanislao. Al estallar la guerra ambos príncipes fueron a cumplir sus deberes con la patria adoptiva. Los descendientes del mariscal de Napoleón son de soldados en el ejército francés.

En los polacos refugiados en París, que son millares, la guerra despertó grandes esperanzas. Vencida Alemania, era posible que los trozos de Polonia, que cogieron Prusia y Austria, fueran liberados y declarados independientes, ¿pero y la Polonia rusa, donde está Varsovia, la ciudad-trono, la capital amada? Entonces los polacos parisienses fundaron un periódico y comenzaron a dar conferencias, a visitar a los hombres políticos y a hacer propaganda de que era preciso convencer a Rusia de la necesidad política y justiciera de reconstituir íntegramente el reino de Polonia. Seguramente, en la victoria final, en el reparto de las vestiduras de los crucificados Alemania y Austria y Turquía, encontraría Rusia tierras que tragarse a su antojo, como antaño se tragó vorazmente a Polonia; para ella sería Constantinopla eterno ensueño de tantos zares y la península entera que delimita el mar de Mármara hasta el mar



Un soldado alemán conversando con tres viejos rusos

FOTOGRAFÍA PARRONDO

Egeo; para ella cuantas tierras apeteciera, Cáucaso adelante por Palestina y Mesopotamia hasta llegar a Persia...

Y entonces, reconstituida Polonia, donde repercutirían las palabras que nuestro Calderón escuchó a su Segismundo: «Vive Dios que pudo ser...», se alzaría un trono, y sobre ese trono se sentaría coronado el director del *Crédit Foncier*, monsieur André, y a su diestra, como Príncipe heredero, monsieur Stanislas, aquel joven de bigotillo retorcido que despachaba tras la ventanilla donde decía: «TITRES.—COUPONS.»

Rusia callaba enigmática; había hablado de libertades, pero no de independencia. En los polacos era ya muy débil la esperanza, porque Polonia minera y Varsovia industrial representan demasiado para que Rusia las suelte, cuando hé aquí que las cosas cambian. Los rusos que habían llegado a los Cárpatos y ocupaban la Galitzia y amenazaban a Cracovia, se ven de pronto empujados por todos lados, y retroceden sin descanso, hasta entregar a los austro-alemanes, no sólo toda la Polonia, sino parte de la Ucrania, que quiere también ser reino independiente, y trozos de la Rusia, propiamente dicha, de la santa Rusia; vellones del oso que ahoga al que lo toca...

Mientras lo ahoga ó no, Varsovia, la ciudad-

trono, está en poder de Alemania; toda Polonia es suya. Los polacos ven que ahora podría surgir el reino nuevo, puesto que está todo él en una sola mano y puesto que, lo que no es posible en Rusia—que haya dos reyes sobre un mismo territorio—, es posible en la Confederación germánica. Polonia, como Baviera, como Sajonia, como Wuttemberg sería libre, sería feliz, sentiría la dicha de la libertad y a la vez el reposo de verse amparada por una fuerza mayor que la propia... Pero, ¿y el Rey? ¿Cómo Poniatowski, ciudadano francés, soldado francés, director ó empleado de una obra financiera tan francesa como el *Crédit Foncier*, puede pasar de pronto a ser rey de Polonia, aliado del rey de Prusia, confederado de los príncipes contra los cuales ha disparado en el campo de batalla?

Y he aquí que en Varsovia las gentes comienzan a pensar que el régimen vale más que la dinastía y, que si por un Poniatowski más ó menos no va a haber independencia, es preferible que vengan de los Estados Unidos los Zamoyskis ó que regresen de Berlín los Radziwill y se sienten en el trono, aunque no descendan del desventurado Stanislas, ni un antecesor suyo esté vestido de romano, sobre un caballo en pelo, en la más hermosa plaza de Varsovia.

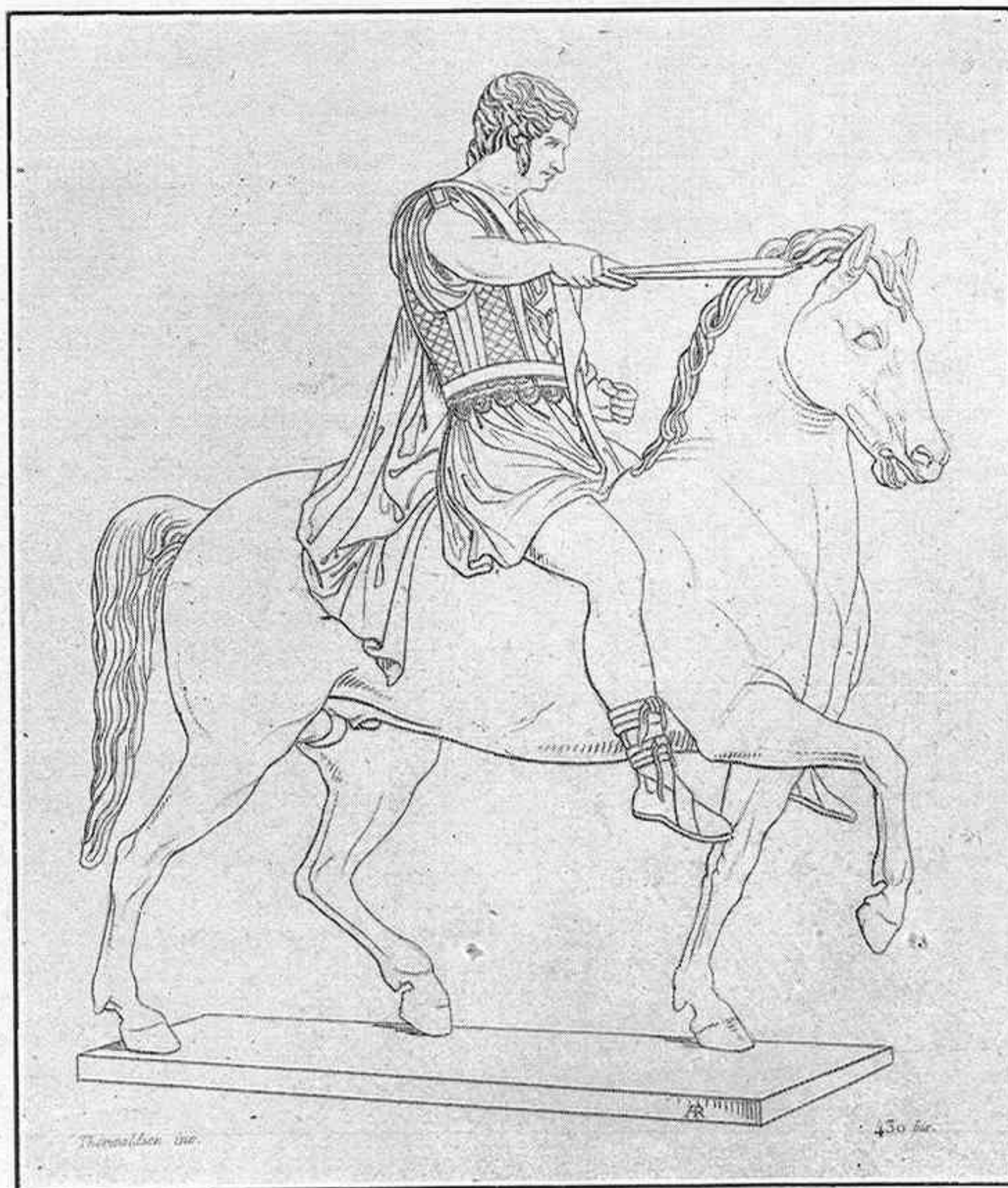
Claro es que a esto oponen los germanos que si no va a ocupar el todavía fantástico trono un rey «pura-sangre», lo mismo da que sea un príncipe de una casa alemana. En los Zamoyskis y en los Radziwill apenas quedan más que unas gotas de sangre polaca. Además, esas familias no han aspirado nunca a ser continuadoras de la historia de su patria. Y es peligroso improvisar reyes. Y más peligroso aún enseñar a los pueblos que los reyes pueden improvisarse. Aun con la aureola de las victorias, de los reyes que improvisó Napoleón, sólo una dinastía ha llegado a salvarse.

DIONISIO PÉREZ



Grupos de mujeres de Polonia a la puerta de una casa

FOTOGRAFÍA SCHERED



Estatua del príncipe José Poniatowski, mariscal de Napoleón, existente en Varsovia

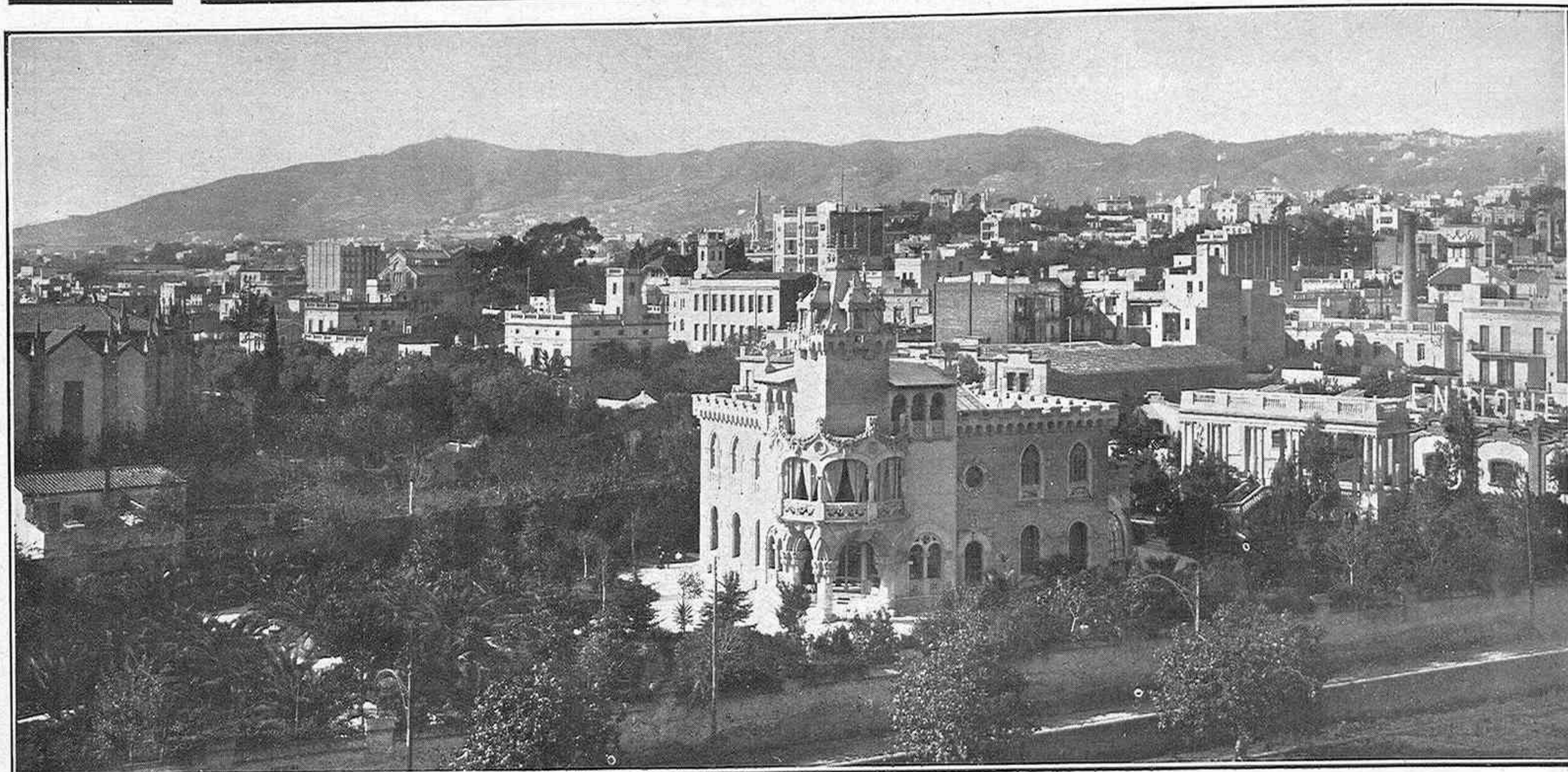


BIBLIOTECA
 MADRID

Un puesto avanzado inglés, a corta distancia de las líneas alemanas, observando el efecto de la Artillería británica y transmitiendo señales e indicaciones por teléfono a las baterías para modificar el tiro

Dibujo de Matania

EDIFICACIONES CATALANAS
LA ARQUITECTURA MODERNA



Aspecto del aristocrático barrio de San Gervasio, en Barcelona. En primer término, el palacete del Sr. Blasco Ochoa

EN la pintoresca barriada de Barcelona San Gervasio, que la iniciativa particular va convirtiendo en bella ciudad-jardín, se han construido en estos últimos años multitud de *chalets*, villas y palacetes que, modificando la primitiva idea que movió a los barceloneses de antaño a hacerse de su clásica «Torre», refugio durante los rigores estivales y objeto de sus excursiones domingueras, hoy las vemos surgir en forma de elegantes y confortables residencias de todo el año, con todas las ventajas de la proximidad al centro de los negocios, gracias a la comodidad y rapidez de las comunicaciones.

Uno de estos palacetes, acaso el más moderno y suntuoso, es el del distinguido arquitecto señor Blasco Ochoa, situado en la parte más bella de la barriada y del cual ofrecemos a nuestros lectores algunas fotografías por

las que juzgará de la magnificencia y belleza de este hotel. En él se reúnen la suntuosidad y el *confort*, siendo muy de admirar su espléndido mobiliario y artística decoración, hecha con arreglo al más exquisito arte moderno.

Todas las habitaciones, anchurosas y de elevados techos, tienen grandes ventanales por los que el sol penetra en toda su esplendor y desde los cuales se divisa el bello panorama de San Gervasio, que es una de las más hermosas barriadas de la Ciudad Condal, y el delicioso jardín que rodea la casa.

La arquitectura del palacete que nos ocupa es del más puro estilo moderno, pero sin extravagancias ni chocarrerías, sino severo y elegante. Su propietario, el Sr. Blasco Ochoa, es el autor de los planos, y la edificación se ha llevado a cabo bajo sus instrucciones.



Vestíbulo, gabinete y comedor del elegante y original palacete del Sr. Blasco Ochoa

LAS HEROINAS DE GOETHE FEDERICA Y CARLOTA

GOETHE, el nombre cumbre de la gloria alemana, fué un gran amador y si en la vida real sus amantes sufrieron el olvido del gran poeta, las recompensó cubriendo sus nombres de inmortalidad. Todas las mujeres de sus novelas y de sus baladas, antes habían vivido en el corazón del hombre y por lo que le hicieron gozar ó padecer, las hizo el legado magnífico de eternizar sus nombres á lo largo de los siglos venideros. No hubo en la Historia ningún príncipe tan magnánimo que hiciera ese regalo á sus amadas.

Todos estos nombres de mujeres, son su propia historia sentimental. Federica y Carlota dejaron el rastro más hondo en la larga vida del poeta dios, que cantó la exaltación del eterno femenino como razón única de la vida, en uno de los cantos de *Fausto*.

Goethe amaba á la mujer, fuente fecunda del futuro, llena de la gracia como la virgen María, divina estatua del placer como la diosa de Milo. Y amó el ideal de la mujer con serenidad estética y con fiebres pasionales, á través de todas las mujeres que halló en su camino. Tuvo la energía de no dejar cautivar su genio en el encanto de una sola amante. Tenía el hechizo de la seducción. Cuando era adolescente iba á recibir lecciones de baile á casa de un bailarín de Estrasburgo, que tenía dos hijas. Las dos jóvenes se enamoraron locamente del poeta. Las dos hermanas le colmaban de tiernos y excitantes halagos, y la última tarde, Lucinda, la mayor, en una magnífica exaltación de amor y de celos, le fulminó esta tremenda maldición de gitanería y de fanatismo. —«Maldición, maldición eterna para la primera que bese los labios que yo acabo de besar». Goethe, que en aquella época hundía su espíritu en esos magos é inquietantes laberintos de las ciencias ocultas, no volvió á ver á las dos hermanas. La maldición de Lucinda le asaltaba siempre que tenía á flor de labio la boca fragante de una nueva enamorada. Siempre creyó que la maldición había caído sobre Federica Brions, la figura más dulce y más abnegada de todas las mujeres de Goethe. Aquel gran cariño abandonado por su fiebre de saber y sus ansias de vivir, por la gran sed de renovación de su espíritu, fué siempre para él un remordimiento y tal vez una melancólica saudade. ¡Allí estaba la dicha, humilde y cotidiana, y él pasó de largo por la puerta de la felicidad! Y Goethe no fué nunca feliz á pesar de la magnífica apoteosis de su gloria.

Federica fué la musa de *La canción de Mayo*. El poeta tenía entonces veinte años. El claro de luna y el ruiseñor romántico de su balada supieron de aquel idilio encantador, en los jardines de la vieja abadía, de la que era pastor el padre de Federica. La rubia doncella cantaba al son grave del clavicordio las viejas canciones del país. Aquella casa estaba llena de beatitud y de sol y todo era alegría é ingenuidad. Federica, con las



LA MUSA

rubias trenzas sobre su corpiño aldeano, se perdía en la dulce compañía del poeta por los bosques legendarios y misteriosos de Sesenheim. Fué pronto una triste olvidada como Margarita, pero Federica no se quejó nunca de su amante. Murió en melancólica soltería porque cuando alguien le hablaba de un nuevo amor exclamaba, orgullosa de su tornadizo poeta, como si fuera la viuda real de un extraordinario personaje mitológico:

—La que ha pertenecido á Goethe, no puede pertenecer jamás á hombre alguno.

Esta pobre aldeana, por un milagro del amor, llegó á comprender el genio de Goethe. Pero él la abandonó porque no podía poner el grillete de aquel cariño á su ansia de saber y á su fiebre de renovar la vida. No quería cristalizar su existencia, ni aun en el más bello momento. El misterioso impulso de un fatalismo cruel y glorioso le empujaba mientras oía el piafar de los fogosos caballos, espoleados por los invisibles espíritus, que arrebatan el carro de nuestro destino.

Federica le sacrificó su juventud y toda su vida fué un culto ardiente y resignado por el gran artista que le había otorgado el honor de hacerla desgraciada. Su espíritu vivía encantado en un reflejo de la gloria de Goethe y recordaba los días idílicos y románticos, como un gran resplandor en su existencia.

ooo

La vengadora de Federica fué Carlota Buff, esa bella sombra cruel que pasa por las desoladas páginas de *Werther*.

El genio, monstruosamente egoísta, sufrió el infierno de ver á la mujer ardientemente deseada en los brazos de otro hombre. *Werther* es la locura de la carne, que se hunde en un lúgubre romanticismo que conduce al suicidio. El espectáculo de la felicidad ajena le hace intolerable la vida. Carlota es una fuerte virgen alemana consciente de su deber con la Naturaleza. Ha venido al mundo á cumplir una misión dulce y sagrada. *Esclava de la especie—dice Ganivet—, al genio egoísta y tornadizo, prefirió el fuerte y sencillo amor de Alberto, que la hizo doce veces madre.*

Esta fué la pasión más violenta de aquel gran pasional. Federica se sacrificó por la gloria del poeta, Carlota desdeñó al genio, por una felicidad más humilde y más cotidiana, aureolada por doce cabecitas ingenuas. Goethe hubiera trocado su gloria por el destino oscuro de Alberto Kestner, el marido de Carlota Buff. Así lo declaraba melancólicamente en el ocaso de su portentosa vida de trabajo, cuando había sondeado todos los enigmas del humano saber.

Carlota ejerció una inconsciente y fatídica influencia. Fué la musa trágica del *wertherismo*, cuando en realidad sólo era una amorosa madre

de familia. Y Goethe tal vez la amó tan ardientemente por ser tan capaz de ser madre, esclavo también el genio de las gustosas lacerias de la especie.

Dos años después de abandonar Wetzlar, huyendo de la amarga influencia de Carlota, publicó el *Werther*, en Septiembre de 1774. Todo el libro tiene una gran fiebre romántica y sensual y una honda preocupación de la muerte. *Dichoso aquel que no ve en la caída de la hoja más que una aproximación del invierno.* El universo es para Goethe una representación del fin de las cosas. Es el dolor íntimo y misterioso de no poder cumplir nuestra misión en la vida. Carlota es la exaltación del amor; fuera de la mujer deseada hasta la adoración, las otras mujeres no tienen influencia sobre nuestra sensibilidad y de ahí parte el sentimiento inconsciente del fracaso de nuestra vida. La exaltación romántica de la época hace lo demás. Es el momento de amor lírico por la muerte. El libro de Goethe tuvo un éxito enorme y ejerció una influencia nefasta, una influencia patológica, la enfermedad del suicidio, que después de aparecer esta novela-sirena, se denominó el *wertherismo*.

La fiebre pasional del genio, contagió á toda su época, porque muchos años después, cuando Goethe era viejo, vió en una calle el cuerpo de un suicida, que llevaba un ejemplar de *Werther* en el bolsillo.

Carlota era para el poeta una criatura casi sobrenatural. El hombre más glorioso de Alemania sufrió horrorosamente por aquella mujer que era prometida de un amigo suyo, un joven secretario de la legación de Hannover.

Pero á pesar de su equilibrio y de su honestidad, Carlota, fascinada por el poeta, una tarde, bordea el abismo. Goethe cubre sus balbucientes y temblorosos labios de frenéticos besos. Después huye desesperado. Carlota se niega á verle más, el poeta es encantadoramente peligroso y en ella era inmovible el sentimiento del deber. Se habían conocido demasiado tarde.

El final de la novela se lo dió el suicidio de un joven conocido suyo, Jerusalén Riddagshausen, que se mató por amor hacia la mujer de un amigo. Goethe se curó pronto de aquella pasión frenética. Realmente había el peligro de acabar como su melancólico personaje, y, para serenar su espíritu, escribió la novela. Tenía entonces veinticuatro años y una vida gloriosa que llenar.

Carlota representa una época de Goethe, única, inconfundible. Es la pasión sensual, la locura de la carne, la voz ardiente y demoniaca que en el coro de *Fausto* canta la exaltación del eterno femenino como la más dulce razón de la vida, junto á las voces angélicas de Federica, la abnegada, y de Margarita, la rubia hilandera. Y las otras bellas sombras galantes que llenaron la vida de este excelso poeta del amor y del infinito.

EMILIO CARRÉRE



CARLOTA



FEDERICA

LA FIESTA DE LA VENDIMIA



Cuadro del insigne artista inglés Tomás Stothard

PARA buscar el origen de la pintoresca costumbre de celebrar con fiestas y regocijos públicos los días en que se corta la uva para proceder á la elaboración del vino, hay que remontarse á los antiguos tiempos de Grecia, á las épocas mitológicas en que se festejaba á las diosas Libera y Ceres y en su honor entregábase el pueblo á las más absurdas ceremonias.

Pero como tanto estos festivales, como los que posteriormente organizaran los romanos en honor del dios Baco, no tenían como principal objeto festejar las faenas de la vendimia, sino los efectos del vino, y fueron degenerando en orgiásticas y licenciosas fiestas, á tal grado inmorales, que obligaron á los emperadores á dictar leyes prohibitivas que imponían severos castigos á los contraventores de ellas, hemos de prescindir de su descripción y aun de su recuerdo, toda vez que no es á ellas á las que nos proponemos referirnos aquí.

En algunos pueblos de Europa, el comienzo de la faena de vendimiar las cepas, inaugurábase, desde remotos tiempos, con fiestas de carácter campestre que en nada recordaban aquellos paganos regocijos, y esta costumbre, sostenida durante siglos, y que todos los años repetíase por la misma época, de mediados de Septiembre á mediados de Octubre, fué decayendo poco á poco hasta desaparecer por completo en la ma-

yor parte y convertirse en los que aún la conservan en un festejo casi familiar del que no participan otras personas que las que están directamente interesadas en el feliz resultado de la vendimia.

Este mismo carácter íntimo desprovisto de popularidad y del bullicioso esplendor que antes tuviera, es el que ofrece en los contados pueblos de España en que aún se festeja el comienzo de la corta de la uva y es tanto más de extrañar que entre nosotros haya sufrido tan sensible decadencia, cuanto que en casi todas las regiones de la nación constituye el cultivo de la vid y la elaboración de su fruto una de las mayores riquezas.

Prescindiendo completamente de lo que en otros días se hiciera, deberían festejarse hoy en España los primeros días de la vendimia, no solamente por la razón más arriba indicada, sino porque la fecha en que esta faena campestre comienza en nuestro país, coincide con la que, desde tiempo inmemorial, se señaló para la celebración de las ferias en muchas poblaciones, especialmente en las del Mediodía.

Como substitución de los ridículos carnavales, debiera festejarse en España la Primavera, con un grandioso festival en el que las flores, tan abundantes y tan bellas en nuestro país, constituyesen el principal elemento, en que las carrozas engalanadas sirvieran de artístico tem-

plete á la belleza juvenil de las mujeres españolas que, como las flores que en nuestro suelo nacen, no pueden tener rival en el mundo; debería celebrarse también la entrada del Otoño con la fiesta de la vendimia, ya que el rico fruto de la vid, tan abundante en esta tierra, constituye también una de sus riquezas mayores y es uno de los elementos decorativos que en todos los tiempos inspiraron más hermosas obras á los grandes artistas.

En todos los Museos del mundo consérvanse cuadros y esculturas debidos á los más eximios cultivadores del arte, inspirados en escenas relacionadas con la vendimia, y muchos de los pintores modernos han encontrado en los episodios campestres á que dan ocasión las faenas de la corta de la uva y de la elaboración del vino, motivos para cubrir grandes lienzos con hermosas pinturas, plétóricas de luz, de alegría y de colorido, como podrían serlo esos festivales que tuvieron por objeto este asunto.

La fiesta de las flores y la fiesta de las uvas debieran ser las más bellas, las más populares, las más típicas de cuantas se celebraran en España y por supuesto las que estarían más justificadas por la relación que tienen con lo que es más característico de nuestro país.

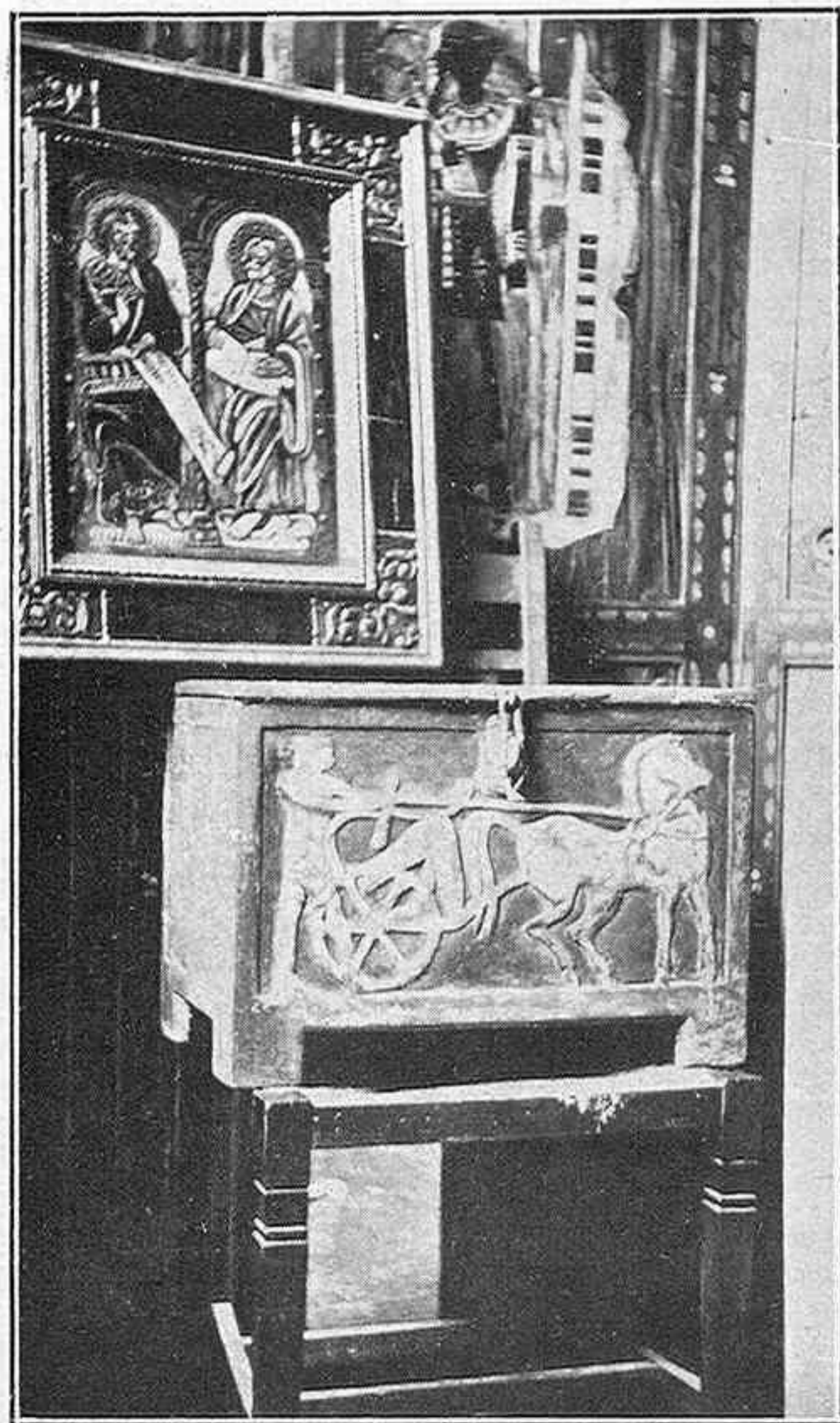
JUAN BALAGUER

LA MITOLOGÍA Y LA VENDIMIA

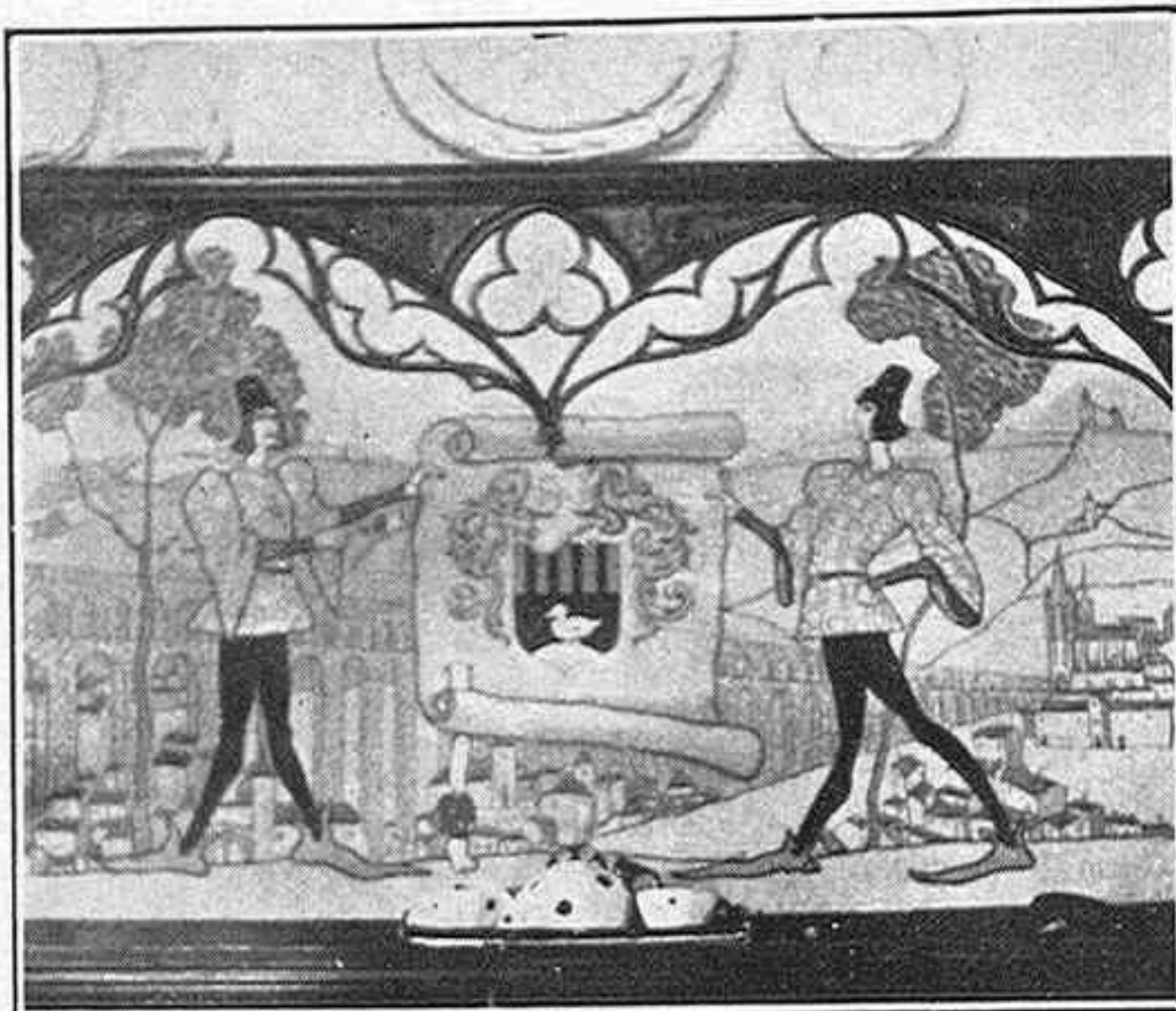


BACO, por Guido Reni, existente en el Museo de Florencia

UN ARTISTA ESPAÑOL EN LONDRES
EL "HUMOUR" DE SANCHA



Cuadro tallado y arqueta egipcia, con herraje de White Chapel



Pintura al temple en una chimenea



Hoja de biombo egipcio, tallado, pintado, dorado y estofado



FRANCISCO SANCHA
 Pintor, tallista, carpintero, mueblista y herrero.

A CASO este hombre serio y tranquilo, metido dentro de su típico overoll inglés, con las manos descansando sobre las rodillas, y en una de ellas la pipa característica, no es un obrero londinense?

Todo en él parece afirmarlo y nunca hubo más britanismo en su rostro afeitado y de líneas rectas, en sus ojos azules, en su habla parca y puntante. Recién llegado a Londres, cuando sólo sabía decir y comprender «yes», le preguntaban gentes correctas, en inglés correcto, orientaciones de calles y plazas. Y él, mudamente, desdenosamente, con ademanes lentos que parecían seguros, les dirigía a sitios totalmente distintos de donde querían ir.

Si esto le ha ocurrido en la propia Inglaterra juzgad qué sería en España, en su Málaga de los vinos generosos y las mujeres morenas. Malagueño, burlón, alegre y capaz de todas las aventuras por divertidas y por peligrosas, Paco Sancha parecía un inglés entre españoles. Y ahora no parecerá un español entre ingleses, sino otro inglés más. «El tipo británico ó la fuerza del sino» podría titularse la vida del caricaturista Sancha, donde no faltan relámpagos trágicos como la muerte del pobre Tomás, su hermano, para darle escenas de drama á la pintoresca comedia.

Sancha había fatalmente de vivir en Londres. Cansado de todas sus anteriores orientaciones artísticas, tan admirables, había de hallar en Londres un sendero nuevo.

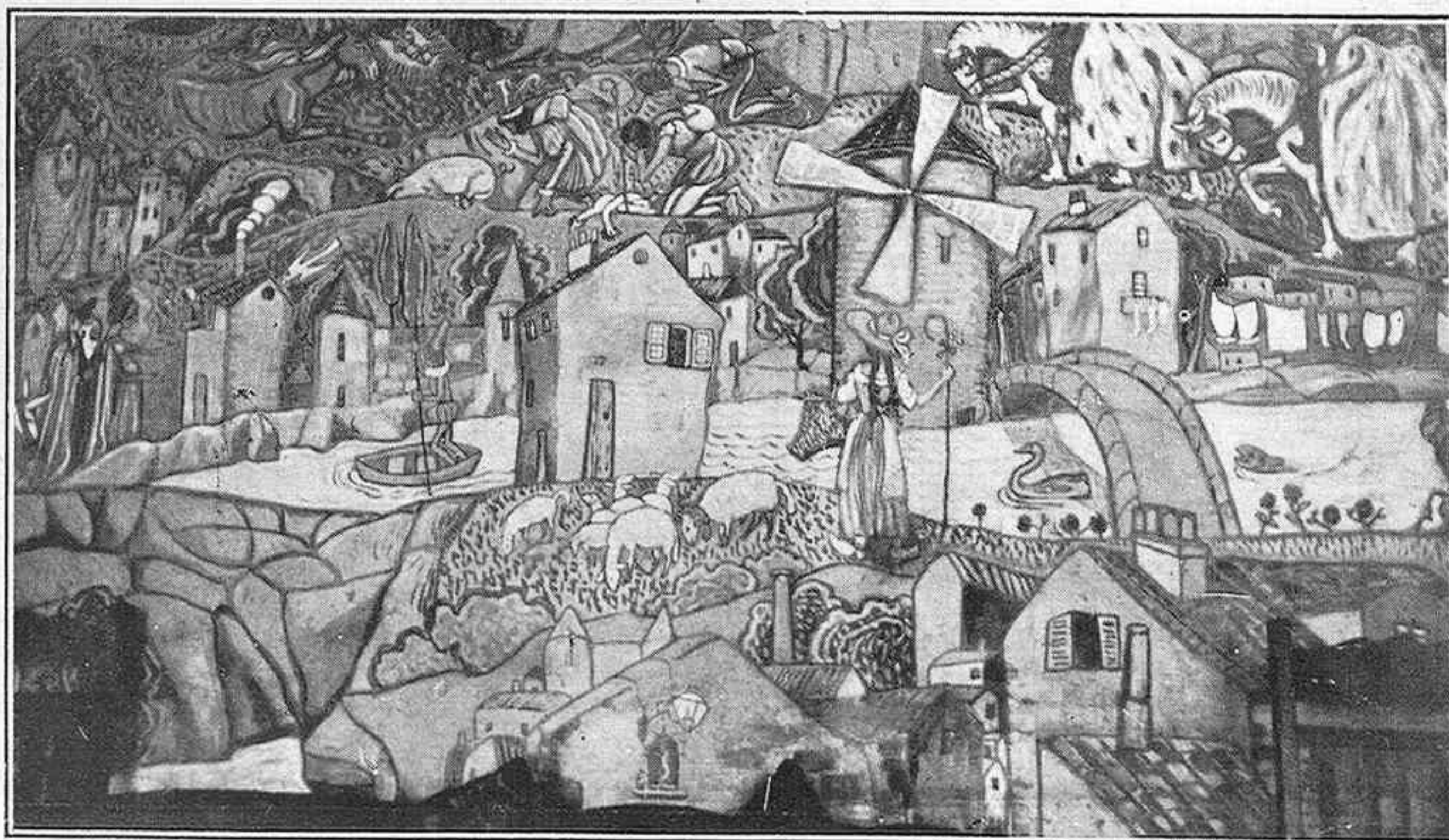
Se repite el caso del caricaturista alemán Bruno Paul, que cambia las plumas y los pinceles satíricos por los útiles del ornamentador de casas.

Francisco Sancha ha sido siempre un inquieto. Cada época de su arte ha parecido siempre una rectificación de

las anteriores. Fué el primer caricaturista español en distintas tendencias, y los que detrás de él venían ó junto á él caminaban, lo imitaron servilmente. Había el sanchismo en caricatura como el sorollismo ó el zuloaguismo en pintura. Pero este hombre de los ademanes fríos, los ojos demasiado claros y la sonrisa silenciosa, se burlaba discretamente de sus imitadores con el mismo ingenio que zahería costumbres, ideas y personajes contemporáneos en sus dibujos.

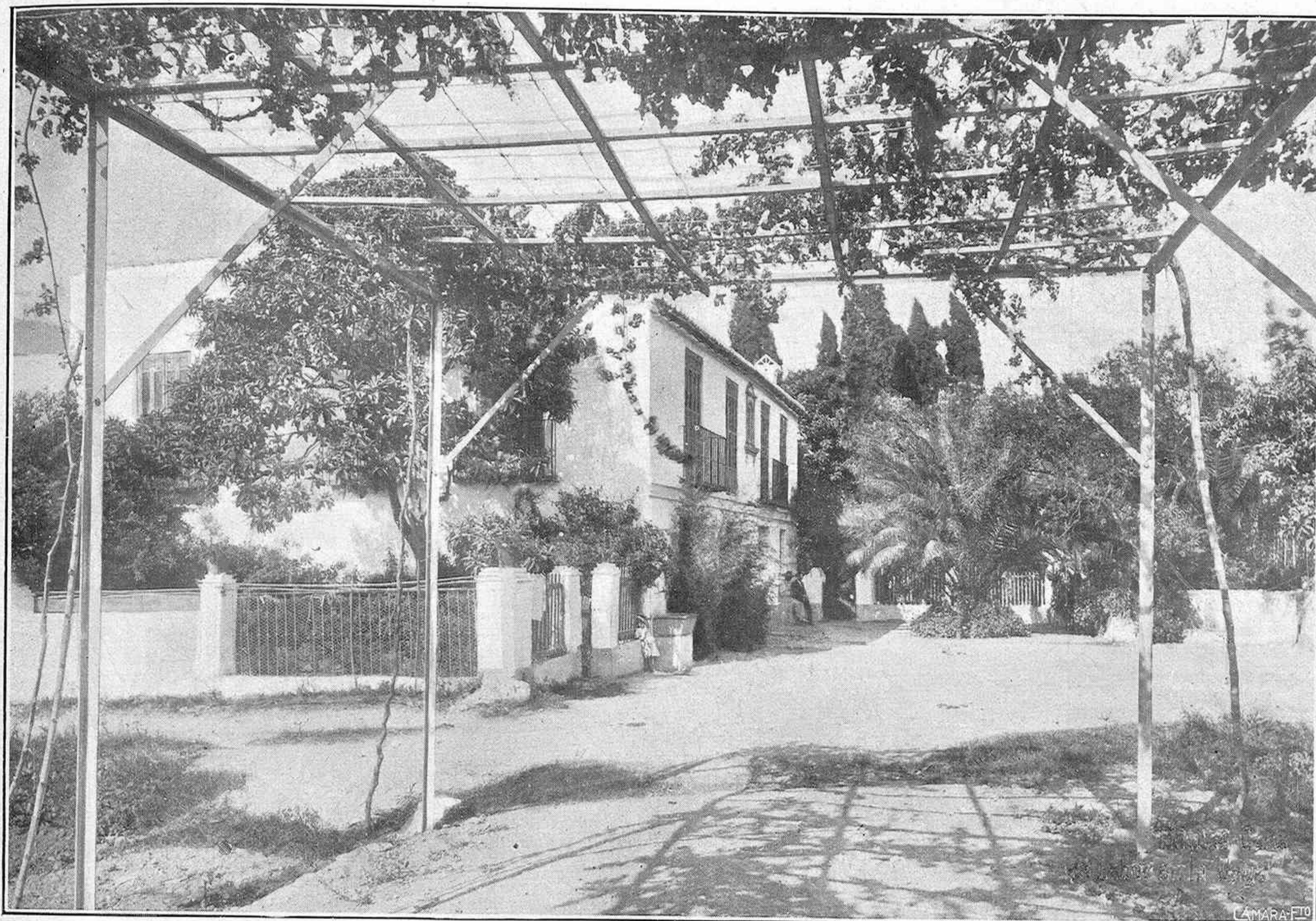
De pronto, Paco Sancha se va á Londres con unas cuantas pesetas, un traje que en Cataluña juraban ser inglés, una pipa y las manos en los bolsillos. No era mucho, y sin embargo, le ha bastado para triunfar en todos los aspectos. Ya incluso sabe entenderse con los *policemen*, sin mirar á hurtadillas uno de esos absurdos manuales de conversación. Pero lo peregrino del caso es que Sancha ya no pinta cuadros ni dibuja sátiras, sino construye muebles. Ha cambiado los lápices y las plumas por formones, escoplos, sierras y cepillos. A su estudio le llama carpintería y en vez de chuparse los dedos manchados de *gouache* ó de tinta china, como en otro tiempo, se los chupa lanzando exclamaciones poco londinenses, cuando se da un martillazo. Inspirándose en los magníficos museos británicos, Francisco Sancha reconstruye estilos y figuras históricas en arcones, biombos, sillas, mesas, marcos, bancos de «hall», pinturas murales y tallas de toda clase.

¿Seriamente? Seriamente las imagina, seriamente las vende y seriamente las cobra. Pero el espíritu retozón de sus años anteriores le brinca al trabajar. No podía menos de suceder así. El humorista Sancha, al aclimatarse en la tierra clásica del *humour* es más humorista que nunca.—S. L.



Trozo de una inmensa pintura mural, que representa un Nacimiento, según la vieja tradición española

DE LA ESPAÑA PINTORESCA



Una casa de labor en la vega de Málaga

FOT. OSUNA

CORTIJOS...

Los españoles hemos pasado de creer que en el campo no importan la comodidad para sentarse y dormir, el decoro de la mesa, y de la vivienda en general, á no resignarnos á otro alojamiento en mitad de las vegas ó junto á los robledales y pinares que al que nos ofrecen los transplantados y pegadizos hotelitos vieneses y las pintorescas casucas suizas. Antes considerábamos la campiña como algo bárbaro y primitivo, y ahora sólo sirve de telón de fondo para las tertulias de terraza, en torno al gramófono con discos de Anselmi.

Un fenómeno semejante ha ocurrido con el uso del baño, de tan moderna importación. Los honorables varones que no se lavaban nunca, ya no pueden vivir si todos los días no flotan un rato en una pila; y gracias sean dadas á los dioses. Pero la ablución ha de ser en pila, y no se aceptan la esponja y el *tub*. De donde cabe deducir en perfecta lógica, que nuestra burguesía se aficionó á la pila mejor que al *tub*.

De la misma manera escamoteamos los apacibles sentimientos que infunde en el hombre la contemplación de la Naturaleza, ¡oh, la *Pastoral* beethoveniana!, en obsequio á los *chalets* helvéticos, los discos, el te y la moda de los pijamas... ¡Pijamas!; he ahí otra novedad no ha mucho implantada, y difundida ya en una ola de trajecillos listados y con guarniciones de casaca de húsar; y el caso es que la mayoría de los protectores del pijama, vacilan sobre el más ade-

cuado empleo de su europeizante disfraz. Yo conocí un hidalgo que se hizo un bañín de casa, y luego pedía perdón de que lo encontrasen sus íntimos que llegaban á sus habitaciones, vestido de bañín.

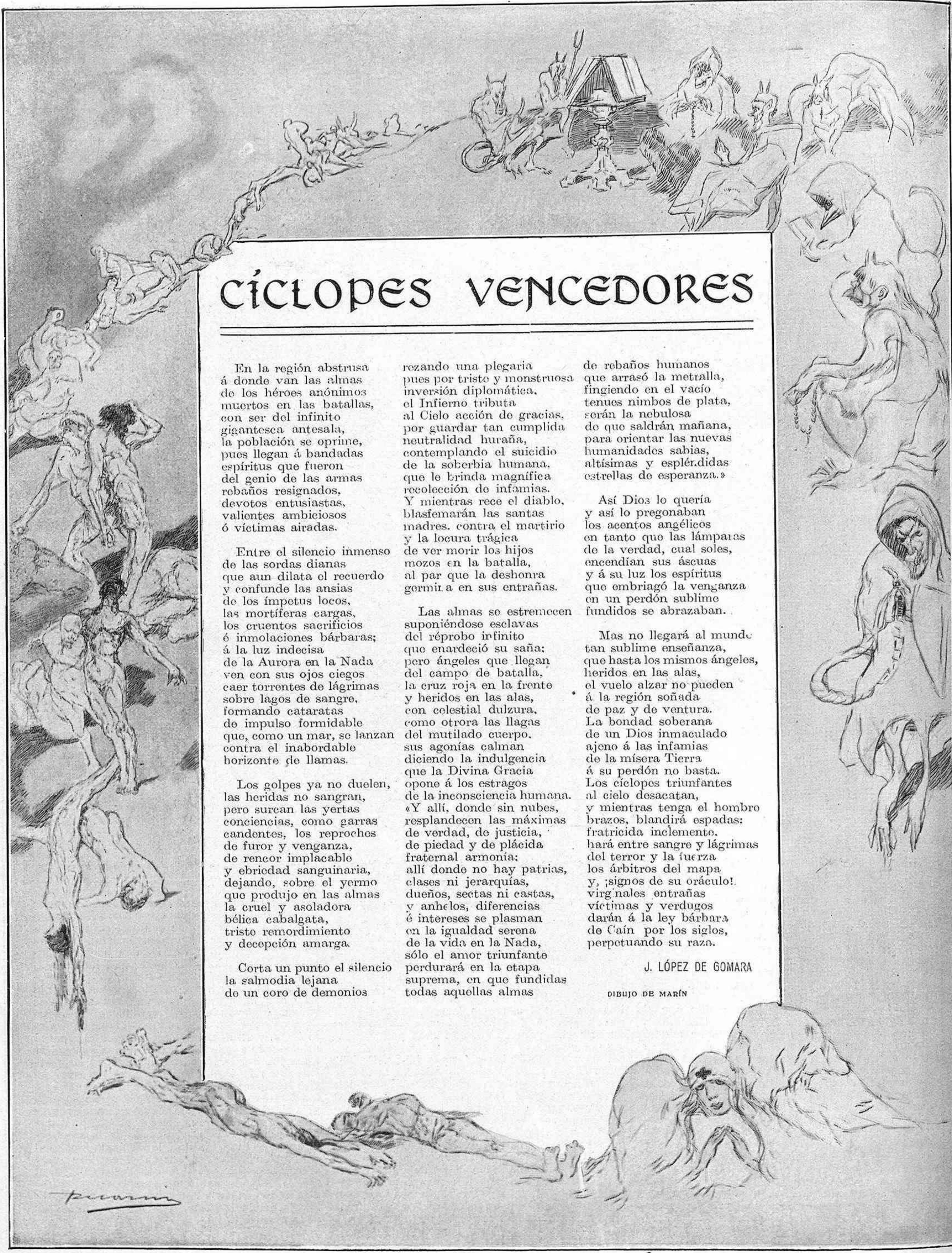
En cambio hubimos un embajador en París que recibía á sus colegas en mangas de camisa. Siempre caminando á saltos, como los sapos. ¿Queréis otro ejemplo? Madrid tiene en la actualidad un jardinero mayor el cual está verdaderamente apasionado por las flores. Pero detesta los árboles. El Sr. D. Cecilio Rodríguez, cuya buena voluntad merece aplausos, ha talado algunos árboles de Recoletos para improvisar un jardincillo geométrico, con unos palitroques y unas rosas.

Y á propósito de las reformas del Sr. Rodríguez. Si con tanto admirable celo ha traído á nuestros parques el Sr. Rodríguez bellezas del Luxemburgo y del *Bois de Boulogne—la Bagatelle—*, ¿por qué no seguir inspirándose allí, en París, y respetar la desnudez de la piedra del arco de la calle de Alcalá, donde el tapiz de verdura es un pegote. Recuerde el Sr. Rodríguez *l'Etoile*, con sus cadenas. ¿Por qué no arrancar de los andenes del Retiro el borde de rocalla, tan postizo y cursi? Seguiríamos enumerando las á nuestro humilde juicio equivocaciones del bien intencionado y laborioso señor jardinero mayor de Madrid. Su concepto de la jardinería es anticuado... Ya no se construyen jardines

geométricos, sino que se combinan armónicamente las grandes masas de coloración... También en jardinería hay un Ruben Darío que oponer á la retórica de certamen poético. Al mismo tiempo que los respetuosos reparos, me complazco en saludar á D. Cecilio Rodríguez, funcionario que cumple su deber; artista; y que ha de contribuir poco á poco á que nuestras muchedumbres vayan aficionándose á las flores...

Bueno, ¿y á qué santo, tal cúmulo de divagaciones? El lector habrá mirado una y otra vez la foto que ilustra esta página. Representa una casa de labor en la vega malagueña. De nuevo tiene oportunidad el cuento inolvidable de la Cenicienta, y otra vez hay que otorgar el zapatito principesco á quien no pensó nunca en aspirar á tamaño honor. El cortijo malagueño, originariamente refugio de labradores, ha ido embelleciéndose para albergar de cuando en cuando á los señores de la ciudad. Y no se ha seguido más sistema de embellecimiento que una progresiva selección de los naturales elementos decorativos del país y la adaptación de la arquitectura y todo lo fabricado á la impuesta tonalidad del ambiente. Verdad que en el cortijo no hay pijamas, sino zajones, ni cabelleras teñidas, ni fonógrafos. En medio del campo de verdad, se alza una casa de los abuelos, y allí el señorío frívolo acude de tiempo en tiempo á empaparse en la tradición.

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ



CÍCLOPES VENCEDORES

En la región abstrusa á donde van las almas de los héroes anónimos muertos en las batallas, con ser del infinito gigantesca antesala, la población se oprime, pues llegan á bandadas espíritus que fueron del genio de las armas rebaños resignados, devotos entusiastas, valientes ambiciosos ó víctimas airadas.

Entre el silencio inmenso de las sordas dianas que aun dilata el recuerdo y confunde las ansias de los ímpetus locos, las mortíferas cargas, los cruentos sacrificios é inmolaciones bárbaras; á la luz indecisa de la Aurora en la Nada ven con sus ojos ciegos caer torrentes de lágrimas sobre lagos de sangre, formando cataratas de impulso formidable que, como un mar, se lanzan contra el inabordable horizonte de llamas.

Los golpes ya no duelen, las heridas no sangran, pero surcan las yertas conciencias, como garras candentes, los reproches de furor y venganza, de rencor implacable y ebridad sanguinaria, dejando, sobre el yermo que produjo en las almas la cruel y asoladora bélica cabalgata, triste remordimiento y decepción amarga.

Corta un punto el silencio la salmodia lejana de un coro de demonios

rezando una plegaria pues por triste y monstruosa inversión diplomática, el Infierno tributa al Cielo acción de gracias, por guardar tan cumplida neutralidad hurañá, contemplando el suicidio de la soberbia humana, que le brinda magnífica recolección de infamias. Y mientras reze el diablo, blasfemarán las santas madres, contra el martirio y la locura trágica de ver morir los hijos mozos en la batalla, al par que la deshonra germine en sus entrañas.

Las almas se estremecen suponiéndose esclavas del réprobo infinito que enardeció su saña; pero ángeles que llegan del campo de batalla, la cruz roja en la frente y heridos en las alas, con celestial dulzura, como otrora las llagas del mutilado cuerpo, sus agonías calman diciendo la indulgencia que la Divina Gracia opone á los estragos de la inconsciencia humana. «Y allí, donde sin nubes, resplandecen las máximas de verdad, de justicia, de piedad y de plácida fraternal armonía; allí donde no hay patrias, clases ni jerarquías, dueños, sectas ni castas, y anhelos, diferencias é intereses se plasman en la igualdad serena de la vida en la Nada, sólo el amor triunfante perdurará en la etapa suprema, en que fundidas todas aquellas almas

de rebaños humanos que arrasó la metralla, fingiendo en el vacío tenues nimbos de plata, serán la nebulosa de que saldrán mañana, para orientar las nuevas humanidades sabias, altísimas y espléndidas estrellas de esperanza.»

Así Dios lo quería y así lo pregonaban los acentos angélicos en tanto que las lámparas de la verdad, cual soles, encendían sus áscuas y á su luz los espíritus que embriagó la venganza en un perdón sublime fundidos se abrazaban.

Mas no llegará al mundo tan sublime enseñanza, que hasta los mismos ángeles, heridos en las alas, el vuelo alzar no pueden á la región soñada de paz y de ventura. La bondad soberana de un Dios immaculado ajeno á las infamias de la mísera Tierra á su perdón no basta. Los cíclopes triunfantes al cielo desacatan, y mientras tenga el hombro brazos, blandirá espadas: fraticida inclemente, hará entre sangre y lágrimas del terror y la fuerza los ámbitos del mapa y, ¡signos de su oráculo! virginales ontrañas víctimas y verdugos darán á la ley bárbara de Caín por los siglos, perpetuando su raza.

J. LÓPEZ DE GOMARA

DIBUJO DE MARÍN

Marín

LA ESFERA

ARTE MODERNO



RETRATO, cuadro original del ilustre pintor Julio Moisés

LA CATEDRAL DE MILÁN



Fachada principal de la Catedral de Milán

Las obras del famosísimo Duomo milanés comenzaron en las prostrimerías del siglo XIV; Juan Galfas Visconti colocó con sus ilustres manos la primera piedra; de consiguiente, y por dictados cronológicos, su fábrica no ostenta aquella majestad triste, pesada y solemne, de otras catedrales más antiguas: Nuestra Señora de París, por ejemplo. El alma cruel de la Edad Media no tuvo tiempo de ennegrecer sus muros, y la basílica—toda de mármol blanco—que soñara el arquitecto alemán, Enrique Arler, esquivó su acción y escapó de ella alegre, límpida, ingrave, cual si presintiese el Renacimiento. Generalmente, los edificios de dimensiones colosales, abruman, sofocan; diríase que llegan a molestarnos físicamente sobre el pecho.

—¿No se fatigará la tierra de llevarlos encima?—pensamos.

Más divino que humano, más esperanzado que abatido, más atento a la vida futura que a la vida actual, el Duomo «no pesa». La mayoría de los templos, por razón de su misma reciedumbre, parecen agarrarse con exceso al suelo; como a los sauces, la materia les enamora, les atrae, les vence; pero al Duomo, la idea del acabamiento corporal, la tragedia de la carne que tornará al polvo, no le inquietan. El Duomo es el ciprés; su arquitectura alada simboliza la plegaria, la fe en la inmortalidad del espíritu y en la resurrección de los muertos; el Duomo no medita en lo que de nosotros regresa a la tierra, sino en lo que huye de ella; el Duomo es la sed de luz, la aspiración eterna hacia un más allá mejor; grave y riente, místico y profano, lleno de gracia y complejidades espirituales, el Duomo vuelve la espalda a la Edad Media y sonríe;

sonríe, porque adivina a Leonardo... En el medio de la Plaza de su nombre alza la estatua ecuestre de Víctor Manuel—obra de Rosa—, y el caballo en bronce, puesto de frente a la Catedral, recoge el cuello y parece retroceder asombrado de tanta suntuosidad y hermosura. El escultor quiso, sin duda, dar a entenderlo así; aquel caballo, en cualquier otro lado de la ciudad, no tendría la misma expresión, la misma intención; de tal modo la suntuosidad del edificio acierta a explicar la actitud pasmada de la bestia.

Durante cerca de cinco siglos, una legión de arquitectos y de artistas lombardos, italianos, alemanes y franceses, trabajaron en la creación de esta basílica donde cada época dejó una huella de su carácter. Sus proporciones son grandiosas: la longitud de la nave central es de ciento cuarenta y ocho metros, y de cincuenta y siete la anchura de las cinco naves que la componen. La altura, desde el pavimento hasta el remate de la aguja donde una virgen en bronce dorado—obra de Croce—refulge igual que una brasa, es de ciento once metros...

Una sugestión intraducible de misticismo y de melancolía desciende invasora de aquellos muros sobre el visitante y suavemente se enseña de él. Molestados por el ruido de nuestros pasos, no tardamos en caminar de puntillas. Sin advertirlo hablamos en voz baja. Los altos ventanales poblados de ángeles y de obispos, los rosetones gigantes donde predominan los rojos oscuros, los turquíes y los violetas llenos de dolor, filtran una luz cobarde a cuyo misterio el incansable jesuseo de las bóvedas resonantes añade su emoción. Aquel suelo de mármol frío, blanco, muerto, como un campo nevado; aque-

llas columnas erectas, que entrecruzan sus arcos componiendo entre todas un bosque de palmeras lapidarias, aquellos vitrajes poblados de visiones estéticas, semejantes a pupilas abiertas sobre el Paraíso; y además, el silencio, la paz que aroma los sepulcros centenarios, la agonía inacabable de las lámparas, la humillación y pesadumbre de los devotos arrodillados aquí y allá, en la penumbra de los rincones... riman entre sí cual notas de un maravilloso acorde litúrgico. El Duomo, por dentro, en la magnífica majestad de sus cinco naves, late como un corazón; el Duomo, callado y anegado en sombras, es como la conciencia de un hombre que, para meditar mejor, hubiese cerrado los ojos.

Toda esta intimidad palidece, sin embargo, y es mezquina ante el aspecto exterior del templo, especialmente si la comparamos con la gracia indescriptible de la fachada, de estructura triangular, y formada por cinco puertas de estilo romano separadas unas de otras por diez soberbios pilares góticos. Más de doscientas cincuenta figuras viven, palpitan, semejantes a una multitud vigilante, en ese frontis. Recordando tanta belleza, vuelven a la memoria del viajero las palabras ardientes de Rousseau: «¡Poderes celestiales! Yo tenía un alma para el dolor; dame otra para la felicidad... Porque es imposible concebir nada más elocuente, más espiritual, más ligero; porque esos pilares que van adelgazándose hasta convertirse en agujas, las cuales, a su vez, sirven de apoyo y sustento a otras más ahiladas y sutiles, señalan el límite de lo corpóreo, de lo resistente, de lo palpable, y fijan aquel límite donde la materia pierde sus cualidades geométricas y se hace humo. Esta misma

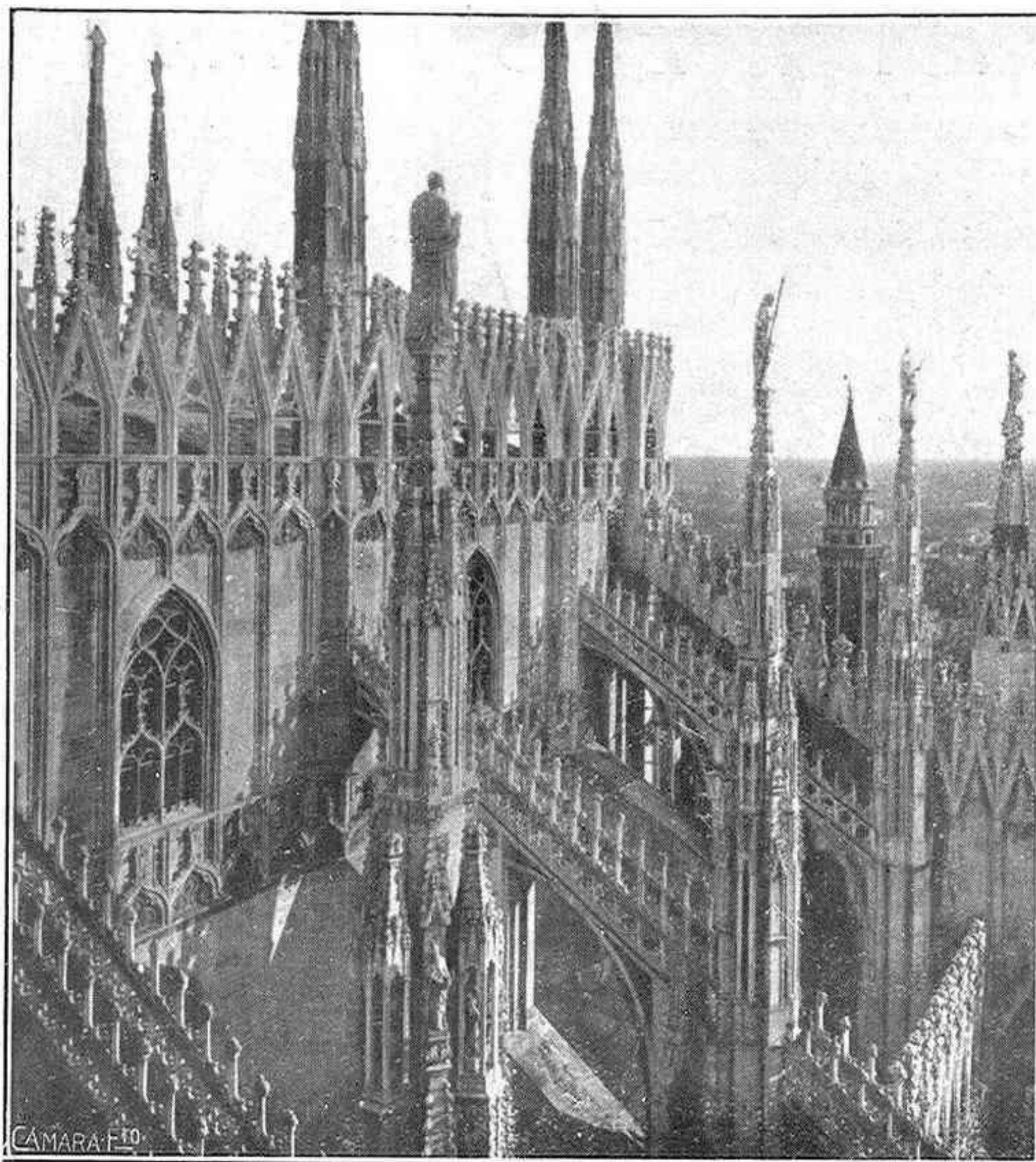
CAMARAFIO

sutilidad atrajo el desdén de muchos críticos.

—Es un arte afeminado—han dicho—; una arquitectura de azúcar.

El origen de esta frase merece explicarse. A mi juicio, los principales enemigos de la catedral de Milán, son los confiteros, y tal afirmación, al parecer extravagante, es sin duda cierta. Blanca y erizada de agujas, la célebre basílica podía ser reproducida en azúcar. Un confitero concibió esta idea y la llevó a término, y otros muchos le imitaron. De este modo aquella silueta incomparable se vulgarizó, se prostituyó y dió la vuelta al mundo. Nuestros ojos se acostumbraron á verla así y más tarde, al tenerla delante, su majestad sagrada fué empuñada torpemente por el recuerdo de lo que vimos mil veces en el escaparate de las confiterías. Pero no confundamos el efecto grotesco con la causa, no relacionemos la copia tacaña y ridícula con el original preeminente ungido de firmeza, de armonía y de espiritualidad.

Evidentemente el Duómo es bello de día, á la luz del sol; pero su hermosura se exalta y traspone las fronteras de lo concebible de noche, bajo el hechicero claror de la luna. ¡Oh! Entonces un estremecimiento astral recorre, semejante á un fuego fatuo, la fachada; los arbotantes de cada piedra, se iluminan y adquieren la animación impoluta y frufuteante de los encajes; los casilicios se animan, y las mil nuevecientas y tantas estatuas que coronan el fastigio de las góticas agujas y habitan la penumbra de las complicadas archivolt-



Detalle de la Catedral
FOTS. BROGI

tas, de repente parecen vivir. Sobre la enorme fábrica, por todas partes, unas más altas, otras más bajas, aquellas hebras de mármol blanquísimo, crecen, se alargan recortándose del profundo terciopelo nocturno, y son como esperanzas, como suspiros de piedra, como notas de algún extraño poema musical; aquella última nota con que Chopin desenlaza sus «Sonatas»—nota que expresa la angustia, el ahogo, la necesidad de aire, del gran artista tíscico—, suena en ellas...

Añádase á esto aquella muchedumbre que vigila en el remate de los pináculos y de los chapiteles; aquel fantástico ejército—todo blanco—de arcángeles, de guerreros, de obispos y de santos, que, en su inmovilidad, parecen remontarse hacia el infinito; y en medio de él, y sobre él, la virgen de bronce dorado, ardiendo simbólica, como la llama de la fe.

Cerrando un poco los ojos, diríase que el Duómo se desprende del suelo, se eteriza y disuelve en la noche; se va; es una evaporación de mármol...

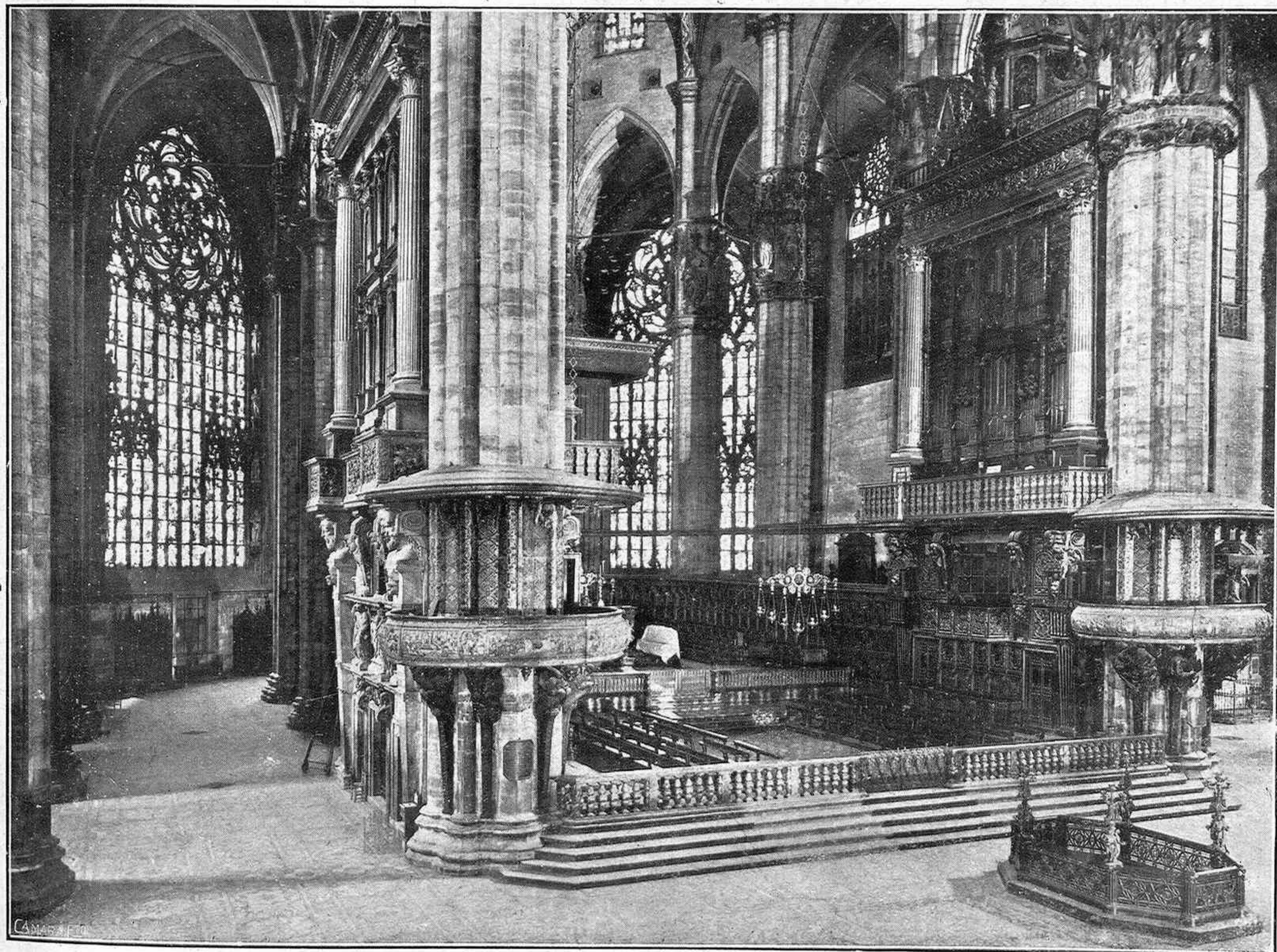
Un amigo nos ha vuelto á la realidad con una pregunta trivial:

—¿Qué hay de la guerra? ¿Sabe usted algo nuevo?...

—Crea usted—hemos respondido sinceros—que la guerra europea, que al cabo cesará, comparada con esto, que es eterno, no vale nada.

EDUARDO ZAMACOIS

Milán, 1915.



El coro de la Catedral de Milán

DE LA GUERRA □ DOS FUERZAS INVENCIBLES

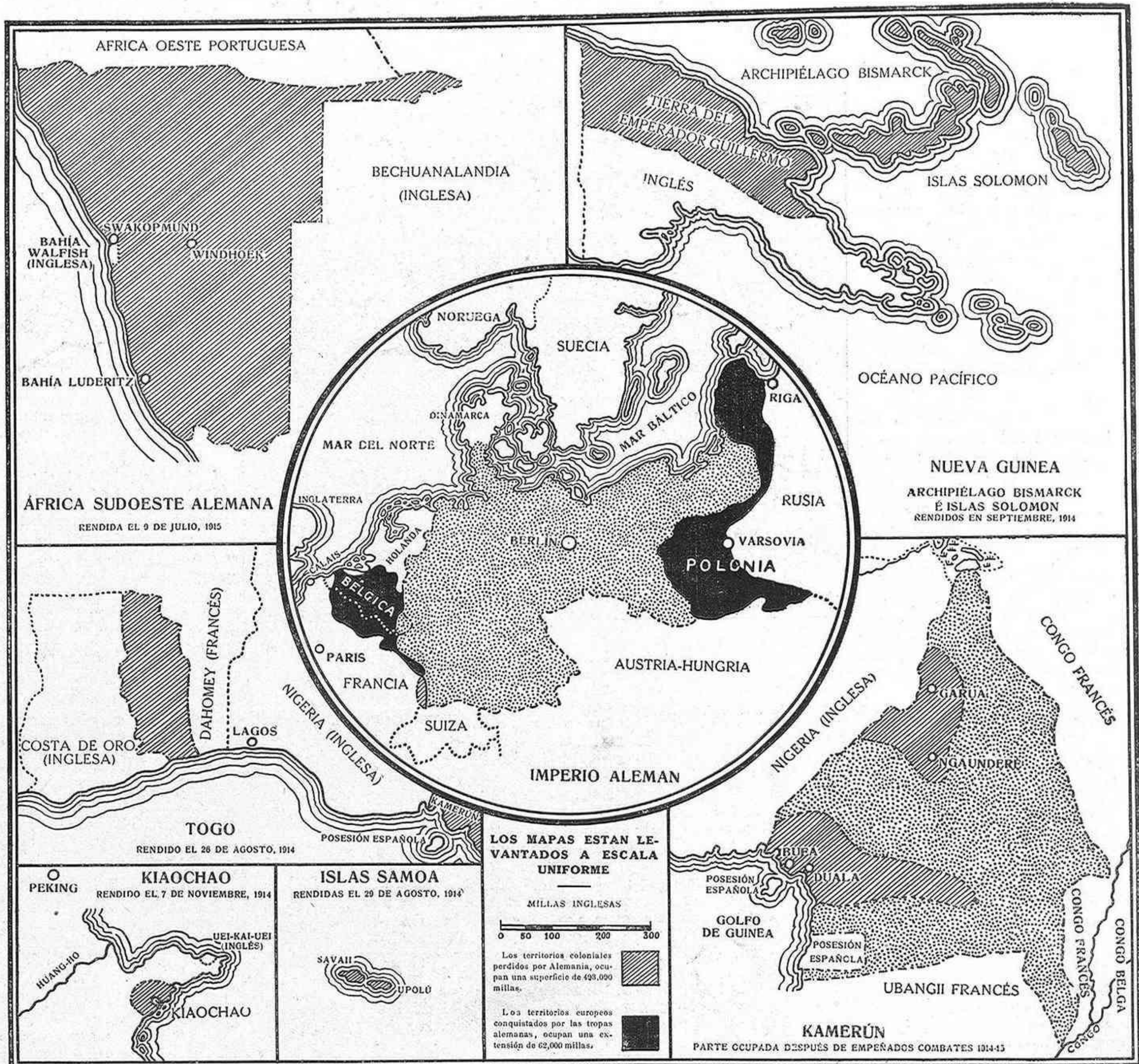


Gráfico comparativo de las conquistas alemanas en Europa y de las pérdidas coloniales experimentadas en un año de guerra

UN año en guerra! Es poco. Lord Kitchener lo dijo al comienzo: «Tres años serán necesarios para que venga la paz. Voy a construir un ejército que no poseemos y lo voy a contratar por tres años.» ¿Por qué acertó el ministro de la Guerra del Rey Jorge? Como nadie, conoce lord Kitchener a su país, y, como nadie, vio desde el primer momento que esta gigantesca lucha terminaría en duelo a muerte, ya comenzado, entre Alemania y la Gran Bretaña.

En efecto, dos elementos, que en la guerra juegan el principal papel, son, a juicio del cronista, invencibles: el ejército alemán y la marina británica.

Las tropas alemanas invaden, triunfalmente, Bélgica, el Norte de Francia, la Galitzia, la Polonia rusa, la Curlandia. Nada ha detenido su paso más que el tiempo; lo que no lograron en los intentos de Octubre, de Diciembre y de Febrero último, lo han realizado ahora, lo mismo que si estuvieran moviendo peones y presentando jaques en un tablero de ajedrez.

La marina británica está realizando su fin de modo tan maravilloso como su antagonista en tierra. Ha detenido todo el comercio enemigo en los mares; en cambio, protege y da lugar a que no se interrumpa el movimiento de sus buques mercantes que, no obstante el bloqueo submarino, aumenta y progresa; ha derrotado y echado a pique a todos los buques de guerra alemanes que en el Atlántico, en el Indico y en el Pacífico eran un riesgo para la navegación pacífica y para las colonias británicas; mantiene constante

comunicación entre dichas colonias y la metrópoli; hace imposible el transporte marítimo de tropas enemigas, mientras que dispone a voluntad del movimiento de sus tropas, trayéndolas a Europa desde los cuatro confines del mundo, y llevándolas a Francia, Bélgica y a los Dardanelos; asegura el aprovisionamiento de las naciones y de los ejércitos aliados y ayuda a las operaciones de éstos donde es necesario; y, en suma, ha desposeído a Alemania de 795.000 kilómetros cuadrados de territorio colonial.

Se hace necesario partir de estos hechos para hacer deducciones pensando en el porvenir.

El cronista va a hacerlas ahora. Si esta guerra no hubiera desatado todos los odios y todas las ambiciones hasta el extremo de dejar olvidada la causa inicial del conflicto, el presente sería el momento de la paz, porque no cabe dudar que ese propósito inicial de la guerra está conseguido ya más que de sobra por los alemanes. Sin embargo, entre los aliados nadie quiere oír hablar de paz.

¿Qué harán ahora los victoriosos generales del Kaiser? Tres suposiciones se presentan a la imaginación para que los alemanes continúen la guerra con la misma actividad que imprimen desde hace tres meses a sus movimientos.

Primera.—Suspender las operaciones ofensivas en Rusia para dedicar las energías a Bélgica y Francia contra ambas naciones y contra la Gran Bretaña. Los alemanes saben que la lucha en este territorio occidental es tan dura, por lo menos, como en el oriental, en lo que se refiere

al valor personal y a la moral del enemigo que intentan reducir; y más dura, mucho más, en cuanto hace relación con los elementos de combate, con los medios materiales de oposición que ese enemigo ha de ofrecerles.

Segunda.—Apoderarse a todo trance del ferrocarril que conduce desde Varsovia a Moscow, ó desde el mismo punto a Petrogrado, para amenazar a estas dos capitales rusas. Ello supone un esfuerzo tan enorme, un sacrificio de vidas tan extraordinario por ambas partes beligerantes, que aterra sólo pensarlo.

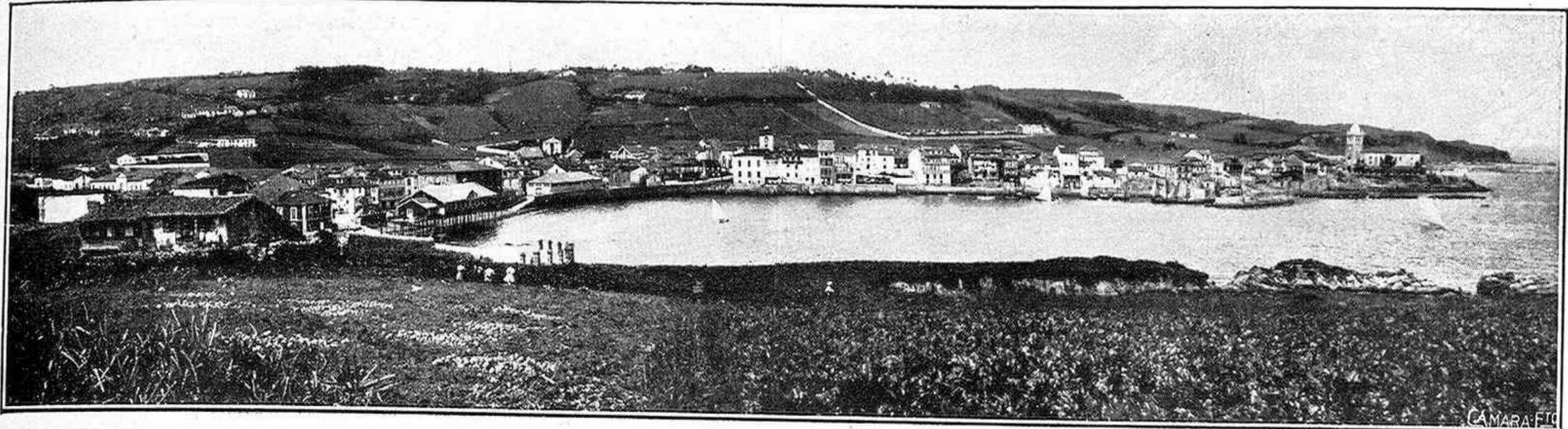
Tercera.—Servirse de Lublin y Cholm y de Riga como base para llegar hasta Kieff; de allí a Odessa, que es el punto más comercial y más rico de Rusia y que está considerado como el granero del mundo; y desde Odessa, por la vía marítima, que entonces tendría libre si consiguiera derrotar a la escuadra rusa, darse la mano, establecer el contacto con el ejército otomano y llegar a Constantinopla.

Todo esto necesita tiempo... Pero el tiempo, lector, es el factor más importante con que cuentan los británicos para la victoria, esto es, para imponer la paz. Entonces, habrán llegado los tres años que lord Kitchener pensó; y para entonces, además de la invencible flota inglesa, tendrá la nación alemana enfrente de sus tropas, un ejército tan poderoso, tan bien organizado y tan espléndidamente municionado como los soldados del Kaiser.

M. BARROSO

Londres, Septiembre, 1915.

RINCONES DE ASTURIAS © LA VILLA DE LUANCO



Vista general de la villa y puerto de Luanco

DESDE lo alto de Antromero, donde la carretera bordea desenvuelta en suaves curvas un bosque casi talado, se divisa el caserío de Luanco tendido sobre el mar, en el cual espejean las galerías encristaladas, típicas de los pueblos costeros. Al extremo del pueblo, como una avanzada hacia el mar, se alza la torre de la iglesia, blanca y restaurada. Extiéndense a lo largo, formando un pequeño semicírculo las casas blancas ó chillonamente pintadas con esos colores fuertes y detonantes que tienen los edificios en todos los puertos de mar. El balneario, elegante y sobrio, da una nota moderna en la arcaica tonalidad del pueblo. Más allá de la iglesia, como un símbolo, como un avance de los tiempos nuevos, se tiende el muelle en construcción.

Desde la carretera, el pueblo parece acoger al visitante con ese aire de calma y de paz peculiar á las villas costeras. A lo lejos suena tal vez el silbido de un gran trasatlántico, y en el muelle se ven cabecear las lanchas agitadas por el viento; pequeños barcos veleros surcan el mar. A los pies del viajero, mientras el vehículo desciende por el suave declive que remata en la primera calle de la villa, se alza la capilla del Carmen blanca y menuda sobre la roca negra. Un poco más allá está el dique, donde las lanchas en reparación tienen el aspecto de ancianos imposibilitados que se pudren al sol. A la derecha, el molino de Airoña fino y blanco.

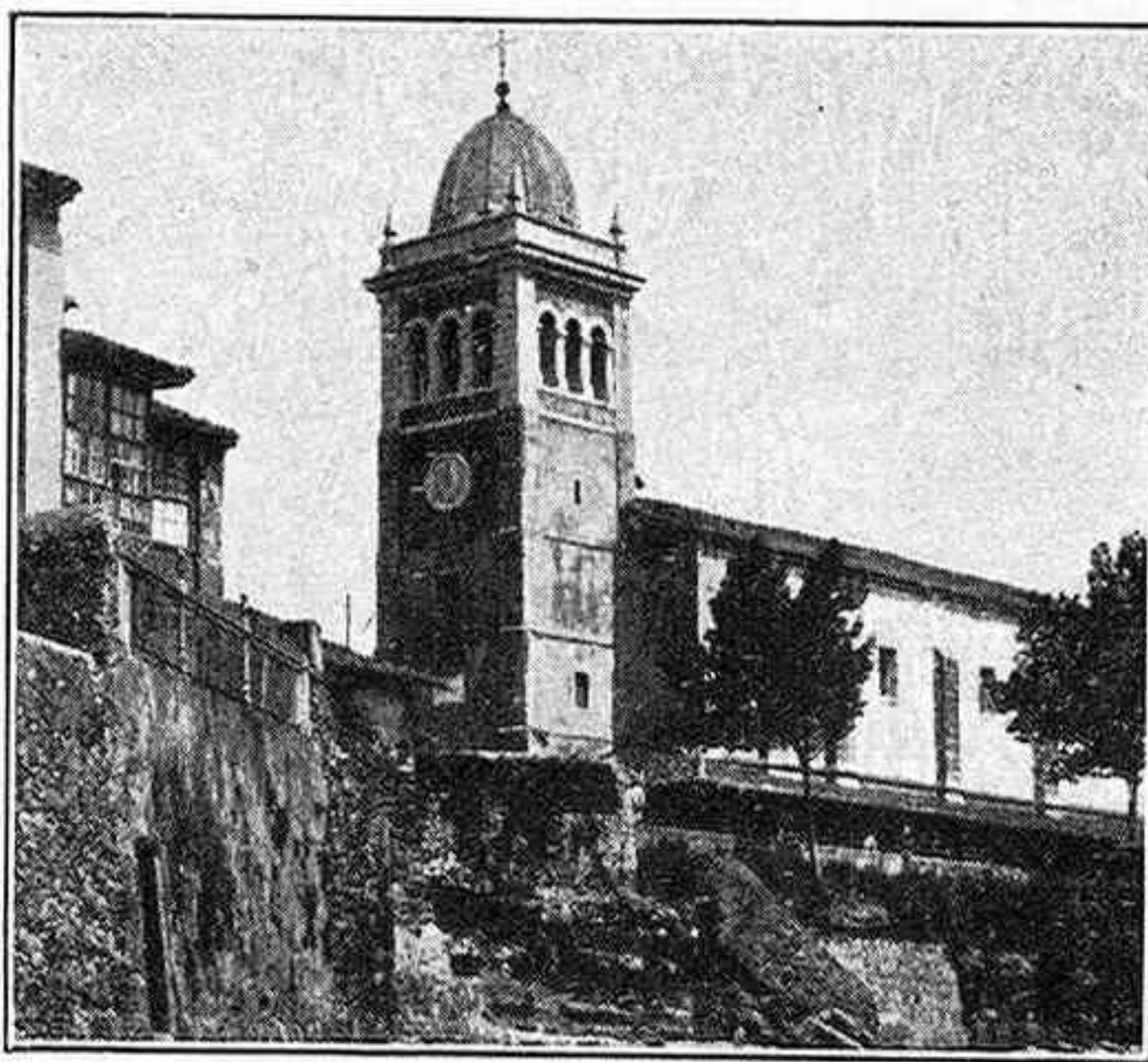
El paisaje que unos kilómetros más allá tenía una aspereza bravia, al entrar en el pueblo adquiere mimosidad y dulzura de árboles en flor; oscuras callejas bordeadas de bardales, claros riachuelos donde van á lavar las mujeres del pueblo cantando dulces tonadas del terruño.

Luanco, pueblo pobre y triste, sin historia, tiene tal fuerza en su paisaje y tan pintoresca impresión en sus construcciones urbanas, que le convierten en un rincón de los más apetecibles de Asturias.

Para los corazones heridos, silencio y paz; para las vidas agitadas, calma sedante; para la virtud y el recogimiento un asilo propicio. Pocas villas costeras del Cantábrico reúnen tal vivacidad pintoresca con tan inefable descanso para los ojos y el alma; acá sólo se encuentran en

Europa tres ó cuatro rincones semejantes á este de la costa cantábrica; alguna de las ásperas playas de Bretaña que Renán amara en su vejez desengañada; algún blanco pueblecillo de Sicilia ó algún verde y escondido refugio de Inglaterra. La calleja de Bocines con sus casitas aldeanas al borde; el camino de la fuente mineral sombreado de árboles gigantescos, son lugares incomparables para la tranquilidad espiritual.

Desde la explanada que rodea al balneario, y



Iglesia de Santa María de Luanco y Cabildo

atravesando la plaza mayor, siempre turbada por el ruido de algún coche que pasa, se empieza á subir en suave pendiente la calle principal del pueblo, antigua calle de la Riva, que hoy el oportunismo político ha designado con otro nombre menos típico y más mediocre, menos oloroso á viejos caserones solariegos. Donde la cuesta de la calle principal se pronuncia más, yérguese la torre del Reloj, indudable vestigio de una primitiva iglesia del pueblo plasmada por unas generaciones más creyentes que la nuestra. Del siglo xv ó principios del xvi arran-

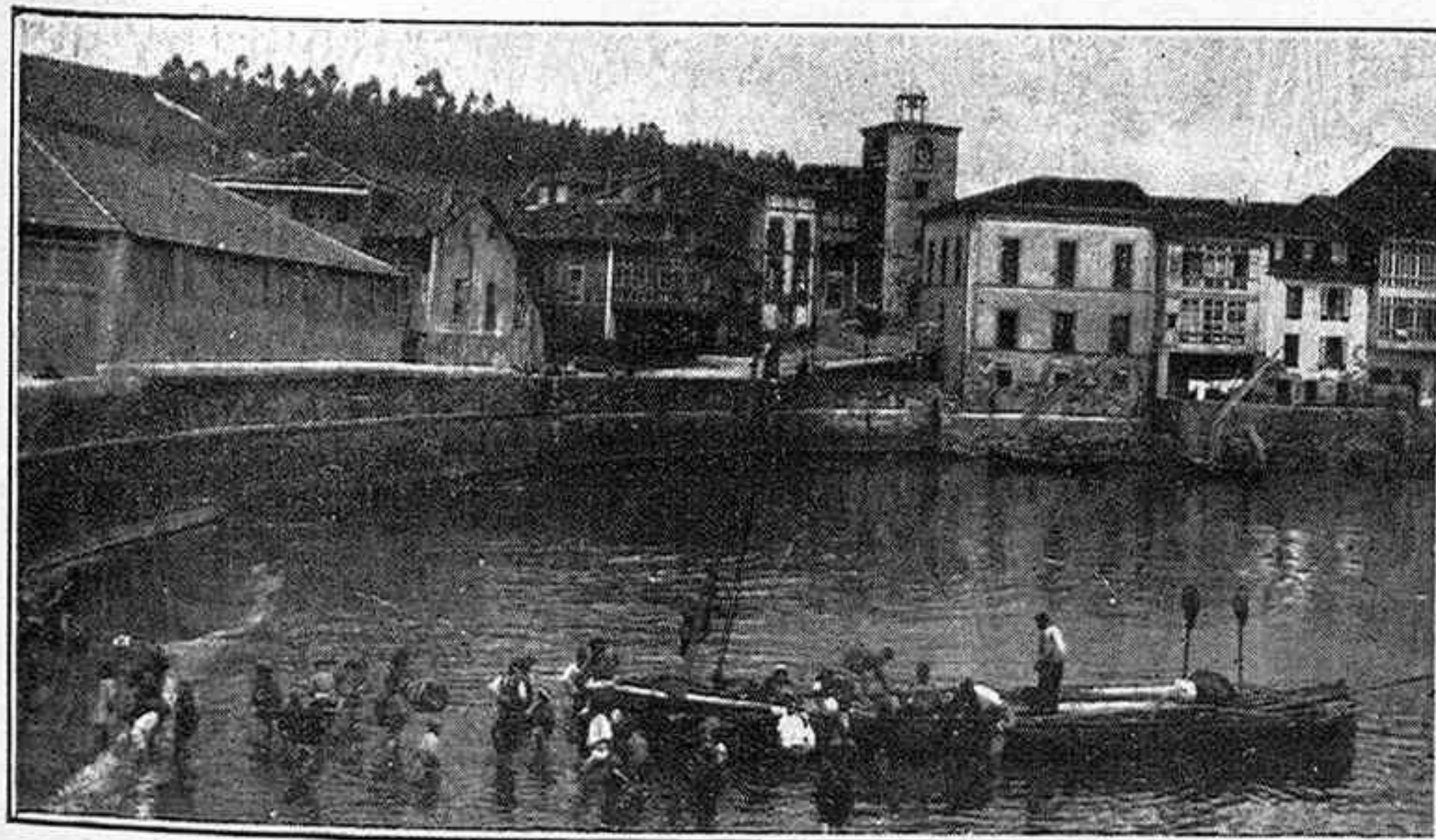
ca la fundación de la actual iglesia de Luanco, cuando este pueblo era un pequeño rincón de pescadores dedicados á la formidable pesca de la ballena en mares lejanos.

Recientemente, estos hombres sencillos y rudos que viven del mar, y esos otros que labraron su fortuna pensando en el dulce regreso al país natal, se han aunado en un esfuerzo común para rendir un homenaje y dejar perenne recuerdo de gratitud, plasmado en un sencillo monumento al insigne filántropo D. Mariano Suárez Pola, que tanto se desveló por Luanco y por la instrucción de sus hijos, legándoles como la mejor prenda de afecto esa admirable reliquia pedagógica que se llama el Instituto del Santísimo Cristo del Socorro, donde adquieren la instrucción primaria, las disciplinas anexas al bachillerato y especialmente la enseñanza de náutica los hijos de los bravos marinos que surcan el mar desde hace muchos años.

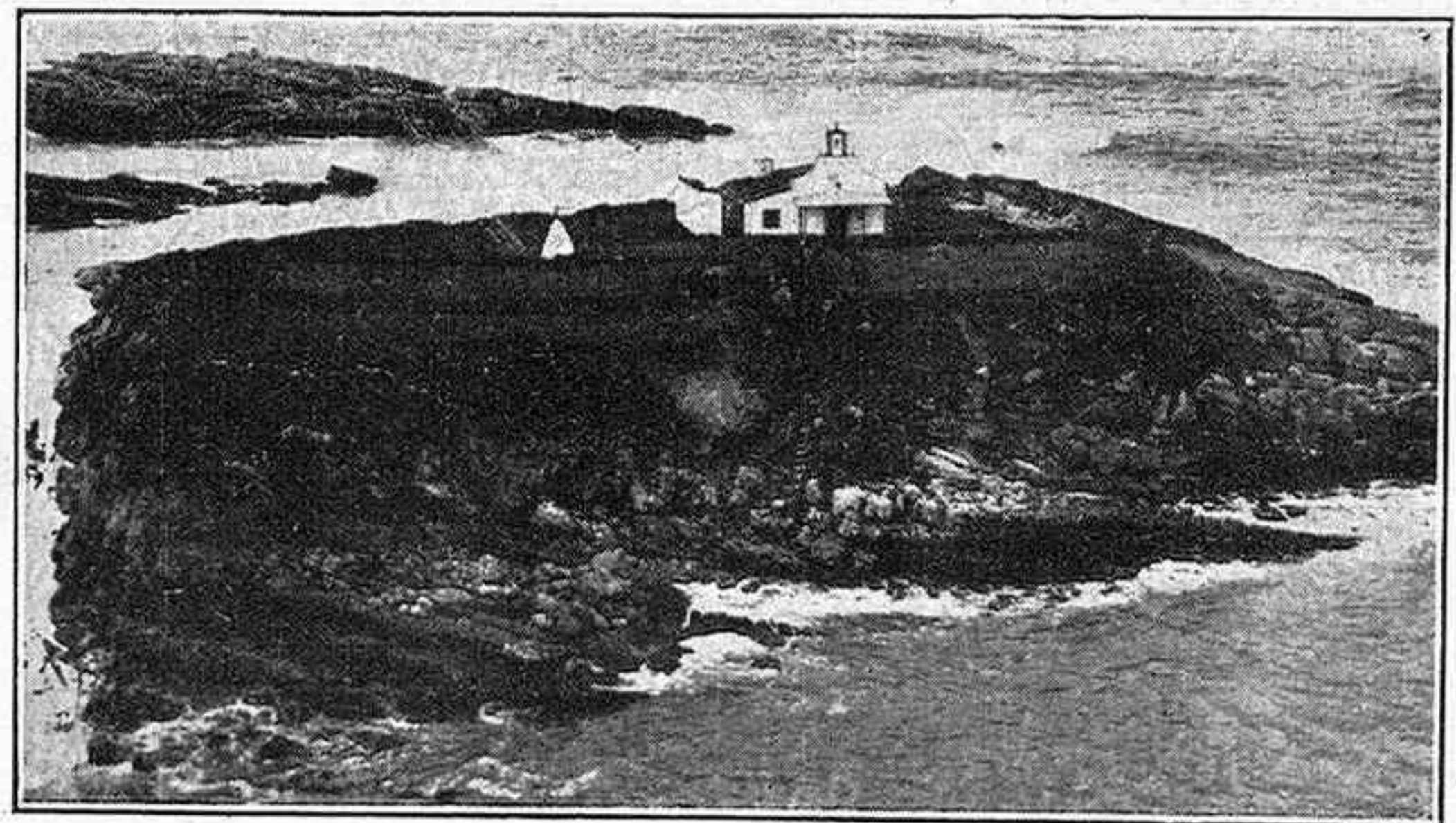
Estamos frente á la iglesia del pueblo; á un lado se yergue la mole sobria y severa de la casa llamada de la Pola, perteneciente á la ilustre familia de Menéndez de la Pola, casa solar de Luanco, casa que junto con la iglesia ha cobijado la vida humilde de los pescadores; la casa doble del pueblo que, abandonada hoy de sus propietarios, permanece invariablemente cerrada, misteriosa, como muerta. Dominando la plazoleta en que la casa de la Pola se alza, está la iglesia, altiva y severa, de espaldas al mar, que bate en tardes de galerna los muros de su fachada posterior. En la plazoleta irregularmente empedrada, crece la hierba, y sólo corta el silencio un piar de gorriones en la huerta de la Pola, y detrás de la iglesia, el rugir polifónico del mar, que se lamenta siempre, como un anciano trágico...

En días invernales, trombas de viento fuerte hacen crujir el maderamen de las ventanas y cabecean en el muelle las lanchas de pesca. Pero en estos días apacibles de Agosto, el sol es claro, el cielo es puro, el mar es azul y la villa ríe para estos buenos marinos, de cada uno de los cuales puede decirse con Campoamor... que tiene el alma como el mar, inmensa...

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO
Luanco (Asturias), 8-VII-1915.



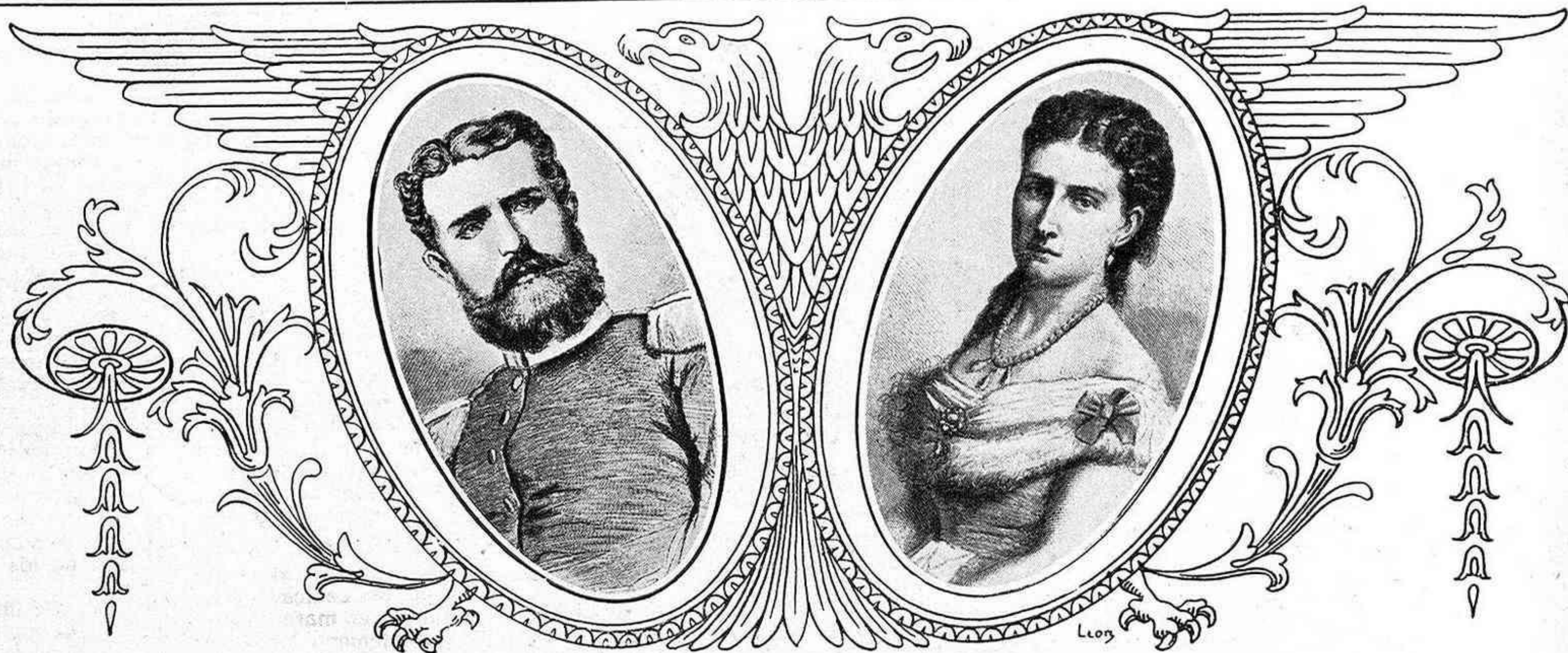
Una vista del puerto de Luanco



La capilla del Carmen, en Luanco

:: INTERVIÚS DE ULTRATUMBA ::
HABLANDO CON LAS SOMBRAS

LEOPOLDO DE HOHENZOLLERN SIGMARINGEN



PRÍNCIPE LEOPOLDO HOHENZOLLERN
SIGMARINGEN

PRINCESA ANTONIA DE BRAGANZA
Hermana del Rey Luis, de Portugal

—¿Sí, ya esperaba la invocación de la curiosidad humana. Aquí estoy dispuesto a contestar. 1870 y 1915 son dos fechas históricas que ahora se confunden en las conversaciones y en los párrafos de la prensa. Desde que fui durante quince días candidato al trono de España y sacrificé aquel honor inmerecido por la paz de Europa, sacrificio inútil y desestimado, permanecí silencioso. Silencioso en vida y en muerte, porque mis memorias, que forman voluminoso legajo lleno de revelaciones, se conservarán en el secreto de manos leales hasta que llegue el año 1950, en que saldrán a luz.

—Queda en aquellos sucesos algo sin explicar. ¿Fue vuestra candidatura a la Monarquía Española un artificio de Bismarck, para que Francia provocase la guerra? ¿Fue un designio del general Prim, que de este modo quería tomar venganza de la conducta del Emperador Napoleón, opuesto a cuantas candidaturas al cetro hispano se habían presentado?...

—Yo fui el primer sorprendido de que se pensara en mí para cargo tan envanecedor como difícil. ¿Queréis saber cómo me enteré yo del proyecto?... Pues oid...: Una tarde de las últimas del invierno de 1869, hallándome en el Palacio de los Burgraves de Nuremberg, nuestra residencia familiar, recibí la visita de un caballero español que ya me había sido anunciada: la de D. Eusebio Salazar y Mazarredo. Había yo conocido a este diputado del Parlamento de España con ocasión de haber hecho juntos un viaje por el Rin. Prometiome un saludo cuando pasase por lugar donde yo estuviese é iba a cumplir su promesa. Hablando con Salazar y Mazarredo me pintó él la situación de España. Me refirió los esfuerzos de Prim para evitar que se proclamase la República, por hallarse seguro de que esto sería el principio de una era de anarquía. Entonces, Salazar añadió: «El general no sabe quién podrá ser Rey de España, pero yo sí lo sé. Yo tengo un candidato.» No pudiendo creer que se refería a mí, interrogué cándidamente sobre quién era ese candidato. —«Sois vos, señor»—contestó.

—¿Llevaba entonces el Sr. Salazar y Mazarredo la misión del Gobierno de España de tratar con vos?

—No. En aquel día sus palabras eran un deseo personal. Cuatro candidaturas al trono español habían fracasado: la de Montpensier, la de Espartero, la del duque Tomás de Génova, la de Fernando de Braganza. No había quién se decidiera a ser el Soberano de un pueblo en el que la opinión se hallaba tan dividida, y en el que ni el mismo Gabinete tenía unidad de criterio sobre el asunto... Había comenzado el año memorable de 1870. El general Prim empezaba a perder la esperanza de salir adelante con su deseo. Pasaba el tiempo y cada día eran mayores los riesgos que se amontonaban contra la paz de la

Península... Intentó Prim nuevamente reanudar las gestiones, varias veces iniciadas, y otras tantas perdidas, para que el duque de Aosta aceptara el trono. Este reiteró su negativa.

—Se sabe que en Febrero del 70 el general Prim acudió a Bismarck y a vuestro padre, pidiéndole su parecer sobre la conveniencia de presentar vuestra candidatura.

—Así es. Por modo secretísimo se llevaron a cabo estas insinuaciones en las que desde luego Bismarck se mostró favorable. El envió a España dos agentes de su confianza para que le dieran cuenta del estado del país. Los emisarios trajeron excelentes noticias; pero yo no me decidía a aceptar. Mi padre insistía para que, si me era dirigida la oferta, no la rechazase, y Bismarck me forzaba a que pensara en esa posibilidad con ánimo propicio. Este decía: «Hemos hecho de vuestro hermano Carlos, Príncipe reinante de Rumanía, y ya veis como él va guiando con fortuna los destinos de aquel pueblo. Seguid su ejemplo.» No estimaba yo las cosas como el canciller ni como mi padre. Ni quería parecer solicitante de un honor peligroso... Entonces cayó enfermo Bismarck, y libres de la sugestión que él ejercía sobre mi padre y sobre mí, telegrafíe al general Prim, por medio de Lothar Bucher, manifestándole que en ningún modo contase con mi aceptación.

—Vuestra negativa resolvía el asunto. Entonces fué cuando Prim reanudó sus trabajos en Lisboa para que fuese nuestro rey el Príncipe de Braganza. Pero éste seguía negándose y España continuaba sin soberano. ¡Triste página de nuestra historia! Un pueblo grande y noble que recorre el mundo mendigando un señor.

—En esto llegó el mes de Junio, y obligado por las circunstancias, Prim pronunció en el Congreso su famoso discurso en el que lealmente dió cuenta del fracaso de sus gestiones, enumerándolas con todo detalle. ¿Cómo se pensó en mí? Lo han contado los historiadores y me lo refirió con minuciosidad Salazar y Mazarredo. Hallabase el general en el Salón de Conferencias del Congreso cuando vió que se acercaba Salazar. Llamóle Prim y le dijo: «¿Qué noticias tiene usted de su amigo el Príncipe Leopoldo de Hohenzollern?» Contestó el interrogado: «Nada sé. Lo que sí sé es que éste debe ser el rey de los españoles.» Al día siguiente, después de una noche de reflexión, Prim conferenció con Salazar y le dijo: «No estamos en el caso de prescindir de ninguna probabilidad de salida en este conflicto. He pensado en el Príncipe alemán de quien usted nos habló ayer en el Salón de Conferencias, y me permito llamarle para que profundicemos este asunto, y si es viable, entablarle con toda reserva. Porque siendo joven (yo tenía treinta y dos años), casado, con tres hijos, católico, ilustrado, liberal y hablando el español, ya vale la pena de ocuparse de él.» Salazar añadió: «Aun tiene otra ventaja este Prin-

cipe. Su hogar está saturado de sentimientos ibéricos, porque su esposa es la Princesa Antonia, hija del Rey de Portugal, y en la corte de Sigmaringen se ama lo español y lo portugués.» Repuso el general: «Pues bien, salga usted hoy mismo para Alemania. Obtenga el consentimiento del Príncipe Leopoldo y el de su padre el Príncipe Carlos. Al mismo tiempo irá a Berlín el general López Domínguez con una carta mía para el Rey de Prusia, solicitando su conformidad, pues como jefe de la casa de Hohenzollern él es quien ha de autorizar la candidatura.»

—Había llegado el momento crítico de la historia contemporánea. Al mismo tiempo que vos os enterábais de la resolución del general Prim, se enteraba de ella el Emperador de Francia Napoleón III y comenzaba la preparación de la guerra.

—Nada diré de ello, porque ¿quién lo ignora? Importa saber dos cosas que constan documentalmente. La primera es que el general Prim estaba mal servido por sus delegados, y que algunos de ellos, los más importantes, contrariaban sus gestiones. La otra consideración que deseo sea conocida, es que, en cuanto el Emperador de Francia puso el veto a mi elección, yo renuncié la oferta definitivamente. Así lo dispuso el Rey Guillermo y así lo aconsejó Bismarck, sobre la base de que no habría guerra; pero el partido de la Emperatriz quería a toda costa que se rompieran las hostilidades, juzgando segura la victoria, con lo que quedaría afirmado el trono imperial, que se tambaleaba. Mi conciencia está tranquila. Cuando en 1905 entregué mi alma a Dios, no llevaba en ella el peso de los horrores que se desencadenaron sobre los dos pueblos vecinos en aquel año de muerte y de gloria.

—¿Experimentásteis amargura al ver que os separaban del trono de España?

—Nunca fui ambicioso; pero me había llenado de nobles ansias la perspectiva de gobernar a una nación tan grande y tan digna de fortuna. No habían danzado ante mí las brujas de Macbeth diciéndome: «¡Tú serás rey!»; mas no era posible que tan alta esperanza de prez pasase por mi alma sin dejar huella. Tal vez se hubiera realizado lo que Delbruck me decía sobre los destinos españoles: «Es preciso que, si sois rey en Madrid, enseñéis a vuestros ciudadanos que, para contemplar Marruecos, no deben poner sus ojos en París»... Dios no lo quiso. Hube de resignarme. Me consolé de la muerte de una ilusión que me había acariciado durante unas semanas, viendo cómo mi hermano Carlos engrandecía a Rumanía; y, más tarde, en el reposo cristiano de la tumba, me conforta la conducta de mi hijo que, heredero de una Monarquía que es el eje de la vida oriental de Europa, sigue, en medio de la tempestad de los odios, las nobles tradiciones que aprendió de sus mayores.

CLARO DE LA PLAZA

DE NORTE A SUR

"La casa de ruedas"

Ante las *roulottes* de los saltabancos, esas casas ambulantes cuyas techumbres conocen las inclemencias de tantos cielos y cuyas ruedas saben del polvo y del barro de tantos caminos, ¿no habéis sentido nunca la inquietud de entrar en ellas y dar á vuestra vida un rumbo desconocido?

No es el sentimentalismo degenerado en sensiblería lo que nos hinca en el alma este deseo. Acaso también nuestro egoísmo burgués no envidia la verdadera vida de los trotamundos que se detienen para divertirse ó entristecernos. La sed interior nos despierta por lo que esa vida significa, no por lo que en realidad es.

A lo largo de los caminos quisiéramos lanzar nuestro cuerpo, como á lo largo del ensueño lanzamos tantas veces el pensamiento y el corazón.

Pero no en balde estamos supercivilizados, envenenados de progreso y caricaturizamos nuestros deseos encargando de antemano la cama del *wagon-lit* ó nos sentamos en un automóvil devorador de kilómetros mientras el aire nos azota el rostro, nos turba la vista, y el vértigo de la velocidad cambia el gozo sereno, tranquilo, del paisaje, por la ansiedad torturadora y suicida, que dice al oído: «¡Más deprisa! ¡Más deprisa!»

Y cuando terminamos el viaje sentimos cierta decepción porque no pudimos entrar en aquel pueblo que entrevimos, lejano y agrupadas las humildes techumbres junto á la torre de la iglesia; porque no logramos reposar á la orilla de un virgiliano arroyo, ni tampoco trepar á la cumbre de aquel monte que vimos anillada de nubes demasiado bajas é inflamadas de rosada luz por el sol agonizante.

Y menos todavía realizar otra perenne ansiedad romántica. La de entrar á las casas abandonadas, solitarias, que entrevimos fugazmente á través de la ventanilla de un expreso. Sería como la realidad de un bello sueño abrir la desgonzada puerta, colocar con nuestras propias manos los nuevos cristales, levantar el ruinoso tejadillo, encender fuego de hogar sobre las cenizas de Dios sabe qué otro fuego de cenobitas ó vagabundos, y reintegrarnos á nosotros mismos con un libro en la mano ó con un grato recuerdo en la memoria en las tardes invernales; abriendo al sol y á los tibios perfumes y la clara florecencia de una mañana de primavera, tendidos en la puerta en las encantadas noches del verano, pisando la quejumbrosa alfombra de hojarasca en los crepúsculos otoñales, después de una caza fructífera por las cercanías de nuestro retiro.

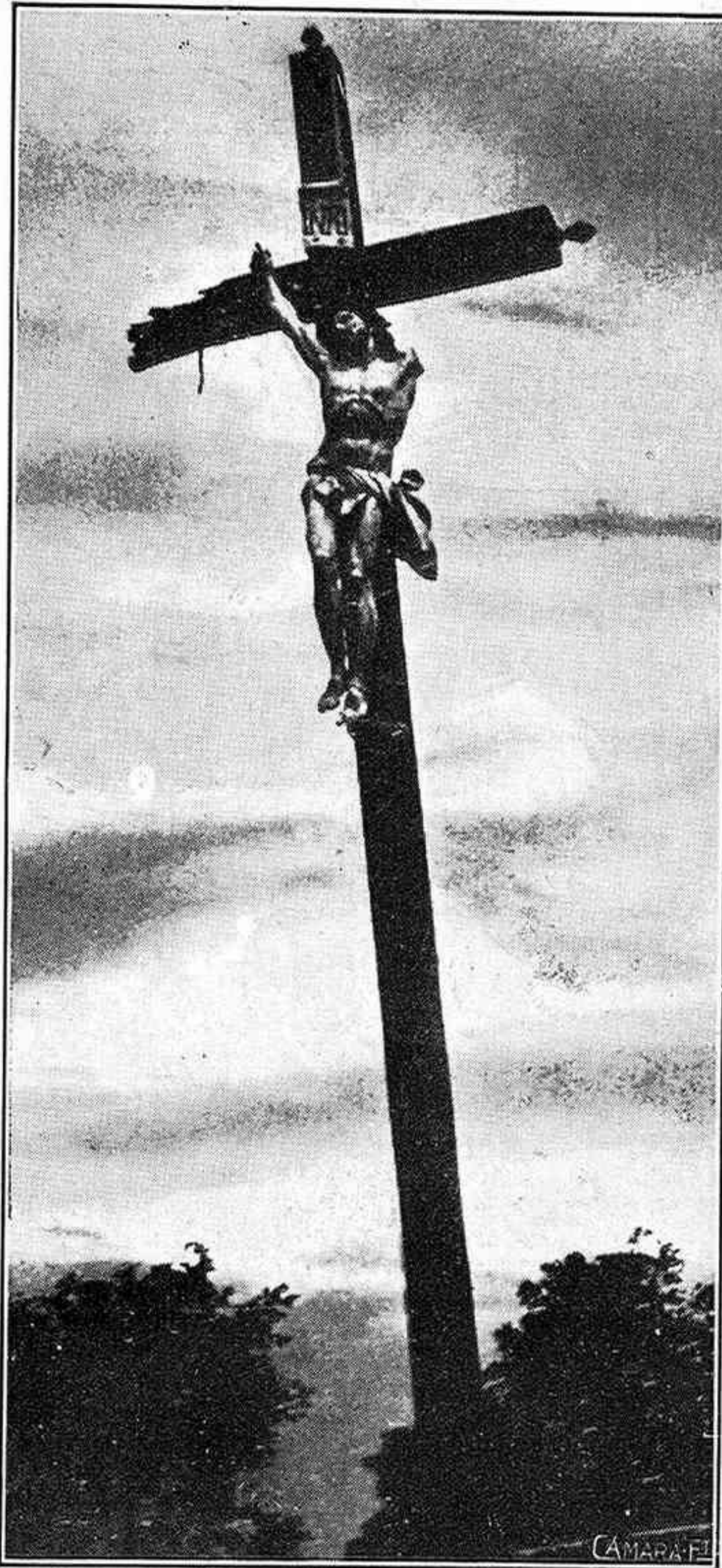
Y tal vez ni esto siquiera. Sólo imaginarlo dentro de los muros ruinosos y luego volver á subir á nuestro coche y recordar, á pocas horas y á muchos kilómetros de distancia, la quietud que allá quedó.

Esto puede lograrse en una *roulotte*. Sólo que los habituales viajeros de la *roulotte* hartos conocen los dolores de su giróvaga existencia para encontrarle los placeres que nosotros nos imaginamos. Impregnada de ese dolor, la vieja *roulotte* nos desencantaría á nosotros mismos, los libertados de la miseria cotidiana, y la dejaríamos en el primer pueblo que tuviera estación para subir á un vagón del ferrocarril...

¿Entonces cómo sería el viaje ideal? Como siempre, el ideal nos llega de las razas que más prosaicas parecen. Son los luchadores los que más conquistas de poesía realizan.

Un yanqui, Rolando Conklin, el presidente de la *The New York Motorbur Company*, ha conseguido aunar las ansiedades románticas con el confort que necesita, tanto como el aire, un hombre del siglo xx.

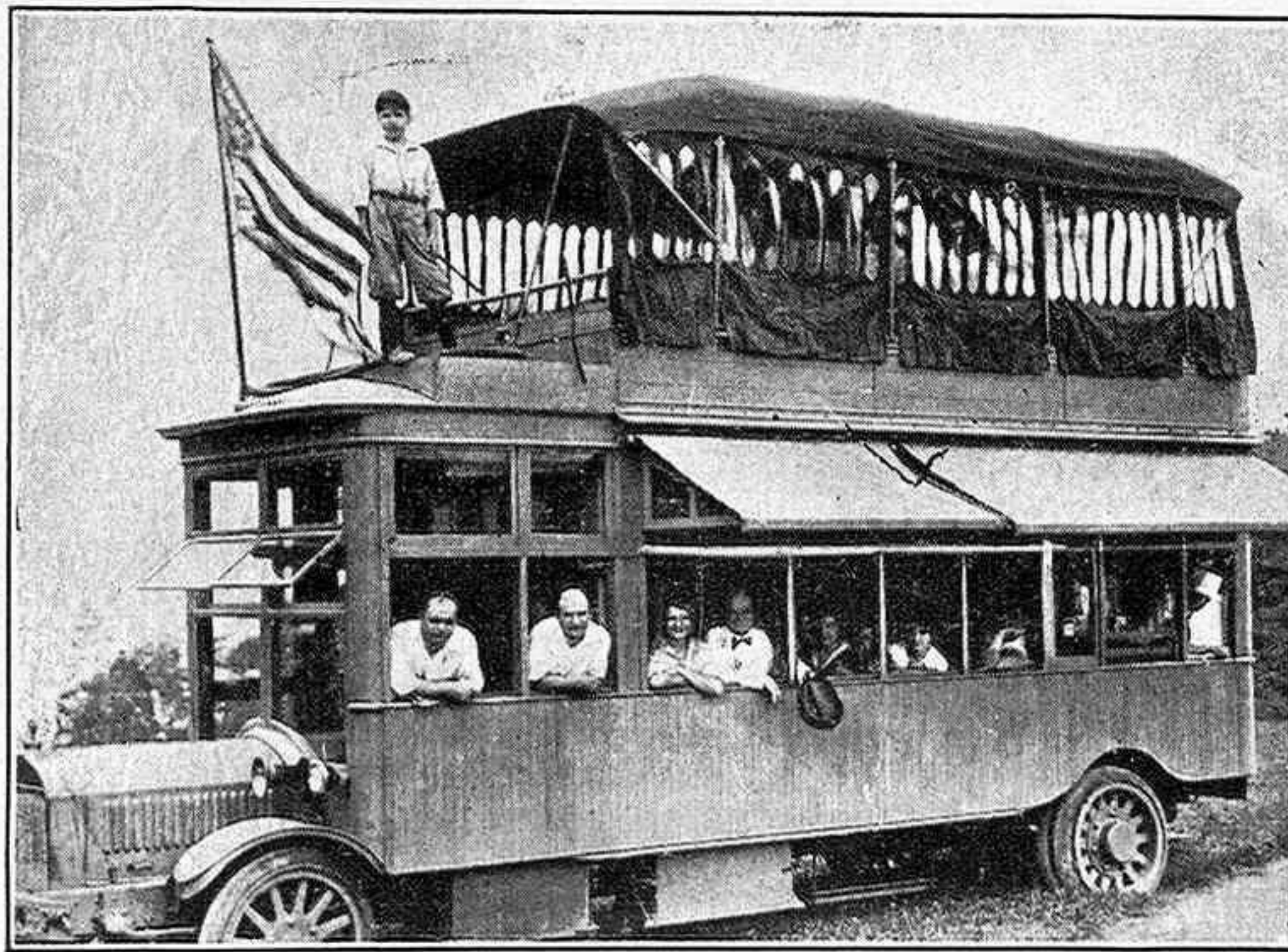
Su *House on wheels* responde exactamente al nombre. Es capaz para dos familias. Consta de cinco lujosos departamentos y de ellos un espacioso comedor y una cocina donde nada falta. En la parte superior hay una hermosa galería. Sobre las ventanas se tienden toldos que preservan de los rayos del sol y no roban los espectáculos del camino. Y cuando el enorme automóvil con su bandera



LA CRUELDAD DE LA GUERRA
Efigie de Cristo en la Cruz, destrozada por un obús en las cercanías de Rochincourt

yanqui, inflada y crujiente por el viento, atraviese el camino de Nueva York á San Francisco de California, todo en él evocar la silueta de un navío.

El navío de los ensueños modernos, capaces de cristalizarse en realidades, siempre que al hombre se le antoje.



LA CASA DE RUEDAS
Automóvil familiar, que utiliza el director de "The New York Motorbur Company" para sus viajes de recreo de Nueva York á San Francisco

"El Descendimiento"

La semana anterior publicaba, no recuerdo qué periódico, en su primera plana, la fotografía de un sacerdote italiano bendiciendo un cañón momentos antes de dispararlo contra el enemigo. Junto al sacerdote esperaban los artilleros; rozándole los hábitos los proyectiles que llevarían, silbantes, la muerte, se alzaban con su gracilidad y sus brillos de juguetes nuevos. Apenas el sacerdote terminase de rezar, hablaría el cañón. Si entonces olía á incienso, en seguida olería á pólvora; á la cruz trazada en el aire por la sacerdotal mano, seguiría la curva del proyectil escapando del tubo de acero y de los momentáneos vellones del humo, apretados, como las nubes de una glorificación.

¿Cómo puede cegar de tal modo la orgullosa barbarie? Acaso nadie pensó durante aquella ceremonia en palabras que resumen toda la religión cristiana: «Amaos los unos á los otros».

Cada beligerante cree tener sobre sus banderas la protección divina. Invócanla los alemanes, igual que los franceses, los rusos como los ingleses.

Y el mismo ardor bélico-religioso que inflama el pecho italiano ó austriaco arde en los corazones turcos ó índicos, aunque cambien de nombre las respectivas creencias.

No es raro hallar en las alocuciones guerreras y en los relatos de batallas el nombre de Dios. A veces un ejército invasor, después de bombardear una iglesia y destrozar sus altares y atravesar sobre cadáveres humanos, todavía calientes, se arrodilla y da gracias á Dios por la victoria conseguida.

¡Con qué amargo dolor, hermanos de aquel de hace veinte siglos, contemplará el Nazareno, el dulce Jesús de Galilea, esta humana locura! Cómo deberá ensombrecer la luminosa alma del Hombre-Dios la seguridad de que su sacrificio fué inútil.

Tan inútil, que ya lo veis. No sólo se matan los hombres entre sí; no sólo derrumban los templos y lanzan al mundo, encalentrado por todas las malas pasiones, las doncellas recluidas en los monasterios; no sólo ponen fusiles y espadas en las manos que la iglesia eligió para bendecir y cerrar las llagas morales de los pobres de espíritu, sino que también desclavan á Cristo de su cruz.

Es el «Descendimiento» de los tiempos modernos. Bien lejos aquellos otros piadosos que enriquecieron tantas primitivas escuelas pictóricas ó escultóricas. Los artistas de hoy si quieren reproducir este episodio de la religión cristiana habrán de prescindir de las bíblicas figuras de María Magdalena, de José de Arimatea, de San Juan, de Nicodemos, de María Cleofás... Las sustituirán por soldados ennegrecidos por la pólvora...

En vez de las escaleras, y de los sudarios, y de las cajas de bálsamos y perfumes, cañones que alcanzan más que las escaleras de la torre babélica, capotes agujereados por las balas y cajones donde se guardan los aparatos de incendio y de asfixia. En cuanto al procedimiento empleado para desclavar á Jesucristo, también difiere un poco.

Con infinito amor, con piadosa lentitud para no rasgar y dolorir más todavía aquellas carnes que ya eran insensibles, bajaron de la cruz los hombres sencillos y las mujeres llorosas á Jesús de Nazareth.

Los soldados de hoy no pueden perder tiempo. Le desclavan á tiros como á este Cristo de Rochincourt, que durante muchos años fué un símbolo de paz y de consuelo en un pueblecillo francés.

Fijáos bien. Porque todavía sigue siendo un símbolo. ¿Qué importa si una bala se le llevó el brazo izquierdo y otra le desclavó el brazo derecho?

La mano de este brazo sigue señalando al cielo, prometiéndole á los hombres que sigan creyendo en El...

José FRANCÉS

ARTIFICIOS DE LA GUERRA DE TRINCHERA A TRINCHERA

PRECISO es repetirlo. El cañón, el fusil, la ametralladora, son armas para combatir á distancia; cuando los hombres como topos minaron la tierra y en continuado apuro se acercaron hasta llegar casi al contacto, aquellas armas poco menos que enmudecen y la pelea se reanuda con bombas de mano, con explosivos lanzados por balistas modernas de sencilla complejión, con gases asfixiantes que hagan irrespirable la atmósfera y permitan á los enmascarados agresores adueñarse del terreno enemigo, y con líquidos inflamables, que sean portadores de horrores trágicos.

Ya lo dijo un príncipe afamado: «Guerras sin fuego no valen nada; es lo mismo que tomar morcilla sin mostaza». Burdo es el símil príncipesco; pero lo cierto es que en la guerra, pese á quien pese, por mucho que se pretenda civilizarla son admisibles todos los medios de destrucción, siempre que se apliquen exclusivamente entre beligerantes.

No conocieron los antiguos los potentes explosivos que hoy son base de todas las combinaciones destructoras; pero ellos iniciaron estos terribles métodos, impregnando de materias resinosas muy inflamables la extremidad de las flechas que lanzaban sus arcos y de las piedras que arrojaban sus catapultas. Por este ingenioso medio el incendio se propagaba voraz, sembrando pavor y muerte.

Un sirio, llamado Callinicus, dió á Constantino IV el secreto del famoso fuego griego, que trocó en victorias las derrotas que á las huestes del emperador bizantino, infligieron las armas árabes.

Delante de Cyzique entablaron ruda pelea la escuadra poderosa de los árabes, que asediaba á Constantinopla y los débiles barcos de Constantino. Estos por medio de grandes tubos metálicos arrojaron sobre sus rivales una materia inflamable que con terrible ruido caía sobre la flota enemiga, haciéndola arder y no apagándose el fuego al contacto del agua, antes al con-



El proyector de fuego líquido, uno de los terribles inventos de la química alemana puestos al servicio de la guerra. El aparato llamado "Flammenwerfer" arroja á 30 metros el chorro de llamas. El líquido es una mezcla de "petróleo" y "kerosene"

trario avivándose más y más, devorando la lona de las velas, corriéndose veloz por jarcias y cordajes, y transformando en pavesas, en breves horas, á las embarcaciones guerreras de los árabes.

El fuego griego, terrible composición de resina, azufre y nafta, con el aditamento misterioso del salitre, constituyó por mucho tiempo un secreto impenetrable que se atribuía á origen divino, de revelación angélica y fué el primer explosivo empleado en la guerra y el legítimo precursor de la pólvora.

Se lanzaba por tubos predecesores de los cañones y los árabes perfeccionaron su empleo de las siguientes maneras:

Impregnaron—dice Berthelot, el célebre químico—materias incendiarias á todas sus armas de ataque y máquinas de guerra. Arrojan con las

manos unos botes metálicos ó de barro, que se rompían sobre el enemigo y le cubrían de materias incendiarias ó bien los ataban al extremo de su lanza y cubrían de fuego al adversario. Lanzaban esta materia inflamable por medio de unos tubos que permitían enviarla á gran distancia...

La grey caballeresca sólo entendía la lucha á lanzazos y estocadas; por ello rechazaban todo otro procedimiento bélico de destrucción y abominaban del fuego griego, del que Joinville, en su *Historia de San Luis* al recordar la época aventurera de las cruzadas, dice: «Una tarde los turcos condujeron un instrumento con el cual nos arrojaban abundantemente fuego griego, que es la cosa más horrible que jamás se ha visto... Hacía tal ruido al caer que parecía que caía del cielo y se me figuraba un inmenso dragón volando por el aire...»

En sus albores la artillería sólo usaba balas maticas, mas un hombre de iglesia, el venerable obispo de Munster, Cristóbal Bernard von Galeu, inventó en 1640 las primeras bombas incendiarias, cargadas de pez, azufre, salitre y pólvora, experimentando su invento, joh, casualidad de las

casualidades! delante de Calais, primero, y delante de Yprés más tarde.

El buen obispo pagó con la horca su endiablado invento, pero los que le condenaron á pena de vida y sus sucesores aceptaron el maligno ingenio de guerra y en sucesivos perfeccionamientos llegaron á esas terribles granadas de mano que con sus potentes explosivos destruyen y aniquilan cuanto hallan al alcance de la trayectoria de sus fragmentos, y ese líquido incendiario con que riegan las trincheras enemigas los soldados que como mochila llevan á la espalda un receptáculo de metal y una manga irradiadora, para proyectar á distancia muerte y estupor.

Nada hay nuevo. El fuego griego resucita mortífero en estas encadenadas peleas de trinchera á trinchera.

CAPITÁN FONTIBRE

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

Del Amor,
Del Dolor
y
Del Misterio

LIBRO DE POESÍAS

originales de

EMILIO CARRÉRE

4 PESETAS

Pídase á "Prensa Gráfica" Hermosilla, 57, Madrid



EDUARDO SCHILLING

(Sociedad en Comandita)

ARMAS, ARTÍCULOS DE VIAJE
EFECTOS PARA TODOS LOS SPORTS

Fabricantes de las renombradas ESCOPETAS, marca "JABALÍ"

MADRID BARCELONA VALENCIA
Alcalá, 14 Fernando, 23 Paz, núm. 13

IMPORTANTE

La Dirección de este periódico advierte que no se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos, sin excepción alguna. Al mismo tiempo, hace saber á los colaboradores espontáneos que no se publicarán otros trabajos, tanto literarios como
:- :- :- artísticos, que los solicitados :- :- :-

ORO Y PERLAS

Plata, platino, galones y piedras finas, pagamos su valor. Venta alhajas de ocasión, cubiertos, bandejas, toda clase objetos en plata ley al peso.

PÉREZ HERMANOS
Zaragoza, 9, y Fresa, 2

BIEDMA

FOTÓGRAFO

23, Alcalá, 23

Casa de primer orden :- Hay ascensor

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6 MADRID

CASA RUIZ □ PELETERÍA

Grandes surtidos para la próxima
ESTACIÓN DE INVIERNO

POSTAS, 2, Tienda y Entresuelos, Teléf. 1.662 :- MADRID

"LA ESFERA" Y "MUNDO GRAFICO"

ÚNICOS AGENTES PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA:

ORTIGOSA Y COMP.^a, Rivadavia, 698, Buenos Aires

NOTA Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes SRES. ORTIGOSA Y C.^a, únicas personas autorizadas.

EN PRENSA

Este es el mal

de que agoniza España...

POR

DIONISIO PÉREZ

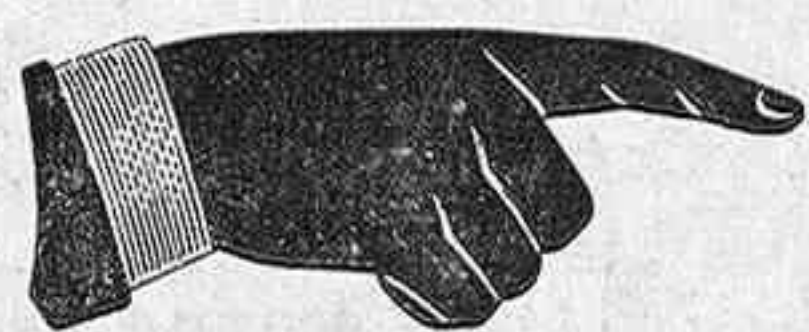
Un tomo, de más 200 páginas,

2,50 PESETAS

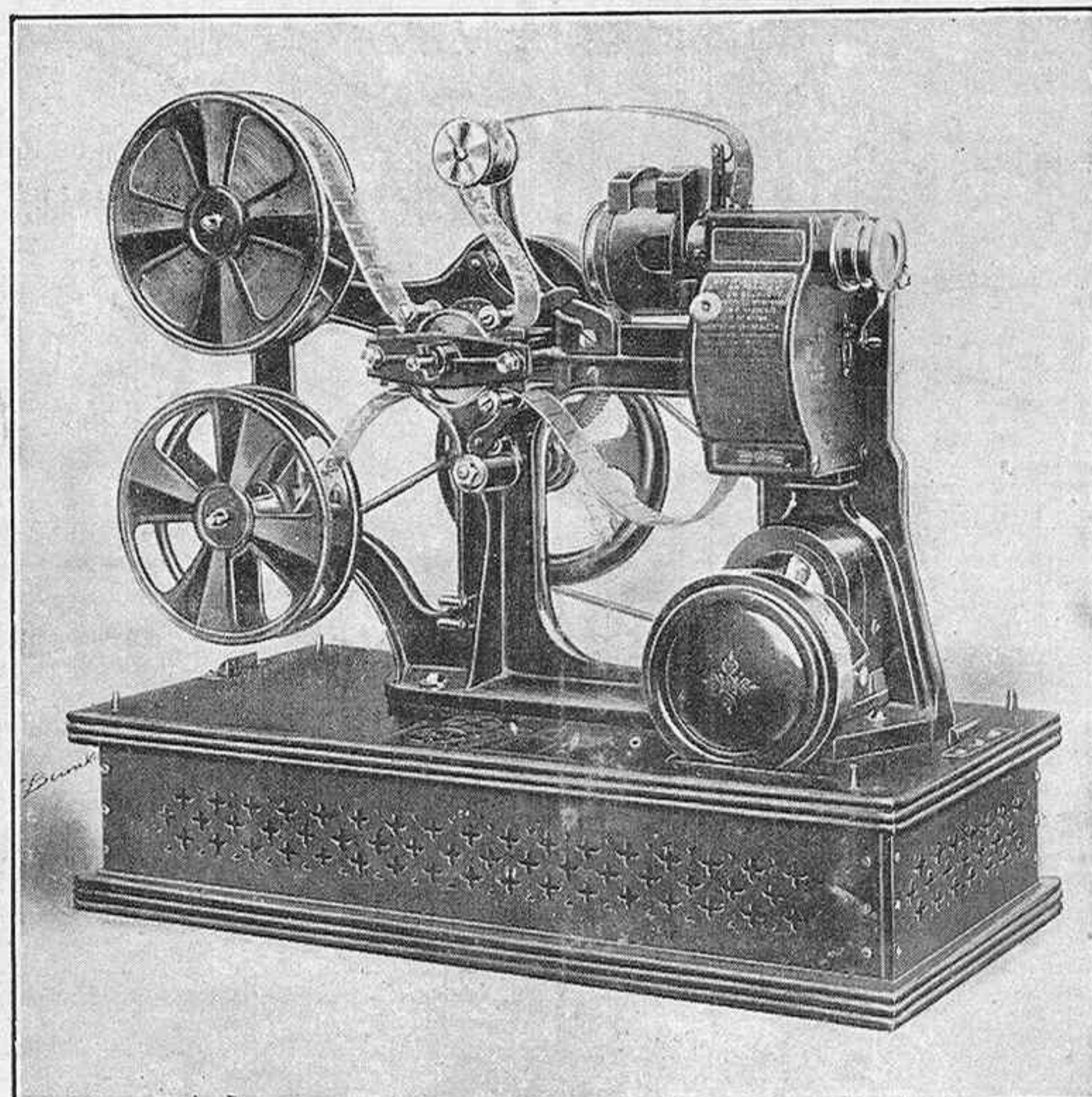
Los corresponsales de «Prensa Gráfica» pueden hacer sus pedidos á esta Administración

En la República Argentina: **Sres. Ortigosa y Cia., RIVADAVIA, 698, BUENOS AIRES**

CINEMATÓGRAFO



KOK



No necesita instalación especial; no exige operador:
un niño puede manejarlo sin el menor peligro * Las
películas son incombustibles * Puede enchufarse á
la instalación de una bombilla eléctrica corriente
y puede manejarse á mano

AGENTES EXCLUSIVOS PARA ESPAÑA Y PORTUGAL:

VILASECA Y LEDESMA **MAYOR, 18**
: entresuelo :